Mundo Argentino



20 centavos en toda la Republica

Felipe Zurdiales, el protagonista de esta novela, es uno de esos hombres de vida obscura que vegetan en el rincón de una oficina y son la mofa de sus compañeros y de cuantos lo tratan. Este hombre sin carácter contrae un día matrimonio con una mujer de opuestos sentimientos y cuya única aspiración es vivir la vida frívola de las mujeres sin prejuicios. Esto provoca el inevitable choque de ambos temperamentos, y de ahí surge al fin la tragedia horrible que hace del pobre hombre obscuro y resignado un juguete de la fatalidad, esa fuerza misteriosa que mueve a los hombres a su antojo, arrastrándolos a un abismo de amarguras y dolores.

Resumen de la novela corta

UN MATRIMONIO POR AMOR

de JOAQUIN LINARES

que se publica en este número.

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero



1 REPUBLICA ARGENTINA
La Constitución. — Sube, pero antes te conviene desprenderte de ese mamarracho.



2 ITALIA
Este es el atleta de Europa.
(De "Il 420", Florencia)

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

Para que el nuevo gobierno de nuestro país (1) pueda realizar con eficacia su programa, **es necesario que se despoje de ese intrigante bufón que es la politiquería**, no escuchando más voz que la que pide el bienestar de la nación.

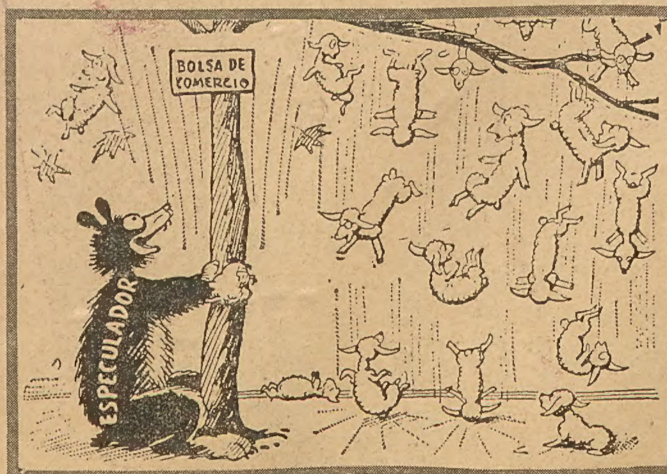
El atleta del mundo (2) no es otro que Mussolini, pues es el hombre que todo quiere tenerlo en sus manos, resolviendo por sí solo los más difíciles y pesados asuntos.

Los especuladores de bolsa (3) son en todas partes lo mismo: **ellos son los que agitan el árbol donde se hallan los pequeños accionistas** y los hacen caer fácilmente al suelo.

Mucho se viene hablando acerca de la próxima Conferencia del Desarme (4). Pero que no vaya a ocurrir lo que muestra el grabado correspondiente: **que después de tanto ruido, no deje ninguna utilidad,** es decir, que el desarme de los pueblos continúe siendo una utopía.

El fascismo o las ideas fascistas se extienden por el mundo (5), y muchos gobernantes piensan que las leyes fascistas son las únicas que pueden normalizar el caos social en que las naciones se debaten.

Los últimos accidentes ocurridos a los submarinos (6) hacen pensar en una reglamentación del tráfico en ese sentido. **Pero como no se le ocurra hacerla al mismo dios Neptuno,** continuarán sucediendo las lamentables catástrofes submarinas.



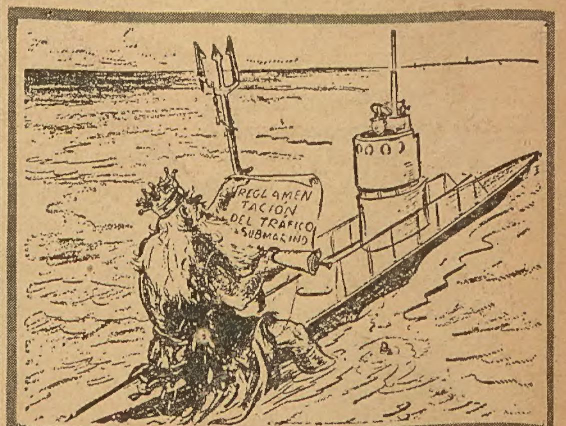
3 LOS MANEJOS DE LA ESPECULACION
¡Con qué facilidad caen los corderitos!
(De "American", Nueva York)



5 EL EJE DEL MUNDO
Tal como van las cosas, ¿será en realidad éste el eje del mundo?
(De "Il 420", Florencia)



4 LA CONFERENCIA DEL DESARME
Resultará lo de siempre: mucho cacarear, pero nada en los nidos...
(De "Enquirer", Cincinnati)



6 LOS ACCIDENTES SUBMARINOS
Este es el único quizá que puede evitar los accidentes submarinos.
(De "World", Nueva York)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES



EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXII — BUENOS AIRES, FEBRERO 17 DE 1932 — NÚM. 1100

La obra constructiva que hay que emprender

EL Poder Ejecutivo nacional ha resuelto dar doble significado histórico al 20 de febrero próximo, aniversario de la más decisiva acción militar de nuestra gesta patria, la batalla de Chacabuco, al señalar ese día para que en él se efectúe la transmisión del mando presidencial.

Terminará, pues, en la presente semana, el imperio de un régimen político irregular, surgido de una revolución, y se iniciará otro encuadrado dentro de las normas constitucionales, en suspenso por imperio de circunstancias anormales, caso felizmente poco frecuente en nuestra historia.

Noble por augural la coincidencia de fechas. Libertaria fué la brega en la cuesta histórica, al extremo de que cuando se supo la nueva en Buenos Aires, los patriotas, mirando hacia el poniente, exclamaban:

"¡Por allá sale el sol!"

Y era cierto; detrás de las altas cordilleras fulgía esplendoroso el sol de la libertad, porque allá estaba Chile, y en Chile, ¡San Martín y Chacabuco!

El rebrillar de las armas patrias en Chacabuco tuvo la virtud de disipar los espesos nubarrones que entenebrecían el cielo de la independencia argentina y americana. Es de esperar que este otro 20 de febrero, el que viviremos dentro de breves horas, tenga una influencia análoga sobre nuestros destinos, obscurecidos momentáneamente por densas sombras, cuyas causas determinantes están en la conciencia de todos.

Tremenda tarea la que espera al nuevo gobierno, y tamaña su responsabilidad ante el pueblo cuyos destinos va a regir. De un extremo al otro del país todas las miradas estarán fijas en él, esperanzadas en que su acción sea constructiva y restablezca la fe en el trabajo, un tanto quebrantada por sucesos, tanto nacionales como mundiales que han incidido sobre el bienestar público e individual.

Rápida y decisiva tendrá que ser la acción oficial, pues hemos llegado a un punto culminante de la situación difícil que nos agobia. Aún estamos a tiempo de remediarla. Dentro de poco será tarde, pues los males que aquejan a la producción requieren una intervención de la más violenta energía, si se anhela su extirpación a fin de que se inicie y afirme de una vez el retorno de la prosperidad, que constituye el anhelo de todos.

No tenemos, felizmente, que solucionar problemas de grave magnitud y hondo arraigo en el tiempo. Pueblo nuevo, no hemos conocido, hasta ahora, más ley que el trabajo en incesante afán de progreso. Así, desde 1810 hasta la fecha, hemos vivido entregados plenamente al afanoso empeño de engrandecer el país, de colocarlo, en el concierto de las naciones, a la altura que se merece por la noble riqueza de su suelo, por su ubicación de excepcional privilegio. Inclinados sobre la buena madre tierra, sembrábamos en surcos luminosos las simientes que ya florecen en la gran raza del futuro, pero en los últimos años los trastornos económicos detuvieron la firmeza y seguridad de la marcha hasta determinar un decrecimiento peligroso de las actividades generales.

Carecemos de problemas serios. Ya lo hemos dicho; y la afirmación debe hacerse con legítimo orgullo, porque significa que su solución es hacedera y fácil. En realidad, sólo tenemos que afrontar una sola cuestión básica, la de la comercialización correcta de nuestros productos. De ella dependen y a ella se ligan estrecha y directamente todos los demás problemas, que, por lo tanto, son de carácter puramente accesorio.

Productores por excelencia de artículos de primordial necesidad — la carne y los cereales, — de su ventajosa colocación depende la prosperidad nacional. En los últimos años esa colocación se ha realizado en condiciones sumamente desventajosas. Las lanas, los cereales y la carne, han venido experimentando bajas terribles, al punto de que el laboreo de la tierra y la crianza de ganados han dejado de constituir un negocio provechoso. Como es lógico, al producirse tal situación, los capitales se han desviado y retraído de esas actividades, determinando en ellas una merma que se traduce en escasez de trabajo, desocupación, penurias del comercio y desequilibrio de las finanzas.

Equivocadamente se ha buscado, por medio de malabarismos financieros y bancarios, restablecer la balanza desnivelada. Nada se consigue en esa forma, que jamás puede conducir a soluciones satisfactorias.

Es menester ir a las raíces enfermas y atacar el mal en su parte viva. La mediación local, la profilaxis parcial a nada conducen, y sólo pueden tener por corolario mejorías pasajeras, como lo son todas las que obedecen a un tratamiento de emergencia.

El nuevo gobierno indudablemente tendrá, en su iniciación, que ocuparse del presupuesto, de la regularización administrativa, de las obras públicas y de una serie de cuestiones que reclaman y esperan premiosa finiquitación. Pero lo importante, lo verdaderamente esencial, es la iniciación de un plan orgánico de medidas enderezadas a levantar las industrias rurales. El pueblo ansía eso, porque su consecución comporta la seguridad de trabajo para la falange de desocupados que hoy tiende en vano ofrecimiento sus nervudos brazos inactivos.

Existen en el territorio nacional, más o menos, trescientos mil agricultores y unos doscientos mil ganaderos. De esos hombres, de su honrado y diario esfuerzo vive el país. A cada uno de esos obreros de la grandeza nacional corresponde una familia. Cada uno de ellos ocupa un término medio de tres obreros.

Estimando en una cifra igual la de los miembros de cada familia, tenemos por resultado, que nuestra campaña mantiene en sus zonas ganaderas y tierras de pan llevar alrededor de tres millones de habitantes. Sumando sobre idénticas bases de cálculo, los productores de las regiones vitivinícolas, azucareras y otras, nos resulta que más del 60 por ciento de la población nacional vive de la explotación de la tierra. Desde el productor se va eslabonando una larga cadena de proveedores, comerciantes e industriales que ganan con sus años de bonanza y padecen con su tribulación. Vale decir, que alcanzada la campaña, todo el organismo nacional sufre y se interrumpe el ritmo

(Continúa en la página 52)



En todo el país se espera con natural y explicable interés la iniciación del nuevo gobierno. Grandes esperanzas, que hoy señalamos ligeramente, se cifran en él y es de esperar, por el bien de todos, que ellas se conviertan en realidad redentora del pueblo argentino, tan duramente flagelado por la crisis imperante. En las páginas 21, 22 y 23 el general Justo expone al pueblo su pensamiento de gobernante.




El OTRO AMOR

Un CUENTO SENTIMENTAL de VICENTE TROUBRIDGE

Nuestras decisiones, buenas o malas, no siempre son el fruto de nuestro temperamento. Las más de las veces suelen ser una consecuencia de las circunstancias. Así el firme propósito de fidelidad de la protagonista de este cuento se ve de pronto deshecho por la inesperada y amarga realidad de no ser correspondida en la medida de sus sentimientos por el hombre en quien había cifrado su felicidad. Y esto la induce a aceptar otro amor, quizá no tan grande, pero que es como una venganza y una liberación.

A pesar de todas las precauciones tomadas para asegurar el éxito de la comida que habían resuelto celebrar periódicamente en el lejano paraje en que se alzaba el edificio del Club de los Diplomáticos, la reunión no resultó animada. Entre otras cosas, así se lo manifestó Juan a Clarisa, quien recibió la observación con aparente frialdad, aunque sus manos, debajo de la mesa, se entretenían febrilmente en destruir un pañuelo de fina batista. El tono amistoso de la voz de Juan la impacientaba.

—Debiera usted salir más a menudo..., frecuentar sus amigos.

La linda cabecita rubia de Clarisa permaneció impasible, y continuó mirando fijamente a través del salón.

—Yo no tengo amigos —contestó con voz tranquila.

—¡Qué lástima! —murmuró Juan, haciendo una pausa y moviéndose ligeramente en su asiento.

—Sin embargo, recuerdo perfectamente que tenía usted uno... ¿Por qué no se pone en contacto con él nuevamente?

Clarisa comprendió que Juan estaba perdido para ella; que otra mujer ocupaba ahora su mente y su corazón; que ya no lograría volverlo a interesar de nuevo, pero no era mujer de ceder sin antes presentar lucha.

—¿Qué es lo que le pasa, Juan? —preguntó rápidamente. —Ya no es usted el mismo para mí; desde hace seis meses lo observo en mil pequeños detalles.

—¡Qué tontería!... ¡Son cosas que se le ocurren a usted!

Estas palabras fueron dichas en tono tranquilizador, pero no escapó al oído atento de Clarisa la ligera hesitación que las precedió.

—¿Es éste el fin, Juan? ¿Desea usted que nuestra relación termine?

Las palabras de Clarisa no podían menos de ser interpretadas claramente y sus ojos no pestañearon al encontrarse con los de él.

Juan suspiró. La expresión desdeñosa de su cara afilada, que traía a la memoria de Clarisa la de los petimetres, no se alteró.

—No, por cierto —dijo con afectada resignación. —¿Por qué siempre se empeña usted en dramatizar todas las cosas? Yo sólo le digo que debe ser menos fantástica..., más real. ¿Por qué no tiende las redes? Le sería fácil.

Ella oía la voz de Juan, que seguía hablando, como si fuera un rumor lejano, pues las palabras llegaban hasta ella completamente desprovistas de sentido.

Era la ruptura que llegaba después de más de un año de relaciones. Juan no quería confesarlo por temor a que sus nervios la traicionaran y fuera a dar un espectáculo. Sabía que para Juan una escena de tal naturaleza en un sitio público, era el peor desastre que le podía ocurrir a un hombre. Trató de sonreír, pero no pudo; el esfuerzo fué vano y la sonrisa no cuajó en sus labios.

—Después de todo, no soy la única persona que existe en este mundo —dijo él, que queriendo salir del paso a toda costa empezaba a sentirse amostazado.

—Muy bien —dijo Clarisa. ¡Vamos!

Levantóse bruscamente y al mirar por sobre la estrecha mesa se encontró con que estaba frente a Gerardo Lagos. Ni ella ni Juan habían notado la aproximación del recién llegado, así que fué con verdadera sorpresa que cambiaron sus saludos.

Lagos era un hombre de pelo canoso y expresión bondadosa. Después de inclinarse para saludar a Clarisa, dijo:

—Ciertamente, hace años que no tengo el gusto de verlos.

En realidad, hacía tanto tiempo que no se veían, que a Clarisa, Lagos le resultaba casi un desconocido; pero su mal humor se disipó en parte, al ser tratada con afectuosa deferencia.

Fué sólo unos momentos que permanecieron juntos, cambiando amables frases de cortesía, y cuando Clarisa se dirigió a la puerta seguida por Juan, sintió que los ojos de Lagos permanecían constantemente fijos sobre ella.

El auto de Juan los condujo a través de las calles silenciosas y desiertas. Cuando llegaron a la puerta del departamento que ocupaba Clarisa, Juan dijo en un tono de voz que quiso ser indiferente:

—No sabía que fuera usted amiga del señor Gerardo.

Ella contestó rápidamente:

—Es uno de los viejos amigos a quien hace poco usted se refería. —Y con un gesto de despedida subió la escalera de su casa.

Clarisa no era mujer de llorar sus ilusiones perdidas. Apartó el dosel de seda adamascada y echóse, vestida, sobre la cama, hasta que la luz del alba vino a sorprenderla. Rememorando los acontecimientos de su vida, se decía que su cara, a pesar de sus treinta y dos años, era tan fresca como hacía diez, y su figura tan esbelta como siempre. Siguiendo su raciocinio friamente, llegó a la conclusión de que los atractivos personales nada significan cuando chocan contra el designio inescrutable que preside el desenvolvimiento de nuestras vidas. ¿Qué era, pues, esa ley no escrita del Universo que parece decretar que un ser humano, al empuñar la copa de la felicidad, tenga siempre que arrojarla antes de haberla agotado?

Tendida sobre la cama, Clarisa dejaba vagar su imaginación por el amplio campo del recuerdo, con el mismo ardor con que una chiquilla algo crecida pone toda su esperanza en la realización de la próxima fiesta. El giro de su pensamiento tornó hacia la época de sus años juveniles, sombreados por las molestias y disgustos sufridos por su madre, al empeñarse en mantener su antigua posición después de haber perdido gran parte de su caudal. Fué entonces que había conocido a Gerardo Lagos. Doce años habían pasado, ni uno más, pues recordaba perfectamente la fecha en que había estrenado el vestido que él le había traído de París. Lagos quiso casarse con ella en ese entonces, y el mundo habría considerado a la distinguida esposa del magistrado Lagos como un hermoso botín del viejo amigo de su padre.

Ella comprendía ahora, aunque entonces no había tenido ni un solo pensamiento para él, que también habría podido amarlo y ser feliz si no hubiera sido porque en ese momento estaba esperando la llegada del Príncipe Azul. Y el príncipe había llegado. Alegre y hermoso, Darío Mélgar conocióla, y en el breve término de dos semanas la había llevado ante el altar. Las puertas del Paraíso se abrieron para ella y su felicidad duró seis meses, hasta que un día aciago le trajeron sobre unas parihuelas el cuerpo de su marido que había perecido ahogado. Al mirarlo con la cabeza colgando sobre un lado y los oídos goteando sangre ya negruzca, había sentido la misma opresión que oyendo las pala-

bras que Juan le dirigió la última noche.

Después llegaron los años sombríos de una fría soledad; años en que la rutina de levantarse para realizar todos los días las mismas insípidas tareas, fueron de la más insubstancial vulgaridad. En ese entonces la aparición de Juan Balmes fué su salvación, pues la sacó del desgano en que se hundía para volverla a traer al mundo y sus placeres. De nuevo se aferró a la vida, soñando que en ese año el Destino le era propicio una vez más. Pero ahora todas sus ilusiones volvían a caer. Juan era para ella un amigo cariñoso y nada más.

Palabra por palabra, Clarisa evocaba las conversaciones mantenidas con Juan Balmes durante los últimos meses, en su afán de encontrar en ellas una solución o una esperanza.

"¿Por qué no tiende las redes? Le sería fácil."

La fría voz de Juan sonaba otra vez en sus oídos, pero fué la bondadosa cara de Gerardo Lagos la que de pronto, envuelta en una ligera bruma, apareció ante su vista. ¿Por qué no? Ella no lo amaba, y sabía que él le pediría su cariño, pero también daríale su compañía y la sacaría de la sombra antes que se hundiera en ella para siempre.

Una semana más tarde, Clarisa se encontraba de nuevo frente a una mesa del Club de los Diplomáticos y, como la vez precedente, la reunión no prometía ser muy animada.

Por una rara casualidad tocóle estar sentada al lado de Gerardo Lagos. En el curso de la conversación que con él sostenía, le ocurrió por tres veces llamarlo equivocadamente Juan, notando el resentimiento que esto le había producido en la ligera rudeza de expresión que cubrió su semblante, aunque tuvo la delicadeza de parecer no haber advertido el error.

—Tendría sumo placer en pasear con usted, señora —dijo Gerardo.—Las acacias están en flor y la luz y el calor de la estación hacen que uno se sienta con el corazón más liviano. La fuerte luz solar se refleja en las blancas casas y sobre la superficie del intenso azul del mar. Sin embargo, aunque la luz del sol queme siempre, una fresca brisa agita a las ramas de los álamos.

—No me gusta Mar del Plata.

—¡Caramba! ¡Es extraño que usted lo diga! Allí se vive la vida presente, libre de preocupaciones y de querellas. El ambiente, las personas, todo contribuye a que el espíritu se liberte de la cárcel en que vive eternamente encerrado...

—Es que...

—¿Desconfía usted de mi compañía? ¡Dígalo usted!

—¡Oh! Sería imperdonable en mí desconfiar de usted.

—Entonces... ¿por qué no le gusta a usted Mar del Plata?

—No sé.

A medida que hablaba, Clarisa sentía que sus palabras no eran otra cosa que el lamento de una niña malcriada, pero tenía que decir algo, cualquier cosa, para romper el hechizo casi hipnótico que el flujo de palabras de Gerardo obraba sobre su mente.

—Yo le enseñaría a quererlo, Clarisa, si usted me lo permitiera. Resuélvase y acompáñeme el viernes. El tren nocturno nos conducirá, rodando en la noche, y nos despertaremos con el sol alto en la tierra donde los sueños son realidades.

—¿Está usted seguro, Gerardo, de que no se equivoca?

—¡Y tan seguro! A usted no le costaría mucho comprobarlo. No tiene más que decidirse: que decirme "¡sí!", y yo haría lo demás.

—¿Le parece?

—¡Por Dios, Clarisa, no sea usted tan pesimista! Verdad o mentira cuanto yo le digo —y le juro que es verdad— la confianza es el primer paso de la felicidad. Esto que parece una simple frase hecha, no puede ser, sin embargo, más cierto. ¿Se decide usted?

Clarisa echó atrás con nervioso gesto el cabello que tenía sobre la frente, y miró a su plato. Ahora comprendía cuán justificada era la reputación alcanzada por sus éxitos en la tribuna de los jurados, y no se atrevía a mirarlo por temor de que sus ojos traicionaran lo que pasaba en su alma, presintiendo con terror, a pesar de luchar todavía, que estaba próximo el momento en que iba a caer rendida.



Clarisa comprendió que Juan [illegible], que otra mujer ocupaba ahora su mente y su corazón.

—¡Oh, Gerardo, es muy pronto..., es... yo!...

Con infinita dulzura la voz de Gerardo proseguía su relato, que ella a toda costa se esforzaba en no escuchar, tratando de llevar su atención a otra cosa, para escapar a la emoción que la envolvía y que hacía que su corazón palpitara como el de una presa acosada. No era que el amor de Gerardo la disgustara, no. Aunque bastante mayor que ella, era un hombre que todavía estaba en el pleno vigor de su vida. De innata distinción, el encanto y la agudeza de su ingenio ejercían sobre ella la misma seducción que en los primeros tiempos. No era Mar del Plata ni ningún otro sitio de recreo lo que la detenía. Su mente evocaba otros bellos lugares y se veía paseando por ellos al lado de Gerardo. Recordaba con agrado el ondular de las hojas de las palmeras y los destellos de la luz del sol al quebrar sus rayos sobre la superficie del mar azul; pero, al mismo tiempo, la afilada cara de Juan Balmes se le aparecía mirándola con burlona sonrisa. Era un pequeño detalle que había omitido: romper su antigua relación antes de contraer una nueva, y el fantasma del amor de Juan era lo que ahora venía a perturbarla, y lo que ahoga a flor de labios su verdadera decisión.

—Dígame que vendrá, Clarisa. Dígame tan sólo que vendrá.

Ella ya no temió mirarlo, y sostuvo serenamente la intensa mirada de sus ojos, pero mientras existieran sus amores con Juan, no podía siquiera imaginar contraer nuevos vínculos, porque los antiguos se alzarían contra ella con la persistencia de una obsesión. Por consiguiente volvió a su anterior línea de defensa.

—Me parece bajo y detestable aceptar el amor del marido de otra mujer, aunque sea él el que se ofrezca. Al menos no entra en mis principios aceptar tal cosa.

La voz de Gerardo cobró un tinte de amargura al responder:

—Sus escrúpulos la honran, mi querida Clarisa; pero puede desecharlos. Desde hace seis meses mi mujer ama a otro. A otro que ha sabido musitarle al oído otras palabras más bellas que las que le he dicho yo siempre.

—¿Es posible?

—Se lo juro, Clarisa.

—¡Quién iba a sospecharlo!

Clarisa miró asombrada el gesto de dolor que por un instante conmovió el impasible semblante de Gerardo.

—El divorcio no conviene a mis cálculos..., pero no se preocupe. Ella acaba de huir con Juan Balmes.

—¿Con Juan Balmes?

Clarisa sintió locos impulsos de estirar sus brazos para contener las paredes del cuarto, que le pareció que iban a derrumbarse sobre ella. ¿Era eso posible?... ¿Así que era esa la causa de las excusas que la humillaban diariamente? ¿Así que Juan se burlaba de ella, siendo que ella lo amaba profundamente? Clarisa echó hacia atrás la cabeza y sintió vehementes deseos de soltar la carcajada y de llorar rabiosamente ante la sangrienta ironía del Destino.

A la mirada atenta de Gerardo no escapó el relámpago que cruzó el rostro de Clarisa, detrás de su cansada sonrisa que contraía sus labios.

—Naturalmente que sabría usted esto, ¿no?—preguntó rápidamente, y agregó:—Como siempre, yo he sido la última persona en saberlo.

Ella inclinó la cabeza afirmativamente. La cara de Gerardo serenóse y su voz recobró su timbre normal.

—No echemos a perder la noche. Temo haber hablado demasiado sobre el punto. ¿Vendrá usted conmigo, Clarisa, la próxima semana?

La mano de Gerardo posóse suavemente sobre el brazo de Clarisa, que no hizo un movimiento por esquivarlo.

—Nos encontraremos antes —dijo ella resueltamente.— El tren parte esta noche a las once, ¿no es así? Pues a esa hora nos encontraremos en la estación.

—¿Es verdad eso que me dice, Clarisa?

—Se lo juro.

—¿No se arrepentirá?

—No; lo he pensado bien, y además, sólo tengo una palabra.

—¡Oh, un millón de gracias, Clarisa! ¡Qué feliz me hace usted! Hasta luego, entonces.

—Hasta luego.

Y se separaron con una gran emoción reflejada en el rostro, pero con una secreta alegría en el alma.

"CARDENAL" Historia de unas islas sin Dios, refugio de los hermanos Kennedy

Una nota de

J. R. OTAÑO BALLESTEROS

ERA un buen pescadero esa punta de isla que miraba al Norte, cortándose a pique sobre el río como comida por la lima gruesa de las correntadas continuas. A pocos metros había hondura bastante y remansos suficientes como para que hicieran querencia los *doraos*. Bien sabía estos detalles el viejo Gumersindo Andrada — Gumo, como él mismo se nombraba, — y por eso había hecho del lugar su sitio preferido de pesca.

Ese día, madrugando más que nunca, había iniciado con poca suerte la faena. Y él, sin embargo, estaba dispuesto a no volver al rancho sin cuatro costillares del sabroso pez, para charquearlos y conservarlos en salazón para el invierno. Era ésta una costumbre o una manía muy suya. En otros tiempos, cuando andaba *entre gentes* y antes de *desgraciarse*, le *había sabido* gustar el bacalao. Tenía ahora que suplirlo con lo que el Paraná le ofrecía. En Curuzú-Chalí, no hay más almacenes que la selva, el río y sus hijastros los riachos. Pero en éstos, se compra barato y sin impuestos de ninguna laya.

Revoleaba en ese momento la línea por el extremo del anzuelo *emplantillado* con alambre y *encarnado* con una cola de *patí* chico, y, al mirar el punto, donde más o menos calculaba le iba a dar la fuerza del brazo para estirar la *liñada*, algo atrajo su atención, pues hizo perder impulso a los círculos que describía el anzuelo sobre su cabeza, hasta dejarlo caer inerte a sus pies.

—*¡Pero!... ¿Qué diablo es?* — se preguntó en voz alta, y, haciendo visera con la mano, observó hacia el medio del río.

—*Flor de ceibo nu'es...* — dijo y siguió mirando.

Medio a favor de la corriente, en perpendicular hacia la costa isleña, se acercaba un bulto redondo y pequeño, de color escarlata.

Gumo Andrada esperó. Dos minutos después, suspendiéndose de unas raíces de sauce que pendían sobre la orilla, emergió el cuerpo de un hombre. Era joven, estaba vestido: bombachas y chaqueta azul-gris; gorra vasca colorada.

—*¡Jué pucha: habi'a sido un cristiano!* — confirmó Gumo Andrada.

El nadador desconocido trepó ágilmente a la barranca. Con ambas manos se friccionó brazos, busto y piernas, haciendo escurrir el agua. Luego se acercó muy tranquilo al veterano pescador isleño. Sin saludar siquiera, preguntó de llegada:

—*¿Pican las mojarras, viejito?*

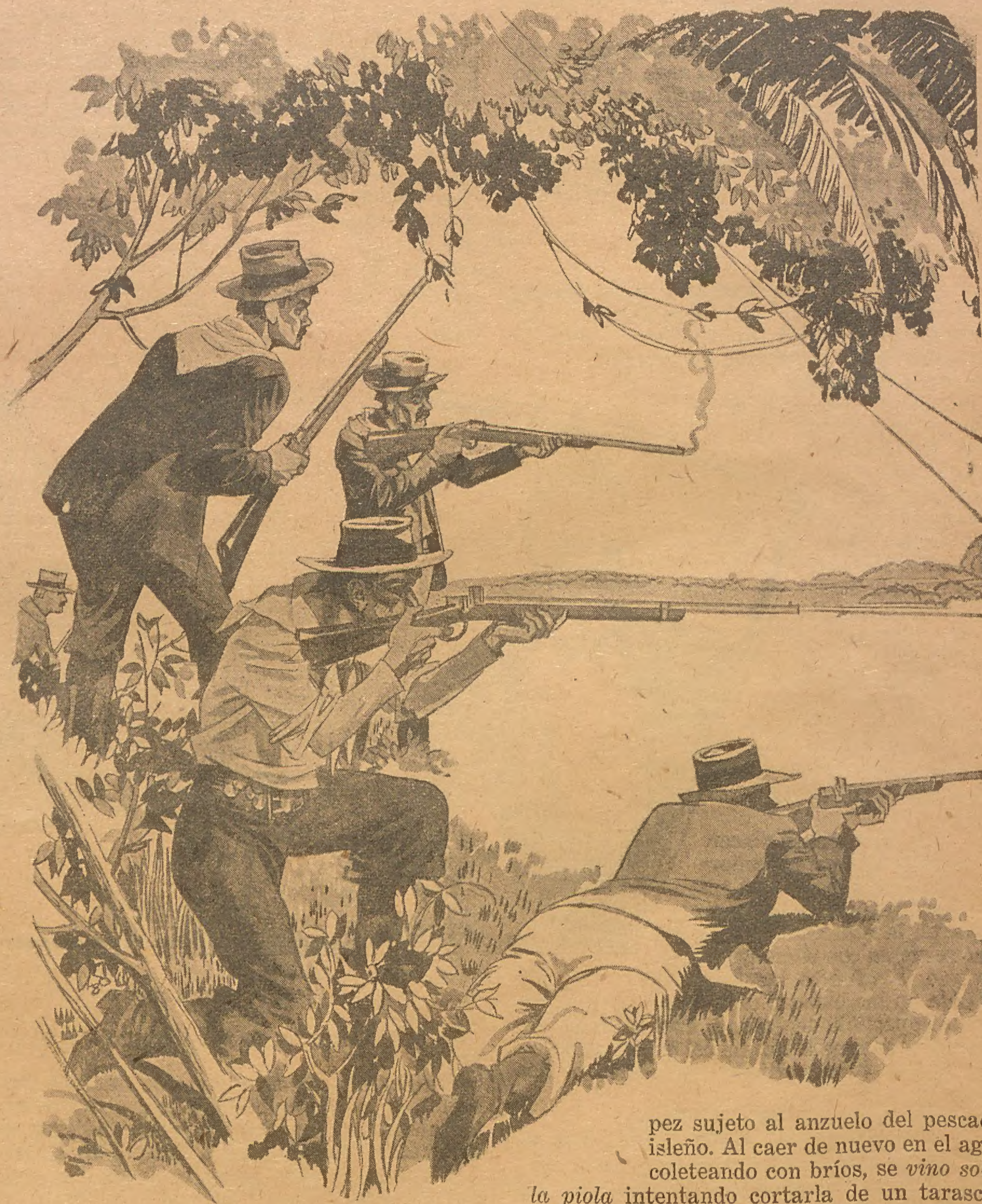
—*¿De bichos di'agua, sólo como dorao, mozo* — replicó Gumo Andrada algo amoscado, y retribuyó en seguida la ironía:

— Y usté: de paseo, ¿no?...

—*Ansina es* — afirmó el interpelado sin incomodarse. —*Mi habían dicho que eran lindos estos islotes. Que no carecen de nada y hay de todo, menos... polecías.*

Gumo Andrada no se extrañó de la confesión. Era casi innecesaria. Por propia experiencia, estaba en el secreto de que a esas costas no se llegaba sino haciéndoles *cuerpiadas y gambetas* a las leyes penales. Bueno. Ahora tenía algo más de que ocuparse: atender al recién llegado. Le ofreció lo que tenía: una tira de carpincho tierno, galletas y unos panales de lechiguana. No fué desairado. Hablando poco, el desconocido comió mucho. No ponderó los *manjares* de Gumo Andrada. Cuando terminó y luego de limpiarse la boca con el revés de la mano, echando hacia arriba las guías del bigote crespo y renegrido, solicitó a su invitante:

—*¿Tiene mate, don?*



—*¡Vaya que no!... Ahí nomás: contra el tronco el curupí.*

El viejo Andrada había tendido la *liñada* y esperaba el tirón del pez que tragase el anzuelo, para *moquetear* a tiempo y *clavarlo* de firme. Junto al fuego, mientras se secaban sus ropas, el deconocido mateaba a su gusto.

Algún pájaro revoloteó entre el ramaje de un laurel situado a pocos pasos de los dos hombres. En seguida pinchó el silencio de la siesta un gorjeo melódico y agudo a la vez. El cantor alado afinó en seguida las notas y moduló un trino dulce y breve. Estaba en un gajo escaso de hojas, expuesto al sol. Gumo Andrada lo vió e insinuó a su visitante:

—*De su familia, por la vestimenta...*

—*Sí: "cardenal" soy, pero yo no canto, sino con... piano.*

Iba a reírse el viejo de buena gana, pero la línea le quemó los dedos, y, al correr hacia un costado, cortando el agua, chilló como un cohete buscapiés. *Moquetó* a tiempo. Río afuera, como a setenta metros de la costa, en un salto de locura, lució a la luz solar su silueta recubierta de escamas de oro vívido el enorme pez sujeto al anzuelo del pescador isleño. Al caer de nuevo en el agua, coleteando con bríos, se *vino sobre la piola* intentando cortarla de un tarascón. La baquía de Gumo Andrada no le daba alce. Cuando el pescado le *hacía el dentro*, braceaba ligero el pescador, alojando la línea que recogía bajo las piernas de ex profeso abiertas en arco. Cuando, sacudiéndose, disparaba de nuevo río afuera, le hacía una *aflojada* para no quebrar el anzuelo o reventar la cuerda. Y luego recogía y volvía a aflojar. Así, ocho o diez minutos. Después, rendido, el pescado se dejó acercar a la orilla. El isleño cambió de manos. Con la izquierda mantuvo suspendido fuera del agua medio cuerpo del dorado; con la derecha empuñó una maza de madera dura, y, de un golpe certero, hizo *saltar los sesos* del hermoso ejemplar.

"Cardenal" se había aproximado a obser-

var el final de la escena.

—*¿Pa escabeche?* — preguntó con sorna.

— *No; pa charque* — replicó adusto Gumo Andrada. Y añadió rápido en tono muy distinto:

— *Pero, si'el niño quiere, le podemo preparar una bayonesa...*

Los habitantes de esas islas sin Dios sobre el Paraná, a pesar de su condición de seres al margen de la ley, tienen, sin embargo, su ley y su moral, que son: "Vivir con libertad y cada cual de lo suyo". Alrededor de esto gira el presente episodio, cuyo desenlace es una horrible tragedia que hace estremecer de espanto el alma de las islas.

Tres meses después del encuentro en la costa, las relaciones amistosas entre los dos hombres no habían cambiado mucho. En la vieja choza de Gumo Andrada, perdida en un laberinto de riachos y pajonales, vivían ambos. El *dueño de casa* agotó con su huésped todas las formas usuales en la hospitalidad isleña. "Cardenal" no agotó, en cambio, todas sus mañas para pasarlo bien a costillas del viejo. Este era quien, casi solo, *llevaba el negocio*. Aunque medio *bichoquiando* por el reuma, se las componía con los carpinchos, las culebras grandes y las aves de plumas estimables. Con los tigres, no. Ya no estaba para esos *bailes*. Si hallaba un rastro que iba para el este, él seguía rumbo al oeste. Con los años, se había hecho prudente. Hacía bien. No tenía para qué arriesgarse. Era hombre de escasos compromisos y de poca familia. Sólo tenía dos perros criollos y una calandria *guacha*.

"Cardenal" no era entusiasta de la caza, ni de la pesca ni de cuerear los bichos.

En cambio, le gustaba sobremanera hacer tres cosas: ensartar patos gordos, gallinetas tiernas y carpinchos nuevos en el asador; cebarse mate y efectuar las ventas o cambios de los "frutos pecuarios" que almacenaba el viejo Andrada. Por algunas razones, éste llegó a pensar que en Europa debía haber crisis. Estaban bajando mucho los precios de los cueros y las plumas. Con todo, no se preocupaba. En cierto modo, la compañía de ese hombre joven le hacía más agradable la existencia. Algunas veces, hasta creía quererlo. ¡Quién sabe qué fibra recóndita vibraba entonces en el alma simplona del viejo isleño! ¡Tal vez se le removía un poquito el nido seco de alguna esperanza muerta, de alguna ilusión que desplumó la adversidad!

"Cardenal" caminó hacia el fondo del abra. Instantes después se perdía en la espesura.

"Cardenal" lo venía ahora preocupando seriamente con su conducta. Hacía una semana que *no paraba en las casas* por las noches. Salía solo con el fusil, sin los perros. No era hora de cazar entre el monte y las ciénagas, la madrugada. ¿En qué hechurías andaría el mozo?

Gumo Andrada pudo saberlo bien pronto. Una mañana, ya alto el sol, "Cardenal" dormía *como un bendito*. En rededor de su cuello, como puesto con desgano, lucía un pañuelo celeste con las puntas de abajo atadas en cruz. Burda era la *prienda*, pero, en uno de sus rincones, mostraba una inicial bordada en color verde. Gumo no sabía leer, ni nada de letras. Pero lo que era una inicial y lo que significaba en el pañuelo de un hombre, sí. Cayó en cuenta de las andanzas nocturnas del mozo. Al mediodía, cuando éste tomaba el *aperitivo criollo* habitual de dos docenas de *amargos*, le buscó conversación:

— *¡Te felicito, m'hijo! Voy viendo que no sos lerdo pal ganao rabón. Y... ¿cuála es eya?... Si nu'es indiscresión.*

—*¿Cuála?... Por aura, la de los álamos* — respondió jactancioso "Cardenal".

—*¿La del "Tuerto Macario"?... Ta bien, muchacho; te güelvo a felicitar. ¡Buena "carnada" la guaina!*

Varios días después, Gumo Andrada vió una mañana, bajo el catre de tientos de "Cardenal" un fardo de cueros de carpinchos y un atado de plumas de garza, que no eran "producción del establecimiento". Calculó que sumarían una docena los primeros y como medio kilo las segundas. Quedó algo intrigado. Cuando el mozo abrió los ojos y empezó a desperezarse, le preguntó sin rodeos:

— *Che; ¿de uñas?*

— *No; de rigalo* — afirmó "Cardenal", y continuó explicando:

— *Yo mi'había amoscao, y, pa agüenarme, a eya se le ocurrió el "presente". Al "Tuerto" le cuentará qui l'han robao el rancho...*

— *¡Y es la verdá* — sentenció grave el viejo isleño.

Hurgándose los *cuatro pelos* de la barbilla amarillenta e hirsuta, y entresacándose de tanto en tanto algún pelo grueso de las tupidas cejas, Gumo Andrada meditó seriamente sobre las *travesuras* de "Cardenal". Que le sacase un *garrón* al "Tuerto Macario" no le parecía del todo mal. Pero que, de *yapa*, le hiciese hurtar el fruto de su trabajo, se le ocurría cosa indigna de cristiano y de hombre.

Curuzú-Chalí y sus hombres tenían una sola ley y una sola moral: *"Vivir con libertad y cada cual de lo suyo."*

"Cardenal", de puro capricho y sin necesidad, estaba violando abiertamente esa ley. No podría ir muy lejos por tal camino. Así lo infería al menos el viejo Andrada, no sin cierto pesar. En el año que hacía estaba a su lado, "Cardenal" le era algo propio. *"M'hijo"*, lo nombraba frecuentemente. Por eso, más valiera que hubiese seguido *"lerdo pa la fagina y ligero pal diente, pero honrao"*... Lo lamentaba de veras y presentía algún mal fin.

Esa noche, de tanto calor, Gumo Andrada daba vueltas y vueltas en el catre, sin poder *agarrar* el sueño. Se hallaba en el patiecito de tierra apisonada, a la vera de su choza enclenque.

"Las tres María" andaban más adelante de la mitad del cielo. Sería la medianoche.

Ladró de pronto el *cuzco* y atropelló en seguida el perro picazo grande hacia el carrizal próximo. Los ladridos cesaron en seguida. Gumo Andrada calculó:

— *De ser bicho, nu'habrá valido la pena; de ser gente, será algún conocido.*

En efecto: era "Cardenal". Su figura inconfusa, surgió poco después de entre la maleza, perfilándose bajo la claridad lunar. Caminaba despacio, como cansado. A seis o siete metros de la ranchada, se detuvo vacilante y buscó arrimo en el tronco de un timbó. Gumo Andrada pudo verle el rostro; estaba intensamente pálido. Los brazos del mozo pendían fláccidos y desganados.

El viejo saltó del catre y se le acercó solícito.

—*¿Ande, muchacho?... ¿Bala o chuzazo?* — preguntóle sucesivamente.

— *Balines; aquí, en el mulo* — respondió con voz desfallecida "Cardenal".

— *Pero, ¿y quién?...*

— *Macario, ¿quién más? Nos sorprendió al salir e'la isleta...*

—*¿Y eya?*

—*¡Ayá quedó!*

—*¿Escondida?*

— *No; finada, asigún calculo...*

Apoyando sobre los hombros del viejo Gumo el brazo del lado contrario al de la herida, que empapaba en sangre tibia su bombacha rotosa, "Cardenal" se encaminó hasta el rancho. Se dejó caer, entre quejidos ahogados, sobre su catre de tientos.

Gumo Andrada ideó en seguida fáciles y eficaces recursos rudimentarios de medicina criolla. Mientras la *pava* parduzca hervía sobre un fuego hecho *como por encanto*, buscó y halló en un recoveco del alero la bolsita de buche de garza que servía de envase a la pomada curalotodo entre la gente criolla: la grasa de iguana. Mezcló con una porción de esta otra de ajo masacrado, haciéndola pasar luego, para cernirla, a través de un pedazo de tela que arrancó de la única camisa limpia que colgaba de uno de los horcones de la choza.

En seguida descubrió y revisó, alumbrando de cerca con el candil a aceite de pescado, la herida del mozo. Comprobó que ella era menos grave de lo que había supuesto. El *confite carpinchero* con que había obsequiado Macario al seductor de su compañera, había refilado el muslo de "Cardenal" produciéndole una herida a flor de piel y carne, es decir, de escasa profundidad. Con salmuera bien fuerte y caliente, el viejo practicó la *primera cura*. Desalojada la sangre que se había aglomerado, resecándose en torno de la herida, ésta apareció a la vista de Gumo Andrada como dos labios entreabiertos. Extendió sobre ellos y dentro de un círculo a su alrededor, la pomada que antes había manipulado. Luego fragmentó la camisa para hacer vendas y envolver la pierna del mozo.

— *¡Ya está curao, m'hijo* — exclamó, enderezándose satisfecho.

— *Agradezco, viejo* — respondió el herido.

Con el calor reinante, la herida de "Cardenal" no curó tan pronto como había supuesto y deseado su enfermero. Por el contrario, a los dos días se había inflamado en forma alarmante, y Gumo Andrada tuvo que menudear los fomentos salobres para evitar la infección. Cedió ésta al fin y empezó la mejoría. El mozo vivía en el catre o sentado junto al fogón, mateando interminablemente.

Una noche, serena, estrellada y de luna llena, estaban *juntando sueño* el mozo y el viejo, sentados sobre troncos de laurel en el patiecito. Junto a ellos dormitaban los perros. De pronto, el *cuzco* overo irguió la cabeza y paró las orejitas varias veces, hasta dejarlas en derechura al poniente. Escuchaba. Gumo

(Continúa en la página 52)

Un MATRIMONIO

NOVELA CORTA DE JOAQUIN LINARES

Es éste el drama de un hombre apocado, uno de esos seres a quienes todo el mundo toma como hazmerreír, que se casa con una mujer ambiciosa y ávida de vivir intensamente la vida. Naturalmente, el choque de temperamentos tan opuestos tiene que provocar el conflicto, la tragedia que hace del pobre Felipe un pelele que zamarrea a su antojo el viento de la fatalidad



NO quería creerlo. Miraba atentamente la fotografía que acompañaba a la minuciosa crónica, y buscaba todavía un resquicio a la duda. Pero no era posible negar lo evidente. Allí estaba Felipe Zurdiales con su mismo aire apocado, irresoluto, estúpido. El mismo Felipe Zurdiales que yo conociera doce años atrás como mandadero de las oficinas de cierta Compañía Acopiadora de Frutos del País. ¿Y este pobre Felipe había asesinado a su esposa en un arrebato de celos? No, no. Imposible. Si un individuo enclenque, enfermizo, nos dice que va a levantar a pulso una locomotora, le soltamos la carcajada en las narices. Si de un tipo como Felipe, retardado, algo mentecato, sin espíritu, nos dicen que ha matado, no lo creemos. Matar es un supremo acto psíquico, es la forma más alta de lo trágico, de lo heroico... y lo heroico está infinitamente lejos de las posibilidades espirituales de Felipe.

Imaginé entonces que el desgraciado Felipe era nuevamente víctima de uno de esos grotescos embrollos que habían hecho de su vida una serie hilarante y triste de humillaciones y mofas. Pensé que algún amante de su mujer — aquella famosa Clarita Molinos — la habría muerto, y que ahora el pobre Felipe aparecería como el asesino convicto y confeso, sin explicarse cómo ni por qué.

Leyendo el relato del crimen, un detalle me sorprendió grandemente, hasta el punto de hacerme dudar de que fuera el mismo Felipe Zurdiales que yo conocí. En la crónica se hablaba de una hija de Felipe — Matilde Zurdiales Molinos, — preciosa muchacha de diez y siete años. ¿Cómo podía explicarse esto, si apenas hacía doce años que Felipe contrajo enlace con Clarita Molinos, la bonita y coqueta dactilógrafa de la Compañía Acopiadora de Frutos del País?

He de advertir que el destino me hizo intervenir varias veces en la vida de Felipe, y por cierto en las situaciones más desairadas y bufas.

Lo conocí, como ya dije, en las oficinas de esa empresa agricolaganadera. Felipe era la desesperación del gerente y de los jefes de las diversas secciones de la casa. Su ineptitud y su torpeza eran proverbiales. En un principio le encomendaron la tarea de ayudar a despachar la correspondencia con los agentes y compradores de las provincias. El jefe de correspondencia le anotaba al dorso de las cartas lo que debía contestar. Pues bien: Felipe se daba tal maña, que siempre contestaba todo lo contrario, y armaba cada berenjenal con las cartas de los agentes y compradores, que si no lo advierten a tiempo, hubiera dado al traste con toda la empresa.

El gerente general, que era un buen truhán, llamó a su despacho a Felipe, y al verlo temblar y sollozar ante su severa mirada, se condolió del infeliz, y en vez de ponerlo de patitas en la calle — como pensaba, — lo rebajó de categoría y de sueldo, destinándolo en adelante a pegar estampillas y hacer mandados. Felipe le besó las manos al gerente y le dió las gracias por su bondad.

Pero aun así, Felipe no fué más afortunado en sus nuevas funciones. Cuando lo mandaban a la Bolsa a traer las cotizaciones del día, el precio del trigo se lo adjudicaba al centeno y el de las lanas se lo endilgaba al maíz. No es necesario decir que el pobre Felipe era el candidato para el "titeo" de to-

por AMOR



dos los empleados y la víctima obligada de todas las "cachadas" de la oficina.

Pero Felipe nunca se enojaba ni tomaba a mal las perversas bromas de sus compañeros. Era un alma de Dios, un espíritu simplísimo, de credulidad e inocencia inverosímiles. Su defecto capital era no sospechar siquiera la existencia de la ruindad y perversidad humanas. De esto puedo dar fe.

En esos días ingresó como dactilógrafa a la compañía la inquietante y hermosa Clarita Molinos. Era una morocha rolliza y cálida, de aspecto incitante y apicarado, de grandes ojos incendiarios y boca sensual.

Todos sabíamos que la nueva empleada — por sus excelentes dotes de trabajo — pasaría inmediatamente a la secretaría privada del gerente.

Clarita era lo que se llama una chica despierta y nada asustadiza. Recibía con aire "sobrador" todas las bromas equívocas que le hacíamos, y, en cambio, no atribuía ninguna mala intención a los homenajes a sus encantos que le prodigábamos con disimulo por debajo de las notas de pedidos, de las planillas o expedientes. Clarita era positivamente una delicia de compañera.

Un buen día, los malignos camaradas comenzaron a "cachar" a Felipe, atribuyéndole no sé qué intenciones respecto a Clarita. Esta, por su parte, encontró graciosa la broma, y siempre que el gerente o algún alto jefe no estaban delante, dirigía al pobre Felipe miradas cautivadoras. Todos reían. El único que no se enteraba era Felipe. A veces, algún cachafaz se acercaba a él y le decía:

— Che, Felipe..., ¡cómo te mira Clarita!... ¿Qué hacés, otario, que no te le apuntás? Yo creo que está metida con vos...

Felipe, "ni ebrio ni dormido", podía imaginar que una muchacha como la hermosa Clarita se fijara en él. Pero al constatar repetidas veces que la bella dactilógrafa lo miraba con ojos enamorados, su alma ingenua comenzó a inquietarse... Y poco a poco empezó a sentir ante Clarita una angustia desconocida, como si estuviera ante un peligro.

Pero... "lo que ha de suceder, sucederá", como dice Mahoma, y una mañana todos nos mirábamos serios y mohinos. Nuestras rutinarias tareas habían perdido todo su encanto. Clarita una angustia desconocida, como si esticular del gerente. Sin embargo, en ausencia de éste, la muchacha hacía frecuentes irrupciones en nuestras oficinas, repartiendo sonrisas y bromas. Al verla entrar, el loco Felini maullaba:

—¿Quién se morfa el budín?...

Y todos contestábamos a coro:

— ¡Felipe!

Lo cierto es que con gran sorpresa e hilaridad de todos, a las pocas semanas, Felipe era el novio oficial de Clarita. Ninguno sospechaba qué objeto tendría esa farsa. Las tardes que la inquietante secretaria no se quedaba después de las horas de oficina a despachar "asuntos urgentes" con el gerente, Felipe la acompañaba hasta el ómnibus, y a veces iba con ella hasta su barrio, Villa Urquiza.

Una tarde, indignado y apiadado a la vez, llevé aparte a Felipe y le dije:

— ¡Vos estás haciendo el oso! Pero ¿no notás, chitrulo, que te está farreando?

— Sí, pero yo no me enojo... Los muchachos son buenos... Lo hacen para pasar el rato...

— No, me refiero a lo de Clarita...

—¿Qué tenés que decir de Clarita? — suspiró Felipe.

— Que te está tomando la cabellera...

— ¡No! — protestó Felipe. — Clarita es un ángel... Clarita me quiere... Fijate si es buena, que le ha pedido al gerente que me aumente el sueldo y me ascienda... Dentro de poco nos casaremos...

Comprendí que el infeliz estaba perdido. Hubiera sido inútil querer abrirle los ojos, demostrarle la perfidia de que iba a ser víctima su ingenuidad. No me hubiera entendido.

Cuando se formalizó el compromiso, Felipe dejó de ser mandadero, y el gerente no sólo le duplicó el sueldo, sino que lo ascendió a ayudante de secretaría, con funciones poco definidas. Desde ese día, algunos subalternos de buen olfato comenzaron a llamarlo don Felipe o el señor Zurdiales.

Y ¡oh, deleznable condición humana!, los demás empleados — antes tan atrevidos, tan crueles — comprendieron la conveniencia de no "farrear" a Felipe, como solían, antes bien, prodigarle esos halagos y confianzas algo adulatorias con que los inferiores demuestran su adhesión al superior que siendo menos que ellos,

se elevó súbitamente por un capricho de la Fortuna casquivana.

Lo cierto es que Felipe se halló de pronto en un plano de igualdad con todos los jefes de la casa; en la misma situación de todos los jefes de todas las oficinas del mundo, contra quienes sus subalternos hacen los más despiadados chistes a sus espaldas..., pero a quienes todos sonríen, todos halagan, todos adulan en su presencia.

Mas el odio y el desprecio que, como inmundo cieno, iban acumulándose en los que rodeaban y adulaban a Felipe, subió a la superficie de las turbias conciencias en circunstancias inolvidables, por lo grotescas y vergonzosas. El gerente, aquel desalmado de don Ambrosio, insinuó la oportunidad de ofrecer un banquete a Felipe, en vísperas de su enlace con Clarita, despidiéndole de la vida de soltero. La insinuación, viniendo de tan alto, halló una acogida entusiasta. Una comisión de empleados se puso en acción y organizó el acto, al que se adhirió todo el personal de la compañía, hasta los que prestaban servicios en los depósitos del puerto, que no conocían a Felipe.

Desde que se inició el banquete todos comprendimos que nadie tomaba en serio aquel acto, excepto Felipe. Contra la voluntad de los que organizamos y asistíamos a la demostración, ésta adquiría el regocijante cariz de una nueva y más cruel burla. Tengo la certeza de que todos deseábamos — con un sentimiento de lástima — tomar en serio a Felipe aquella noche. Pero lo mirábamos..., ¡y no podíamos! El demonio de la perversidad nos retozaba en el alma.

Un detalle que pinta el carácter cándido y escrupuloso de Felipe: él fué el único que llegó con exactitud a la hora fijada para el banquete. Los primeros en acudir al acto, encontramos ya en el salón a Felipe, paseando nerviosamente y en silencio entre las mesas, ante las miradas impertinentes y burlonas de los mozos.

La víctima de Clarita ocupó el sitio de honor; a su derecha se sentó el gerente, don Ambrosio, y a su izquierda el vicepresidente de la empresa, un norteamericano ya entrado en años, que ostentaba ese desenfado agresivo de los tipos del Far West.

Con las copiosas libaciones, con tanta luz y tanta música, apoderóse de todos los ánimos una ruidosa alegría. Comenzaron a circular "de oreja a oreja" los primeros chistes contra el homenajeado. Eustaquio González (el "gaita" González) ayudante del tenedor de libros, que se las echaba de poeta, improvisó unos versos burdos e injuriosos para Clarita, en los que advertía a Felipe de ciertas sorpresas de la noche de bodas. Las carcajadas atronaban el salón. El alcohol había puesto un desenfreno peligroso en las fantasías y en las lenguas.

Pero sin tener que lamentar incidentes más desagradables, llegó al fin el instante de los postres y los discursos. Todos pidieron que hablara el gerente. La voluminosa y pesada humanidad de don Ambrosio se alzó, y apoyado de puños en la mesa pronunció cuatro frases de almanaque sobre la felicidad que aguardaba a Felipe en su unión con Clarita, afirmando que aquél era "un verdadero matrimonio por amor".

Una aguda voz de flautín, enronquecida por la embriaguez, gritó varias veces:

—¡Viva don Ambrosio! ¡Viva don Ambrosio! ¡Viva don Ambrosio!

Era el desgraciado Felipe que vitoreaba a su despiadado verdugo. Ante este ex abrupto grotesco, don Ambrosio dirigió a Felipe una sonrisa tan ultrajante, tan villana, que ya nadie pudo contenerse. El salón se transformó en una jaula de locos, empeñados en el más descomunal torneo de relinchos, cacareos, rebuznos, ladridos y otras ruidosas formas del lenguaje zoológico.

Cuando la batahola se apaciguó, don Ambrosio continuó su brillante discurso hablando de las virtudes y encantos de Clarita, de la que dijo que era "una cándida doncella que había sucumbido al poder de seducción de Felipe, el único que había conseguido rendirla entre todos los tenorios de la Compañía Acopiadora de Frutos del País".

Otra vez la irritante voz de flautín de Felipe chilló:

—¡Viva don Ambrosio! ¡Vivo don Ambrosio! ¡Viva don Ambrosio!

Cuando a requerimiento de los comensales Felipe se levantó para agradecer la demostración, el vicepresidente, míster Wilde, y don Ambrosio se alzaron ruidosamente de sus sillas, abrazaron a Felipe y abandonaron el salón. Pero nuestro héroe no juzgó un desaire esta descomedida actitud. Para él nada era inofensivo puesto que carecía en absoluto de vanidad.

El alcohol desató la lengua de Felipe y rasgó el velo de su alma, mostrándola en toda su incomprensible simplicidad. Sus palabras des-



JOAQUIN LINARES

autor de la novela corta

UN MATRIMONIO POR AMOR

que se publica en este número, hace para los lectores de

Mundo Argentino

su AUTOBIOGRAFIA

No sé si mi nacimiento fué anunciado por prodigios celestes. Yo, por lo menos, no lo recuerdo. Nací bajo el signo de Piscis y los más sabios adivinos y quirománticos me auguraron largos viajes, como a un Ulises. Ya se han cumplido estos presagios. Una noche, con el poeta Blomberg, fuimos al más pintoresco y cosmopolita bar de Shanghai, donde nos enamoramos de dos violinistas rubias. Otra noche, con un grupo de poetas y novelistas — entre los que recuerdo a Barletta, Blomberg, Delio Morales, Suero — pasamos horas deliciosas en las ruidosas "trattorias" de Nápoles, terminando el viaje fantástico, por arte de magia, en la comisaría 24ª

En mi infancia fuí un deportista distinguido. Cultivé frenéticamente el box y el tiro al blanco. Tenía locos a hondazos a los vigilantes y a tortas a los demás pibes del barrio, que me las retribuían generosamente. Fuí jefe de pandilla. Mi familia me predecía un final desastroso, que se ha cumplido para castigo de mis pecados: he terminado en escritor.

Los jesuítas intentaron educarme. Creo que algo consiguieron. Sobre todo transformaron bastante mi carácter. De un forajido en latencia, hicieron un niño taciturno y soñador. Me apasioné por tres cosas: el griego (llegué a leer a Jenofonte casi sin acudir al diccionario), el juego de pelota y el canto. Los excelentes padres jesuítas me hicieron creer que tenía una de las voces más bellas que habían escuchado. Los compañeros me llamaban el ruiseñor. (Perdonen estos detalles de vanidad infantil.)

Ya en la pubertad, cuando me entró el loco "berretín" de la bohemia y la poesía, entre el mal tabaco y el peor alcohol, envenenaron al ruiseñor que había en mi garganta. Entonces di en la chifladura de creer que el ruiseñor lo tenía en el alma. Y me dejé crecer la melena y pasaba las noches escribiendo versos.

Me inicié como poeta en una revista literaria que ya no existe, titulada "Letras Argentinas", dirigida por Edmundo Montagne. Eran unos versos becquerianos, llenos de melancolía y de suspiros. Como tardaban en publicarse, una tarde fuí a la redacción de "Letras Argentinas" y le pregunté a Montagne si había leído mis versos y qué tal los encontraba.

—¡Muy buenos! — me contestó el distinguido poeta. — ¡Parecen traducidos!

Era, sin duda, un elogio exagerado. Porque de todo lo que se lee en Buenos Aires, las traducciones son lo mejor.

Como periodista, hice mis primeras armas en "La Gaceta de Buenos Aires", aquel diario de brillantísima tradición, cuyos orígenes se hacían remontar a la época de los virreyes. Pero es una impostura lo que dicen por ahí, que yo era ya redactor de "La Gaceta" en los tiempos del virrey Sobremonte. En este diario ejercí las serias funciones de crítico teatral. De la literatura dramática sólo conocía alguna que otra obra clásica. Pero el teatro nacional tenía en mí un implacable y sarcástico censor. No dejaba títere con cabeza. De mis crónicas y críticas salían casi siempre los autores nacionales con un par de orejas que envidiaría el más ambicioso de los asnos. Pero mis citas en griego y latín de Esquilo y Sófocles, Eurípides y Aristófanes, Plauto y Terencio, me dieron tal autoridad, que me permitió ejercer la crítica en los diarios que más influían en el ambiente teatral por aquellos años: "Ultima Hora", "Crítica" y "El Telégrafo". Tuve innumerables incidentes con autores y cómicos, tiples y danzantes.

Quiero hacer pública confesión de mi arrepentimiento por algunos excesos que cometí. Pero juro que nunca escribí con mala fe. Una prueba de esto es la siguiente anécdota: Camila Quiroga anunciaba en el Liceo el estreno de la obra de Francisco Defilippis Novoa, titulada "La Madrecita". El malogrado y talentoso autor cifraba muchas esperanzas en este trabajo. Yo escribía entonces en "Crítica". Natalio Botana dejó unas líneas sobre mi escritorio, diciéndome que si "La Madrecita" no era muy mala, depusiera mi habitual fiereza y fuera amable con el autor. Como Defilippis Novoa era también amigo mío y yo lo estimaba, decidí hacer un elogio incondicional de la obra. Para esto creí que lo mejor era no asistir al estreno. Pero tuve la malhadada ocurrencia de asomarme al teatro para ver el aspecto de la sala. En esos momentos se desarrollaba una escena cómica, la única de "La Madrecita". Sorprendí algunas risas. Terminada la escena cómica, me puse el sombrero y me largué a la calle. Luego hice un conceptuoso elogio de "La Madrecita" como obra hilarante... Y precisamente se trataba de un conmovedor drama, donde todos lloraban hasta que caía el telón... Mi elogio sincero se tomó como una mordaz ironía. Defilippis se enemistó conmigo, y con razón. Más tarde nos reconciliamos lealmente. Natalio Botana, propietario y director de "Crítica", se excusó con Defilippis Novoa, con esta ática frase, que pone de manifiesto la absoluta independencia que concedía a sus redactores:

—Ya ha visto usted, amigo, que no tengo ninguna influencia en "Crítica"...

—Mi posterior labor literaria se reduce a algunos cuentos publicados en "El Hogar", "Caras y Caretas", "Mundo Argentino", "Don Goyo", "Mundial", "Olympia", etc.

En este año de gracia publicaré una novela en dos partes, que ya tengo escrita, de ambiente, tipos y asunto muy porteños. La primera parte se titulará "Buenos Aires-tango", y la segunda "Almas: superficies y profundidades".

bordaban ternura y agradecimiento. No se atribuía ningún mérito personal. Hizo un fervoroso elogio de don Ambrosio, "a quien todo se lo debía".

— Es tan bueno el gerente — interrumpió el loco Felini, — que hasta te dejará querer a Clarita... de vez en cuando.

El panegírico de don Ambrosio no pudimos sufrirlo. Lo odiábamos con toda nuestra alma. El gerente era uno de esos individuos de espíritu maligno, que sienten constantemente la necesidad de humillar a los subalternos, de degradar con su prepotencia a los que por miedo al hambre se ven obligados a soportarla.

Los que sólo creían en la maldad y vileza humanas, decían a gritos que Felipe era un desvergonzado cínico que se hacía el ingenuo para pasarla mejor. Sobre el infeliz comenzó a caer una nutrida lluvia de trozos de pan, cucharillas, pelotas de papel, sobras de café y vino..., ¡hasta "puchos" encendidos!

El desgraciado Felipe estaba a la miseria, hecho un "ecce homo". Sin embargo, seguía gritando: "¡Viva don Ambrosio!"

Esto irritó a algunos hasta el paroxismo. Si no intervenimos dos o tres de los que aún no habíamos perdido el control de nuestros actos, lo hubieran estrangulado. ¿Por qué esta turba enloquecida, que momentos antes sonreía y adulaba a don Ambrosio, quería ahora mancharse con un horrendo crimen porque el más infeliz de ellos elogiaba al gerente en su ausencia? ¿Por qué atormentaban de ese modo inhumano a Felipe, que ensalzaba a un vil sujeto, pero no lo adulaba, que bendecía a un malvado porque no percibía su maldad? Es que ya Felipe no era Felipe: era un símbolo. Eramos nosotros mismos. Humillábamos y torturábamos en Felipe al desgraciado que había en cada uno de nosotros, obligado por cobardía o por necesidad a sonreír y adular constantemente a don Ambrosio y acatar todas sus injusticias y caprichos.

Era ya pasada la medianoche. Unos quedaron debajo de las mesas; otros, inconscientes, frenéticos, abandonaron la sala del banquete. En medio de ellos iba Felipe, tambaleándose y profiriendo frases delirantes.

En la calle, los miserables le habían puesto una cuerda al cuello y tiraban de él como de una bestia. Del resto de este vergonzoso episodio, sólo recuerdo el final: saqué a Felipe casi helado del pilón de agua del Monumento de los Españoles, lo hice subir a un automóvil y, como pude, lo dejé en su casa.

Después de su enlace con Felipe, Clarita Molinos dejó el empleo que desempeñara tan brillantemente en la compañía. Pero iba con frecuencia a las oficinas, de visita. A ninguno nos asombraba el lujo ostentoso de la ex secretaria, que ya no bromeaba con nosotros, ni nos saludaba siquiera. Al principio creíamos que iba sólo para que admiráramos sus costosas joyas, sus ricos y variados vestidos y todo el refinado pulimento de su deliciosa persona. Las visitas de Clarita coincidían siempre con urgentes comisiones que don Ambrosio enconmendaba a Felipe en diversos sitios de la ciudad. Pero con frecuencia escuchábamos en el despacho de la gerencia gritos y discusiones airadas. Y a veces veíamos salir a Clarita dando portazos y taconeando con altivez, como una reina ofendida.

Esos días eran fatídicos para nosotros. Don Ambrosio se ponía de un humor de todos los demonios. Y descargaba sobre los pobres empleados sus iras injustas y su cobarde prepotencia. Desde los jefes hasta los mandaderos, a todos nos abrumaba con sus dicterios y reprimendas, y a los que se revelaban los echaba despiadadamente a la calle. Y sobre todo, se ensañaba con Felipe.

Al poco tiempo de estos acontecimientos, dejé la Compañía Acopiadora de Frutos del País para incorporarme como empleado de contaduría a un banco de tercero o cuarto orden, que vive y medra prestando dinero al más alto interés que permiten las leyes. Pero aquí también me persiguió la sombra de don Ambrosio. El odiado gerente formaba parte del directorio del banco, en calidad de vocal.

Sin embargo, la vida se deslizó apaciblemente durante varios años. El directorio del banco se renovó dos o tres veces, pero siempre con los mismos individuos en distintos cargos. Don Ambrosio era algo así como un vocal vitalicio.

Ya casi me había olvidado de Felipe, de Clarita y de todos los infelices camaradas de la Compañía Acopiadora de Frutos del País. Pero un día el jefe de contaduría me llamó aparte, y abriendo un libro y mostrándome unos asientos, me dijo confidencialmente:

— Aquí pasa algo raro. Don Ambrosio, desde un tiempo a esta parte, está obligando al directorio (no sé por qué medios, pero no han de ser muy limpios) a que le acuerde elevados préstamos. Ya debe más de quinientos mil pesos. Y según los estatutos, ningún miembro del directorio puede ser al mismo tiempo deudor del banco. Yo creo que esto va a sonar cualquier día.

Ese día no tardó en llegar. Una mañana la noticia cundió por todas las secciones del banco como un reguero de pólvora. Don Ambrosio había desaparecido de Buenos Aires. Unos decían que había huido a Chile, otros que al Paraguay o al Brasil. Lo cierto es que la policía lo buscaba empeñosamente. En la Compañía Acopiadora de Fru-

(Continúa en la página 17)

Las peripecias de PANCHO y PANCHITO



—¿Qué hacés, Adán?...

LAS LLAVES DEL EXITO

Sin ENTUSIASMO NADA se PUEDE HACER

EL mineral sucio, fundido con entusiasmo, puede ser transformado en acero reluciente. El entusiasmo es la corriente eléctrica que mantiene la máquina de la vida andando a toda marcha.

La mente embotada, indiferente, jamás desarrolló una idea brillante. El entusiasmo es el propulsor del progreso. Todas las grandes realizaciones han brotado de la fuente del entusiasmo.

La mediocridad es el fruto de la indiferencia. Las obras maestras nacieron de las mentes inflamadas. El entusiasmo es el padre de la actividad. Indague y hallará que en la base y nacimiento de toda gran compañía había un entusiasta, un hombre consumido con el fervor de la voluntad, con confianza en su poder, con fe en la valía de sus esfuerzos.

La Standard Oil, la organización industrial más grande desarrollada por la mente del hombre, es el producto del entusiasmo de John Rockefeller.

El único "Rey del Tabaco" que el mundo ha conocido, James B. Duke, se dijo a sí mismo cuando era un joven desconocido y pobre: "Lo que ha hecho Rockefeller con el aceite, lo haré yo con el tabaco." Y el entusiasmo fué la fuerza motriz que lo propulsó hacia el éxito.

Henry Ford era y es la quintaesencia del entusiasmo, como todo el mundo lo sabe ahora. En los días de sus dificultades, desalientos y desengaños, cuando estaba luchando con su rebelde motor — y luchando asimismo con la pobreza, — únicamente su inagotable entusiasmo lo salvó del fracaso.

Tal era el irresistible entusiasmo de Edward Harriman, que una vez declaró: "Toda la oportunidad que deseo es ser uno de los quince hombres sentados alrededor de una mesa de directorio. Yo puedo hacer el resto." En doce años se elevó de la obscuridad al trono ferrocarrilero más poderoso del mundo, y ha estado ganando casi diez millones de dólares por mes durante los últimos diez años de su vida.

John Hays Hammond, el gran ingeniero de minas, dijo: "Preferiría cruzar un desierto o escalar una montaña para ver una mina nueva que cruzar la calle para presenciar una comedia u ópera nuevas."

Cuando se le preguntó a Roosevelt cómo se daba maña para cumplir con todo el trabajo que tenía en la Casa Blanca, replicó: "Me gusta mi trabajo."

Los griegos describieron al entusiasmo como a Dios en nosotros mismos. ¿No ha demostrado la historia que con entusiasmo, las tareas aparentemente superhumanas pueden ser realizadas?

El entusiasmo es como una dínamo que irradia poder en nuestro interior indiferente. El entusiasta marcha adelante, sin necesitar un empujón.

Así como la indiferencia y la ignorancia son un compendio del fracaso, el entusiasmo y la instrucción son un compendio del éxito.

Hoy en día las compañías no asignan los puestos importantes a hombres que carecen de entusiasmo.

Para enardecer el entusiasmo usted debe tener fe en lo que está haciendo, debe creer en su propósito, debe creer en su eficacia, debe creer en su beneficio a la sociedad.

Un escultor poco conocido dijo cierta vez: "Preferiría crear algo hermoso que recibir un millón de pesos." No sabía cómo conseguiría el dinero para pagar el alquiler de su casa; pero desde entonces uno de sus trabajos ha recibido el honor más alto del gobierno francés y le será concedido un lugar permanente en el Louvre.

El entusiasmo apresura, ilumina, enardece. Puede sazonar hasta al trabajo insípido. El hombre que pierde el entusiasmo, abandona la carrera. El elixir de la vida es tres cuartas partes entusiasmo. El entusiasmo estimula el pulso, aviva la mirada y apresura el paso.

La indiferencia es hermana de la ociosidad. Y la puerta del éxito está demasiado alta, es demasiado difícil para que el haragán llegue hasta ella y la abra. Unicamente el entusiasta puede esperar forjar la llave adecuada y hallar la combinación de su cerradura.

COMO PUEDE DESARROLLAR SU ENTUSIASMO

El entusiasmo es la piedra fundamental de los negocios, particularmente del arte de vender y de escribir cartas de ventas o avisos. Un muchacho de catorce años comenzó como corresponsal en la compañía Shaw, de los Estados Unidos, hace varios años. Su sueldo era de doce dólares por semana. Este muchacho había abandonado sus estudios a los catorce años y no tenía instrucción; algo, por lo general, muy necesario para un corresponsal. Pero poseía un entusiasmo desbordante, y muy pronto el entusiasmo de sus cartas comenzó a hacer llover los pedidos. Cuando la gente leía sus cartas, sentía el contagio del entusiasmo poderoso que irradiaba el muchacho. Tres años más tarde su sueldo fué aumentado a 2.500 dólares, y cuando pensó retirarse para aceptar otro ofrecimiento mejor, el señor Shaw le ofreció una comisión del 2 por ciento de las ganancias líquidas hechas por sus cartas. Eso es lo que le trajo su entusiasmo, y ahora se dice que está ganando 25.000 dólares por año como gerente de ventas de la Royal Tailors.

¿Cómo puede desarrollar su entusiasmo? El primer paso es convencerse de que usted tiene algo digno de su entusiasmo. Si usted está en un negocio en el que no tiene fe, es un tonto si continúa en él. Métase en un negocio en el cual tenga plena fe. Luego vea la inmensa importancia del servicio que puede rendir al público. El siguiente paso es librarse de cualquier tendencia a una modestia exagerada o una timidez personal. Alguna gente cree que es un egoísmo ser entusiasta de sus propios poderes o sus propias mercancías, que las buenas mercancías y los buenos servicios deben venderse por ellos mismos... Pero no lo hacen. Considere que la mentalidad del público es bastante densa, y si usted tiene buenas mercancías o buenos servicios para ofrecer que ellos necesitan, usted les está haciendo un favor demostrándoselo. La verdad es que la mayoría de los hombres importantes de negocios han tenido que desarrollar el entusiasmo por un esfuerzo especial. No hay mejor manera de excitar el entusiasmo que escribir lo que se tenga que decir, sea que se escriban cartas de venta, o se esté preparando un plan de ventas, o, aunque más no sea, se esté por solicitar un empleo de importancia.

FIN

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

BELLEZA en las HORAS de OFICINA



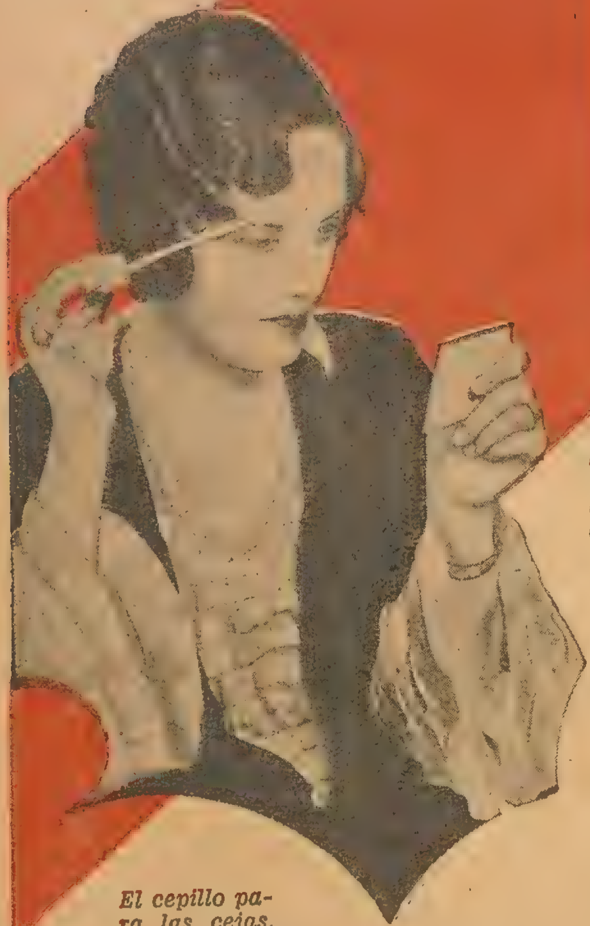
Las uñas sufren enormemente al impulsar directamente las teclas.



El jugo de limón es uno de los implementos de mayor importancia.



Las yemas de los dedos, y no las uñas, entran en contacto con el teclado.



El cepillo para las cejas, uno de los implementos del estuche.



He aquí el estuche a que se refiere el presente artículo, con parte de los artículos descriptos.

QUIERO esta semana dedicar mi clase de belleza, que no es tal, ya que todo se reduce a exponer algunas indicaciones convenientes, a las empleadas de oficinas en general, para quienes la conservación de su belleza durante las horas de trabajo constituye un arduo problema. Por supuesto, si fuera posible convertir la oficina entera en una mesa tocador o en un salón de belleza, todo se solucionaría fácilmente, pero es el caso que esos adminículos destinados a colaborar en la belleza facial femenina deben permanecer ocultos, deben ofrecer comodidades para su uso. Muchas son las ideas que al respecto han surgido, no solamente aquí, sino en las principales capitales europeas, en la mayoría de las cuales la joven oficinista ha optado por la adopción de este estuche que hoy presento a mis lectoras y cuya forma y tamaño podrán apreciar por una de las ilustraciones que se ven en esta página. Está hecho en metal y tiene unas medidas aproximadas a quince por veinticinco, con su correspondiente cerradura. Veamos ahora los implementos que colocamos en su interior; ante todo, un pequeño "necessaire" con los instrumentos completos para el arreglo de las manos; una botella de agua de belleza, otra de jugo de limón, bastante algodón, un cepillito para las pestañas, un peine pequeño, una cajita con polvos, rouge para las mejillas y para los labios, gasa, agujas, alfileres e hilo. Todo ello constituye, como se comprenderá, una colección bastante completa para "casos de emergencia". He querido dar con esto tan sólo una idea de la cantidad de utensilios que pueden ser guardados en una caja de tan reducidas dimensiones como la que nos ocupa. Aunque no lo parezca, la botellita con jugo es una de las cosas que más debemos tener en cuenta si consideramos

(Continúa en la página 49)

Grandes momentos en la vida de los grandes seres

Adelina Patti

AMADA POR TODO EL MUNDO



Su vida fué toda "un gran momento". He aquí lo que se puede decir de esta mujer luego de haber leído su biografía o conversado con personas que la conocieron, no solamente cuando tenía bastante edad, sino que también cuando se hallaba en plena carrera triunfal, una carrera tan magnífica que no parece cierta. Pero lo fué en verdad para esta mujer en quien una voz de pájaro, un rostro de ángel y un carácter firme y noble se aunaban. Tratemos de conversar con los ancianos de hoy que allá por el año ochenta tuvieron el privilegio de verla y oírla; conversemos con ellos y tratemos de que nos describan el aspecto maravilloso que Adelina lucía en cada una de sus presentaciones. No en vano esta mujer, ante cuyos pies el mundo entero le rindió homenaje era llamada la reina del canto. Y no solamente esto, sino que también se le llamó la reina de los diamantes, debido al gran cariño que ella profesó siempre a esta clase de piedras preciosas con las que muchas veces se le veía cubierta. Nació Adelina, en Madrid, de padres italianos, el 18 de febrero de 1843, debutando en la escena cuando contaba apenas siete años de edad. Causó enorme sensación y desde ese día hasta cumplir los doce años, fué considerada por toda América como una niña prodigio. Sin embargo, este exceso de trabajo hizo que durante varios años no cantara ni una sola nota por temor a estropear su garganta, reapareciendo en la Academia de Música de Nueva York, cantando "Lucía". Tenía entonces diez y seis años. Su fama bien pronto cundió por todo el mundo, y Adelina se trasladó a Europa, donde puede decirse que comenzó su verdadera carrera artística. Su primera jira por América la realizó en 1881, en la Opera Metropolitana, donde ganaba cinco mil dólares por función. No fué así de extrañar que pronto se convirtiera en una mujer riquísima que paseaba su lujo y su esplendor por todo el mundo, provocando la admiración de todos. Murió en 1919, en su magnífico castillo de Gales, donde vivía con su tercer esposo, un barón sueco. Previamente se había casado con un francés y con un italiano, siendo ella más tarde naturalizada inglesa, aunque lo cierto es que el mundo, para rendirle pleitesía no consideró jamás su nacionalidad.

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

SI ES SINCERO EL PROCEDER DE SU NOVIO no veo el motivo de su absoluta reserva.

Sus padres lo mismo que los de él deben enterarse de que están ustedes en vísperas de casarse, no hay por qué ocultar un hecho tan importante para ambas familias y usted debe ser la primera en convencerlo de lo que digo.

Debe hacerle cumplir lo prometido cuanto antes, si no, desconfíe.

Contestando a "Gringa", de Córdoba.

●●

HOY MAS QUE NUNCA usted podrá confirmar que anduvo demasiado de prisa. Visitar a una niña y hablar a sus padres es contraer obligaciones morales con ellos, por eso es mejor tener la seguridad de nuestros sentimientos antes de arriesgarnos a dar ese paso. De todas maneras si usted ya no la ama, debe desilusionarla, ¿para qué seguirla engañando? Excúsese a sus padres y retírese a tiempo, no deben continuar esas relaciones que jamás llegarán a hacerlos felices.

Contestando a "Desilusionado", de Rosario.

La mujer de talento constituye un peligro si le falta sentimiento, pues no se enamorará nunca más que a través de un ensueño o de una concepción superior. ¡Y las realidades son tan distintas a la hermosura del ideal!

DEBE RECLAMARLE EL RETRATO con que usted le obsequió, muy prematuramente. En caso de negativa, él le explicará los motivos que tiene para hacerlo y obtendrá usted la ansiada respuesta, sabiendo así a qué atenerse.

Contestando a "Desdén", de Rosario.

●●

SI TIENE LA SEGURIDAD DE QUE SU NOVIO ama a otra niña, lo prudente es terminar con él; no tiene por qué continuar perdiendo tiempo, acepte la otra oportunidad que se le presenta, tratando de olvidar al anterior.

Contestando a "J. M.", de Junín.

●●

DEBE EXIGIR QUE SU NOVIA cumpla todas sus promesas, ya que ella también tiene el mismo derecho sobre usted.

Contestando a "Panaderito solitario", de Coronel Arnold.

●●

DEBE OBRAR CON PRUDENCIA para no tener que volver a arrepentirse. Si tanto le gustaba ese joven, ¿cómo pudo atender a otro al mismo tiempo? Consulte a su corazón para tener la certeza de que su elección está bien hecha.

Contestando a "Arrepentida", de Rosario.

Canción Contemporánea

Por J. A. FAYOS LEGUIZAMO

(COLABORACION)

¡Pasó al lado mío!... ¡Creación estupenda,
creación milagrosa de Nuestro Señor!
¡Sus formas perfectas no sé qué tenían!...
¡Atónito y mudo mi labio quedó!

¡Creyera un artista que Venus pasaba!...
¡Que, envuelta en armiños, miraba brotar,
allí, entre el oleaje del mundo moderno,
la nueva Afrodita de la época actual!

¡Su nívea garganta, de armónicas líneas,
jamás en sus cisnes la soñó Rubén;
jamás cual su boca más púrpura tuvo
la abierta corola de un rojo clavel!

¡Sus ojos extraños, de raros reflejos,
hablaban de amores, de pena y traición;
sus rubios cabellos bajo el gorro prieto
eran un destello bendito de sol!

Pasó por mi lado cimbreante, triunfante,
dejando una racha de fino "Coty"...
¡Bibelot divino, divina muñeca!
¡Prodigio de sedas, de "blue" y de carmín!...



Señorita Nora Eastmann y doctor Alberto Houssay, que hace pocas semanas contrajeron enlace en esta capital y cuya ceremonia dió margen a una reunión social de vastas proporciones.

Foto Pérez.

MANTENGASE FIRME y convenza a su novio de que si la ama de veras debe serenarse, guardando para más adelante esa prueba de amor que hoy le pide.

Contestando a "Una impaciente", de Bolívar.

●●

LAMENTO no poder publicar las poesías que usted envió.

Contestando a "Amelia J. Ossani", de Capital.

●●

POR EL MOMENTO OBEDEZCA A SUS PADRES. Ellos tienen razón, pues eso que usted considera gran amor, ¿no será simplemente un entusiasmo de sus 15 años? Reflexione, deje pasar el tiempo y después..., ya tiene tiempo de tomar determinaciones.

Contestando a "E. S. B.", de Río Cuarto.

●●

ESA AMIGUITA SUYA deberá consultar a un médico y así podrá saber con seguridad lo que desea.

Contestando a "Buena amiga", de Capital.

La belleza es un elemento de valor en la conquista de los corazones masculinos. Pero si la inteligencia acompaña y refuerza la belleza, la mujer está llamada a obtener grandes triunfos en ese sentido.

PARA PODER DARLE UN CONSEJO acertado necesitaría conocer la causa por la cual los padres de esa niña se oponen a que usted la festeje.

Contestando a "Decidido", de Capital.

●●

EL CASO DE SU HERMANA es muy distinto al suyo. Sería ridículo, en verdad, que usted tratara ahora a su novio en otra forma, siendo amigos desde niños. Su hermana, en cambio, debe hacer comprender al reciente novio que el que no la tutee "en público" no es motivo para que se sienta "menos novio", desde el momento que ella en la intimidad le da el familiar tratamiento, ¿qué puede importarle a él del "público"?

Si el "novio celoso" es persona inteligente creo sabrá comprender razones y si por el contrario, semejante futileza sigue afectándolo, o teme el "qué dirán" que su hermana también lo tutee.

Contestando a "Belgranense", de Capital.

●●

NO SE IMPACIENTE. Es muy pronto aún para juzgar. Después que pasen varios meses de ausencia, la conducta de ese joven le demostrará si es digno de que lo espere dos años.

Contestando a "Morocha", de Avenida.

LA MUJER QUE AMA, CREE.

UN MATRIMONIO...

(Continuación de la página 11)

tos del País se habían descubiertos desfalcos tales, que al día siguiente cerró sus oficinas y solicitó la quiebra. El banco quedó tambaleándose...

Este ruidoso escándalo me puso nuevamente en contacto con Felipe y Clarita. Ambos fueron detenidos por orden del juez, hasta aclarar su situación. Se acusaba a Clarita Molinos de ser la culpable del desastre tragicómico de don Ambrosio Pérez, quien resultó en el orden sentimental un "gil a cuadros". Pero como ni a Felipe ni a Clarita se les pudo probar nada, fueron puestos en libertad, y finalmente absueltos de culpa y cargo. Sin embargo, el episodio sirvió para abrirle los ojos a Felipe. En la minuciosa investigación del asunto, los agentes de la justicia tuvieron que poner en claro muchas cosas y hacer ciertas preguntas. Entre ellas, una que dejó asombrado a Felipe:

—¿Sabe usted qué clase de relaciones existían entre su esposa y el sujeto Ambrosio Pérez?

Y como Felipe no lo sabía, hubo necesidad de enterarlo.

Pero, ¿cómo era posible que Clarita Molinos hubiera devorado una fortuna — más de un millón de pesos — en tan poco tiempo? Su lujo, aunque verdaderamente fastuoso, no justificaba, sin embargo, el despilfarro de tanto dinero. ¿Es que era jugadora... o había detrás del telón algún personaje misterioso que movía toda la farsa?

No volví a tener noticias de Felipe sino algún tiempo después. Un día varios empleados del banco — de locos que éramos nomás — decidimos comer juntos aquella noche y luego gastarnos unos pesos en unas entradas de teatro. Ibamos a hacer una que fuera sonada en la fila cero de la "Catedral del Bataclán Porteño". Por la tarde, bien temprano, comisionamos a uno de la barra — Gomensoro, el más "amarrete" — para que fuera a retirar las entradas. Al rato, regresó el emisario y con cara de espanto, nos dijo:

— Muchachos..., ¡no hay caso! El boletero me ha dicho que sólo le queda fila 25... Pero que tiene reservadas unas plateas de la fila cero para unos "clientes" que le dan buenas propinas. Entonces yo hice u nrápido cálculo mental y sobre el "precio neto" de la platea (un peso y cincuenta centavos) le ofrecí un tanto por ciento fantástico: algo más del 33 por ciento, o sea dos pesos por platea. El tipo me largó una risotada en la jeta y me dijo que por menos de cinco pesos de propina por cada platea no me "vendía" las entradas. ¿Se dan cuenta?

Aunque esta alta expresión de la usura, aplicada a la alegría, debía halagar nuestra vanidad profesional, sin embargo, todos creímos necesario escandalizarnos, exclamando que era más honrado robar en los caminos.

Pero, al final, todos decidimos pagar los cinco pesos, desafiando la indignación de Gomensoro. Después de todo, ¿qué significaban cinco pesos para tipos que manejaban millones como nosotros?

Llegamos al teatro bastante alegres, como convenía al lugar y al espectáculo. Avanzamos por el corredor de plateas, marcando el paso como autómatas, al compás de una musiquilla estrepitosa. Allá, junto al telón, se percibía una línea de fuego, una vanzada de vivos reflejos. No eran reflectores, no. ¡Eran calvas! Entre ellas se advertía un claro: nuestros cinco asientos. Levantóse el telón e irrumpió en el escenario un regocijado tropel de hermosas muchachas, cuyos "trajes" no eran ya una imitación, sino una encantadora síntesis de la elegancia de Eva. Era el famoso cuerpo de baile, las célebres "treinta caras bonitas". La endemoniada alegría del escenario contrastaba con la seriedad y el empaque de los espectadores. Cuando la tentadora tropilla se acercó a las candilejas, cantando y bailando casi sobre nuestras narices, me puse pálido de asombro. Allí, en medio de la fila, estaba Clarita Molinos, la diabólica dactilógrafa, que cantaba y se movía rítmicamente, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida:

"¡Oh París, oh París de mi ensueño!...

La miré fijamente. Acaso ella advirtió mi sorpresa. Sólo me miró una vez. Luego... como si no me conociera. Siguió dedicándole sonrisas y miradas incendiarias a un señor de edad, obeso, imponente, que con otros amigos ocupaba un palco "avant-scene". Yo pensé entonces qué nuevo banco y qué otra empresa agrícolaganadera estarían en peligro...

Yo había perdido todo mi buen humor. Miraba obsesivamente a Clarita... y me acordaba del pobre Felipe. Esto debió irritar terriblemente a la dactilógrafa, porque en otro de los bailables junto a las candilejas — yo la sentía bailar sobre mi cabeza — susurró, lanzándome una mirada de feroz desprecio: "¡Estúpido!"

Terminó la función. Nos detuvimos un rato en el vestíbulo contemplando las fotografías de las artistas. Allí estaba Clarita, de cuerpo entero. Pero debajo del retrato se leía este nombre: "Lily Douglas."

Los porteros comenzaron a sonar las palmas para que los curiosos desalojáramos el vestíbulo. Entonces vi penetrar por la puerta de calle y hundirse en las sombras del hall a alguien que yo conocía. Encorvado, sin hablar ni mirar a nadie, vacilante, sentóse en la punta de un banco y quedó inmóvil. Era Felipe.

Todo esto lo recordé mientras me encaminaba al Departamento de Policía. ¡No! Felipe no podía ser el asesino de Clarita. En este asunto debía haber, sin duda, algún trágico equívoco, alguna habilísima tramoya urdida por una mano oculta para perder a Felipe. ¡Pero yo haría luz en ese misterio... y salvaría al desgraciado de las garras de su nuevo verdugo!

(Continúa en la página 30)

En el próximo número

¡MUJER!

Novela corta de CONCEPCION RIOS

¡ESPÍAS!...

Por EDWIN T. WOODHALL

¡Espía!... Palabra infamante que sugiere algo muy bajo y ruin; sinónimo de traidor. Así lo cree la generalidad del público, pero en la realidad los espías no son traidores, sino individuos que eligen el más peligroso de los oficios por razones altamente patrióticas. Saben que si son capturados en el desempeño de sus funciones su suerte está sellada: ¡cuatro balas en el pecho! El servicio de espionaje en tiempo de guerra requiere gran valor y condiciones de serenidad nada comunes. Edwin T. Woodhall, uno de los ases del espionaje británico en los años que precedieron a la gran guerra y durante la misma, nos relata extraordinarias aventuras propias y ajenas de la organización del cuerpo especial de detectives y espías que actuó en Francia desde 1914 a 1918. Son páginas de obscuro heroísmo y abnegación, por las cuales desfilan desde lord Kitchener, el gran soldado, hasta la piadosa nurse Cavell, que se agrandó en el sacrificio hasta empequeñecer a los funcionarios que cometieron el error de condenarla.

El gran detective EDWIN T. WOODHALL

Por lo que hace al espionaje en los puertos navales, pocas pruebas existen de que en los puertos de Inglaterra y Francia los espías enemigos tuvieran mucho éxito. Se recuerdan algunos casos de "sabotaje" bastante grave en ambos países, pero jamás se sabrá a ciencia cierta si obedecieron a maquinaciones de agentes enemigos o no.

Antes de que los Estados Unidos entraran en la gran guerra había muchos casos de "sabotaje" provocados por espías alemanes. En un gran astillero se perdieron centenares de vidas por efectos de una explosión. También se descubrió una tentativa de voladura del "Leviathan", siendo descubierto el complot por la policía de investigaciones instantes antes de zarpar el colosal transatlántico.

Dos terribles catástrofes parecidas tuvieron lugar en Inglaterra; una en Dover y la otra en los astilleros de Invergordon, en que fué volado el "Natal", perdiéndose cuatrocientas vidas.

El espionaje abundaba en los puertos europeos y a lo largo de las costas del Mediterráneo, en donde los transportes británicos estaban sujetos a continuos atentados, transmitiéndose mensajes radiotelegráficos a los submarinos enemigos. La importancia de esta clase de espionaje se demostró ampliamente en una aventura que tuvo lugar en el transporte para tropas "Seasowe Castle", en el Mediterráneo.

Conozco lo sucedido por referencias de un amigo, G. R. Hill, quien fué capitán de los húsares Royal Buckinghamshire.

"Salimos del puerto de Alejandría — me dijo — con tres mil quinientos individuos de tropa, en medio del mayor sigilo y con destino desconocido.

"A medianoche, cuando habíamos navegado unas doce horas, fuimos torpedeados por un submarino. Yo fuí uno de trescientos cincuenta sobrevivientes. Entre nosotros se contaba un individuo de tropa de la "Warwickshire Yeomanry. Este hombre había sido torpedeado dos veces ya y se había salvado en dos cruceros del mismo puerto."

Algún tiempo después nuestro servicio secreto detuvo a un griego establecido en un muelle cercano a Alejandría con una instalación inalámbrica completa. El espía confesó que durante diez meses había estado enviando mensajes submarinos a un submarino en el Mediterráneo, lo que explica la actuación feliz de éste. Poco después de su detención, el Almirantazgo envió un mensaje simulando ser del espía e indicando la partida de un transporte militar, hábilmente disimulado con artístico "camouflage", que marchó a la cita. Casi al minuto, en la justa longitud y latitud, el submarino se elevó a la superficie, y seis descargas bien dirigidas pusieron fin a sus actividades.

Es indudable que el fracaso de la campaña de los Dardanelos se debió a la actuación de agentes del servicio secreto enemigo. Nuestros preparativos eran conocidos en Egipto y en otros lugares con meses de anticipación. La misión militar alemana en Constantinopla sabía que los ingleses se proponían intentar un desembarco en los Dardanelos. Esta noticia permitió a los turcos y sus consejeros alemanes tiempo suficiente para atrincherarse y fortificarse en la península y también para colocar minas en el estrecho.

Por lo que respecta a España, fué un semillero de espías. Lo mismo ocurrió con Holanda. No creo que pueda citar un caso más cumplido de espionaje portuario que el del infortunado capitán Charles Algernon Fryatt.

Cuando comenzó la guerra el capitán Fryatt mandaba el "Bruselas", buque de travesía del Canal de la Mancha entre Harwick y Rotterdam, propiedad de la compañía ferroviaria Great Eastern.

Era un hombre condenado por el Servicio Secreto Alemán, que encontró en este valeroso marino un enemigo digno de ser empeñosamente combatido.

La amenaza submarina le causó natural aprensión; era un capitán mercante británico y la seguridad de sus pasajeros, tripulación y buque eran su primer y natural preocupación, pero por lo demás, era hombre que no conocía el miedo. De ahí que no temiera a la campaña submarina y la consideraba con desprecio.

No cabe dudar de que el capitán Fryatt debe haber expresado sus opiniones en la forma indicada en más de una oportunidad. Probablemente expresara con crudeza su manera de pensar y su actitud en lugares públicos de Rotterdam y donde lo escucharan oídos hostiles. Es seguro que su actitud agresiva fué comunicada por los espías.

Su primera aventura con la amenaza submarina tuvo lugar el 2 de mar-



Un torpedero alemán se acercó a toda máquina al "Bruselas". Al verse rodeado, el capitán Fryatt se rindió.

zo de 1915. Iba rumbo a Holanda y se encontraban lejos de la costa inglesa cuando el submarino enemigo "U 33" le hizo señales para que se detuviera.

Desde el puente de mando, Fryatt consideró pensativo el lomo negro del temible adversario, que se le había puesto casi por delante. Luego, tomando el teléfono, ordenó a las máquinas: "¡Todo avante!", y apoderándose de la rueda del timón, viró rápidamente sobre estribor, y lanzó al "Bruselas" hacia adelante, esquivando al submarino.

Fué tan audaz la maniobra que el comandante del submarino demoró algunos minutos en reponerse de su sorpresa, los justamente necesarios para que Fryatt se le distanciara. De inmediato se inició la persecución. Ya el "Bruselas" estaba fuera de alcance de los torpedos. Desde el submarino se le repetían las señales de detenerse. Fryatt las ignoraba olímpicamente, y sólo miraba hacia adelante, firmemente plantado, reciamente empuñada la rueda. Sus órdenes, vibrantes, ponían unas actividad de infierno en el departamento de máquinas. ¡Todo avante! ¡A toda máquina! ¡Más todavía ¡Avante, avante!

Los espías alemanes hacen capturar al capitán Fryatt, el enemigo de los submarinos.



Con el tiro de gracia terminó la vida del heroico marino.

El submarino, sin tiempo para sumergirse, emprendió la persecución y parecía un enorme "cetáceo" enfurecido que nadara a flor de agua levantando espuma. La loca carrera en que se jugaba la existencia misma, cientos de vidas, duró bastante tiempo, pero Fryatt logró afirmar su distancia hasta perder de vista al pirata. Así, a toda máquina, entró al puerto de Rotterdam con su buque ileso y sus pasajeros ignorantes del peligro que habían corrido.

El capitán del "U. 33" avisó a los agentes alemanes de Rotterdam que el "Bruselas" lo había burlado, pero se resarció con creces hundiendo sin previo aviso al "Falaba", acto en el cual perecieron 104 mujeres, niños y hombres, el 28 del mismo mes de marzo.

No se repitieron los ataques al "Bruselas", hasta que cierto día el mismo submarino intentó dilucidar posiciones nuevamente con el capitán Fryatt.

El "Bruselas" recibió orden de detenerse... Nunca se sabrá con exactitud lo que ocurrió, pues un velo de impenetrable misterio cubre el episodio. La verdad es que el "Bruselas", accidental o voluntariamente, embistió al submarino, abriéndole un gran "rumbo", lo que determinó su hundimiento inmediato. Los sobrevivientes del submarino fueron recogidos y volvieron a Holanda para dar cuenta del desastre.

Desde ese momento el destino del capitán Fryatt estaba fatalmente resuelto. Los agentes del servicio secreto alemán se dedicaron a perseguirlo y a labrar su perdición. Emplearon, a no dudarlo, un espía que viajaba siempre en el "Bruselas" cuando navegaba bajo el mando de Fryatt.

El 23 de junio de 1916, el "Bruselas", en viaje desde Inglaterra, fué encontrado por una escuadrilla de torpederos alemanes y capturado, siendo conducido como buena presa a Zeebrugge. Un folleto publicado por el ferrocarril Great Eastern dice así:

"A bordo del "Bruselas", entre los pasajeros, viajaba un tipo muy sospechoso, que fué tratado con todo respeto por los alemanes..."

Huelga el comentario: era un espía alemán, viajero de su servicio secreto, que tenía por misión perseguir al capitán Fryatt.

Es que un hombre de las características de Fryatt constituía una amenaza para su plan de implacabilidad. Los alemanes creían que si un país neutral como Holanda y las naciones escandinavas se enteraban de que un capitán de la marina mercante británica había desafiado a sus submarinos, ello empequeñecería su prestigio.

El 16 de julio de 1916, ante un consejo de guerra de la marina alemana, en Brujas, el capitán Fryatt fué juzgado "por haber embestido al "U. 33" cerca del faro de la costa holandesa". Alegó inocencia. Los pasajeros que se hallaban a bordo en el momento declararon que la colisión había sido accidental, pero de nada valieron la defensa ni las declaraciones atenuantes, pues había que hacer una expiación con el capitán Fryatt.

El 30 de julio, en presencia del alcalde de la ciudad de Brujas, murió heroicamente, fusilado por un pelotón de marinería de desembarco alemana.

Es digno de leerse un párrafo de la "Gaceta Alemana" de Colonia, que decía comentando el fusilamiento:

"Ante todo, tenemos que imponer el respeto debido a nuestros submarinos, pues la vida y seguridad de nuestros heroicos marineros es incomparablemente más importante para nosotros que la de un inglés criminal..., que, al fin y al cabo, se la jugó y la perdió.

La suerte de Fryatt no amedrentó a los capitanes británicos. Él fué uno de los primeros; casi el precursor. Otros lo siguieron. Y no podrá ser de otro modo. Los marinos actuales son los descendientes de los osados hijos de Anak, de los solitarios lobos de mar, que afianzaron el imperio marítimo de la Gran Bretaña en los siete mares del mundo, sembrándolos de hazañas gloriosas y de vidas heroicas.

Al recrudecer la campaña submarina, fué tanta la indignación que causó en las gentes de mar, que se ofrecieron a tripular y mandar pesados buques de carga, que en realidad eran monitores disfrazados. Con tales barcazas, al parecer pescadoras, patrullaban los mares del norte a la caza de submarinos. Los agentes del servicio secreto aliado en Holanda y España hacían todo lo posible por noticiar el movimiento de submarinos que llegaran a aquellos países y los barcos "camouflados" se ponían en campaña. Uno sólo de ellos logró echar a pique doce submarinos, pero cierto día fué sorprendido con sus propias armas. Se acercó a un torpedero que había izado la bandera inglesa..., y un torpedo lo alcanzó en su línea de flotación. Se hundió en pocos segundos. El capitán apareció nadando, se asió a un leño, y cuando lo iba a rescatar de las ondas, gritó:

—¡Viva el rey!... — y extrayendo de entre sus ropas una pistola, se alojó una bala en el cráneo. Prefirió esa muerte a las torturas que le esperaban en el cautiverio, pues el enemigo conocía su largo historial de actos heroicos.



El ARTE de ENAMORAR a las MUJERES

Un artículo de Mauricio Magre

Después de un prolongado silencio, Enriqueta... me dijo, tendiéndome la mano, como si la animase un irresistible afecto: — Debemos vernos con menos frecuencia. Tiempo hacía que deseaba decírtelo.

DESPUES de un prolongado silencio, Enriqueta L..., me dijo, tendiéndome la mano como si la animase un irresistible afecto:

—Debemos vernos con menos frecuencia. Tiempo hacía que deseaba decírtelo. Para conveniencia de nuestro amor sería preferible que hicieras un viaje solo, un viaje que durara algún tiempo. Tú sabes cuán grande ha sido nuestra alegría al encontrarnos de nuevo cuando nos hemos separado tan sólo por dos o tres días. ¡Y bien!, sueña lo que sería esa alegría después de un mes de separación. Vale la pena, pues, aunque más no sea que para probar semejante júbilo, que nos separemos.

Mientras decía esto, me observaba atentamente para descubrir el efecto que me producía tan lógico razonamiento. Nos paseábamos en coche por el Bois de Boulogne y la tarde caía. Las espaldas del cochero eran prodigiosas; el taxímetro anunciaba de cuando en cuando, con un pequeño ruido, el precio del paseo.

Comprendí de inmediato que sus palabras señalaban la iniciación de una nueva era, que en el espíritu de mi amada se había producido un cambio análogo al del taxímetro. Y así como después de 2.20 f., la cifra que debe aparecer nunca es 2.10 f., era evidente que después de lo que me había dicho mi amada todo indicaba que su amor estaba en franca decadencia.

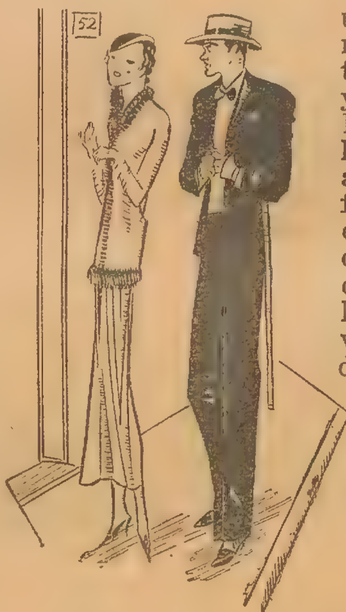
Palabras de protesta se atropellaron en mis labios. Deseaba responderle que no aspiraba a otra cosa que a vivir eternamente a su lado y que para mí no había felicidad mayor que escuchar su conversación y contemplarla. Pero guardé silencio; el paisaje se revistió a mi alrededor de una gran importancia. Un paseante se detuvo observándonos largamente como si hubiera comprendido el carácter decisivo de nuestra conversación.

Declaré, esforzándome por dar a mis palabras un tono jovial, que, en efecto, una separación de un mes o de un mes y medio sería en extremo beneficiosa para nuestro amor y llegué a comparar sus efectos, a fin de dar un carácter placentero a mi pensamiento, a los de un tónico que recostituyera las perdidas fuerzas de ese amor.

Los ojos de Enriqueta L... adquirieron inusitado brillo al escuchar una palabra que había dicho para tenderle una trampa y que luego lamentó amargamente haber pronunciado.

—¡Un mes y medio!... Tenéis razón, es necesario que nos separemos durante un mes y medio, por lo menos...

Al preguntarle adónde pensaba ir, me apercibí que el acento de mi voz estaba alterado. Me era indiferente, desde el momento que no habría de estar con ella, que se fuese a no importa qué lugar del mundo. Suiza, con sus lagos y montañas pintorescas; los Pirineos, las riberas de Normandia y de Bretaña, eran lugares agradables de veraneo que yo soñaba como los más indicados para mi amada.



Estábamos de pie, silenciosos, ante la puerta; pensé en el sillón de su departamento, donde ella acostumbraba a sentarse, en sus trajes, sus libros...

No había más que un punto cerca del mar, una playa entre todas las playas, donde yo anhelaba con todas las fuerzas de mi alma que ella no fuese. Ese lugar era Royan; sabía que el señor X..., de quien tenía celos, pasaba allí su veraneo. ¡Oh, desdicha!, era precisamente ese único punto de la tierra el que ella había elegido.

No hablé más por temor de que la voz me tracionase.

Pasamos cerca de los lugares donde solíamos concurrir las primeras tardes de nuestro amor y donde nos habíamos abrazado, aprovechando la penumbra, con encantadora y despreocupada ansiedad. Vimos de lejos el lago y sus cisnes, a los que nunca arrojamos migajas de pan, y pensé que podíamos hacerlo, mientras los contemplaba enternecido.

Mientras tanto Enriqueta L. decía cosas como éstas:

—Dentro de un mes y medio o dos meses, cuando volvamos a encontrarmos, posiblemente, tú amarás a otra mujer. ¡Eres tan ligero! Dos meses es mucho para un hombre. No te escribiré muy amenudo; quizá casi no te escriba, porque deseo probarte y saber hasta dónde me tienes confianza. ¿Qué dirás si durante meses te quedas sin recibir carta mía?

El coche salía del bosque; el Arco del Truinfo estaba cerca de nosotros, pero yo sólo tenía por horizonte la espalda del cochero que me pareció, a medida que avanzábamos, más considerable y abrumadora, como la fatalidad del amor.

Dejó de trotar el caballo y la obsesionante espalda se desplazó. Estábamos de pie, silenciosos, ante la puerta. Pensé en el sillón de su departamento donde ella acostumbraba a sentarse, en sus trajes, en sus libros, en su piano, en todo lo que le pertenecía, en todo lo que yo perdía...

Y cuando ella me hubo tendido su pequeña mano, me puse a caminar ligero, muy ligero, como si para llegar al lugar donde me dirigía, no tuviera, desde ese momento, toda la vida por delante...

LA HORMIGA ALADA

Cuando se toma una hormiga, resulta muy difícil retenerla en la mano durante algunos minutos. Temerosa, corre enloquecida deslizándose con facilidad por entre los dedos. Si cerramos la mano podemos aplastarla; si la abrimos, caerá de inmediato. ¿Cómo hallarla entonces entre la removida tierra o entre las hierbas de una pradera? Suele, también, trepar audazmente por vuestra manga, y no hablemos de lo que ocurre cuando se trata de una hormiga alada provista de agudo dardo.

Al afecto de las mujeres le pasa lo que a la hormiga cautiva, pues una vez conquistado si no lo aplasta un excesivo amor, huye, se oculta, cae o vuela, no sin haber picado antes cruelmente vuestro corazón.

Así como hay personas que esconden una inmensa estupidez bajo la máscara de una sonrisa fina y escéptica, hay también mujeres que ocultan una total ausencia de cariño con la ayuda de ciertas formalidades sentimentales. Las hay que cesan de amar bruscamente y, que, sorprendidas ellas mismas de semejante cambio continúan durante un tiempo simulando lo contrario.

¡Cómo la clarividencia resulta entonces un deplorable don! Nos apercibimos

(Continúa en la página 59)



POCAS HORAS ANTES de asumir el poder, el GENERAL JUSTO envía al pueblo de la república por intermedio de MUNDO ARGENTINO su primer mensaje

EL GENERAL JUSTO ASUME EL GOBIERNO CON EL MAYOR OPTIMISMO. — En una entrevista especial, el presidente electo explica a los lectores de MUNDO ARGENTINO en qué funda este estado de espíritu. — La situación del país, con sus riquezas y sus fuentes de producción intactas, le obligan a ser optimista. — Tiene, además, fe en la conducta de sus compatriotas, con cuyo esfuerzo y cooperación cuenta para lograr la reconstrucción que todos anhelamos.—

Un reportaje de Arturo Silvestre.

De entre la legión de visitantes que ha desfilado ese día por el departamento del Plaza Hotel, yo soy el último. Me preceden, con otras personas de menor significación, cuatro dirigentes políticos de Santa Fe que van a informar al futuro presidente acerca de las alternativas del famoso colegio electoral. Los que aguardamos en el largo corredor casi podríamos oír la conversación entre el general Justo y sus correligionarios santafecinos, porque ésta se desarrolla a puertas abiertas y nada sigilosamente. No da eso, por cierto, la impresión de conciliábulo donde se trata de urdir una maniobra política. ¿Será un síntoma?

A uno no le cuesta creerle cuando el general, minutos después, declara a un periodista que le pregunta sobre lo tratado en la breve conferencia.

— De Santa Fe hay las novedades que ustedes conocen. Acaba de aplazarse el colegio para el jueves. Ustedes saben muy bien que en estas cosas de los partidos, yo no quiero meterme para nada. Los dejo que se arreglen por su cuenta.

Cuando me descubre entre las visitas reunidas en su recibo — el último lote del día — el presidente electo me saluda con su proverbial cordialidad.

— ¿Cómo le va, Silvestre?...

— *General: yo vengo a recoger aquí un pequeño mensaje para los lectores de "Mundo Argentino".*

— Un minuto y vamos a hablar.

Una vez que ha despachado a todos, cuando el "maître" del Plaza se pasea ya nervioso por el corredor, con su elegante menú de cuero y su zalamería tradicional, prestas para entrar en servicio, el general Justo me hace sentar frente suyo.

— A ver, ¿qué es lo que querían ustedes preguntarme?

Durante estos últimos meses —en Córdoba, en Mar del Plata y aquí — el futuro presidente se ha entretenido en jugar



El presidente electo de la república, general Agustín P. Justo, con nuestro redactor Arturo Silvestre, en la entrevista especialmente concedida a MUNDO ARGENTINO, antes de asumir la primera magistratura. Foto Louzán.

con los periodistas que han intentado arrancarle declaraciones más o menos sensacionales. Sin ser nunca hermético, sin eludir siquiera las preguntas que se le formulaban, a veces con toda la solapada habilidad que impone el oficio, ha dejado a sus interlocutores con un palmo de narices, y, lo que es peor, convencidísimos de que realmente no sabía nada más, absolutamente nada más, al respecto. Contra su inexpugnable reserva, inteligentemente disimulada dentro de una amabilidad acogedora y estimulante, se han estrellado hasta cronistas de reputación universal, lanzados por los grandes diarios para apoderarse del inquietante secreto de nuestra política inmediata. Ante la muralla de sonrisas del general Justo, los gruesos proyectiles de esa poderosa artillería informativa han resultado simples confites de bautismo.

— Veamos: ¿qué me van a preguntar?

El presidente electo espera mi cuestionario con una sonrisa ancha de confianza en sí mismo, seguro de que no he de ser yo quien le obligue a traicionar su silencio. Hasta se me ocurre que le divierte la idea de derrotar a un periodista impertinente más. Pero esta vez no he ido dispuesto a ser siquiera ligeramente indiscreto. Y de entrada se lo confieso.

— *General: yo no voy a preguntarle cómo se compondrá su ministerio...*

Me interrumpe con una sonrisa.

— No podría decírselo, porque yo mismo no lo sé.

— *De cualquier manera, cuando salga esta nota, es probable que lo sepa ya todo el mundo. A un semanario no podría interesarle lo que es una simple noticia. Tampoco debo formularle preguntas concretas sobre el criterio con que encarará usted los distintos problemas de gobierno, ya que eso ha quedado prolijamente esta-*

El PRESIDENTE ELECTO HABLA a los

blecido en los discursos pronunciados durante la reciente campaña electoral.

— Muy bien.

— Quiero solamente recoger dos o tres impresiones de sus labios, poco antes de asumir la primera magistratura del país, para transmitírselas a los lectores de "Mundo Argentino". El pequeño mensaje de que le hablé al principio.

Disipado en tal forma el peligro, el presidente electo aguarda mis preguntas, desprovisto de precauciones defensivas.

—Usted, general, es una fuente inagotable de optimismo; de un optimismo contagioso, al que cuesta substraerse cuando se le trata. No soy, por cierto, el primero que lo observa. Ya le dicen por ahí "el hombre que infunde optimismo". Yo agregaría que usted infunde ese optimismo hasta a través de los retratos.

— Y le aseguro — me responde — que es un estado de espíritu natural en mí, espontáneo. No lo hago para convencer a los demás. Ni creo estar extraviado. La situación del país, con sus riquezas y sus fuentes de producción intactas, me obliga a ser optimista.

— Eso por cuanto a la situación económica. Pero ¿no cree usted, general, que la situación política puede complicar el futuro inmediato del país?

Me contesta con firmeza.

— Tengo fe en la conducta de mis compatriotas. Porque, desde luego, no podríamos lograr la reconstrucción que todos anhelamos si no contáramos con el esfuerzo y la cooperación de todo el mundo. Con la ayuda de todos llegaremos a la orilla... Me parece, por otra parte, que la convivencia no será ingrata en un ambiente donde cada cual podrá expresar libremente sus ideas, bajo el amparo de la ley y sometidos a su respeto, dentro de una tranquilidad y un orden fecundos.

— ¿No supone usted que se presentarán muchas dificultades a su gobierno?

— Preverlas sería prejuzgar sobre actitudes de partidos y agrupaciones. Ya le he dicho que tengo fe en mis compatriotas; tengo fe en la sana cordura con que sabrán interpretar los intereses del país, colocándolos siempre por encima de cualquier otro interés, pequeño al lado de aquéllos. Confío, además, en los efectos de mi firme propósito de respetar la voluntad del pueblo, siempre dentro del orden y de la ley. Pero esto no quiere decir que no comprenda que la situación que debo afrontar es difícil; quizá una de las más difíciles por que ha atravesado el país en los últimos años.

— ¿Y el Congreso?

— He dicho ya que lo cuento como colaborador.

— ¿No cree usted que la política pueda malograrlo?

— Estoy seguro que él mismo se preocupará por recuperar ante la opinión pública el prestigio que fué perdiendo desde 1923.

— Lo que ha ocurrido no ha ocurrido inútilmente, ¿verdad, general? Uno cree advertir en la gente — no en ciertos políticos profesionales, que no interesan—un afán notorio por que la política se desprenda de una vez por todas de ese vacuo charlatanismo proselitista que tanto la vició en los últimos tiempos... Cuando, entre los tantos nombres que suenan para integrar su ministerio, salta, por ejemplo, el de un Le Bretón o de un Ortiz — digamos simplemente el de personas a quienes nadie podría culpar de haber subalternizado la función pública con pequeñas preocupaciones electoralistas — la gente parece que sintiera como un alivio. "¡Ah, con hombres así se puede hacer gobierno!", he oído exclamar, sinceramente, a más de un enemigo de su candidatura. Hay un anhelo unánime de labor constructiva, de paz. ¡Todo lo que hemos pasado, no puede haber pasado en vano!... ¿No cree, usted, general, que el pueblo comprende ahora que la libertad, cuando no se la usa con cordura, puede llegar a perderse?...

— Naturalmente que lo creo; y eso alienta mi optimismo. Se lo he dicho a usted desde el principio. La misma forma en que se van ahora arreglando las cosas — todas estas cuestiones políticas del momento — demuestra que es efectivo el espíritu de levantada concordia entre los partidos; que los pequeños intereses ceden a los superiores intereses del país.

UN MENSAJE DEL GENERAL JUSTO AL PUEBLO DE LA REPUBLICA

Por intermedio de la revista "Mundo Argentino", me complazco en hacer llegar a sus lectores, mis mejores deseos de que el trabajo fecundo de todos los habitantes del país, lleve la tranquilidad y prosperidad a todos los hogares argentinos.

Buenos Aires, 10 de febrero de 1932.

Agustín P. Justo

Palabras que subscribe el futuro presidente de la república para MUNDO ARGENTINO, y que sintetizan un noble anhelo de bienestar para el pueblo que le tocará gobernar.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA DEL



Uno de los últimos retratos del presidente electo.



El general Justo en la época en que sufrió el famoso accidente de aviación.



El presidente electo durante la propaganda política antes de las elecciones.



Amigo de los deportistas. Saludando al capitán de S. Lorenzo, Carricaberry.

lectores de MUNDO ARGENTINO

—*¿Y no teme usted, general, que ciertos dirigentes, los recalcitrantes...?*

— A ellos también tienen que haberles enseñado el buen camino los hechos. Y si insisten en sus posturas antipatrióticas, no le quepa duda que el mismo pueblo terminará por enseñárselo, abandonándolos y dejándolos para siempre a su triste destino.

Salto de pronto a otra pregunta.

—*¿Espera usted que los cereales se levanten, señor?*

—Esa es una cuestión compleja, por lo mismo que depende de factores ajenos a nosotros. Por lo pronto debemos empeñarnos en abaratar la producción, obteniendo así beneficios hasta de los bajos precios.

—*¿No le parece a usted que la actual crisis, en ese sentido, nos ha enseñado mucho y nos puede servir de lección provechosa?*

—Estoy seguro. Ha sido una magnífica lección. Lo he comprobado en las distintas excursiones que realicé por el campo con motivo de mis jiras de propaganda, y también para contemplar de cerca estos problemas. La gente está empeñada en reducir sus gastos de producción: ha abandonado los autos, los tractores. Nuestra campaña vuelve a tomar una fisonomía que había perdido.

—*¿De manera, general, que, en resumidas cuentas, usted es de los que cree que Dios es argentino?*

—No, no creo que Dios es argentino, pero creo en Dios y espero que ilumine a mis compatriotas... No conviene tampoco exagerar el entusiasmo por el porvenir del país hasta convertirlo en una grosera utopía. En mis discursos de propaganda, precisamente, me he cuidado muy bien de ofrecer más de lo que está dentro de nuestras posibilidades, para que no se creyera que, por puro afán de proselitismo, prometía más de lo que podía dar.

● ●

He logrado el mensaje que motivó mi visita al presidente electo: los lectores de MUNDO ARGENTINO conocen ahora el estado de espíritu con que el general Justo va a hacerse cargo de la primera magistratura del país, poco después que aparezca esta nota.

Mientras el fotógrafo realiza los preparativos para cumplir su tarea, ya de pie para despedirme, la conversación toca diversos temas baladíes.

—*Le ha sentado muy bien, general, el veraneo. Lo noto sumamente quemado y hasta mucho más delgado.*

—¡Caramba! ¡Eso sería muy bueno!... La campaña política me hizo perder unos cuantos kilos, pero luego los recuperé durante mi temporada de Ascochinga. En Mar del Plata me he mantenido más o menos gracias al ejercicio.

—*¿Y piensa usted seguir haciendo deporte ahora, lo que se haga cargo de la presidencia?*

—Mientras pueda... A mí me gusta mucho el aire, el sol...

Estalla el magnesio. El fotógrafo, celoso, periodista también, quiere ahora obtener otra pose del futuro primer magistrado.

—¿No le parece ya bastante con ésa?—arguye el general Justo, sonriendo.

Yo intercedo en su favor, y, sólo en la demanda, el fotógrafo se entrega, aunque no de muy buen grado.

—En Mar del Plata me tenían loco los fotógrafos—cuenta finalmente el general.—Una vez, cansado ya de esa persecución, apercibí a uno... "Pero, amigo: ¡basta de fotografías! Ya me han tomado demasiadas. ¡No me dejan un minuto tranquilo!" El interpelado, con toda modestia, se limitó a explicarme: "¡Es que, señor, yo como con esto!" (El general se cuadra, como si, en pose, se resignase a dejarse sacar cualquier número de fotografías.) *Bueno, amigo, siga comiendo...*

Y su sonrisa ancha de hombre optimista se convierte ahora en una franca y contagiosa carcajada.

Cuando abandonamos al general Justo, el departamento del hotel se queda solo. Los tres secretarios se retiran con nosotros. Los aposentos recobran su ambiente doméstico y silencioso. Ha llegado el momento en que el "menú" y la tradicional zalamería del "maître", un poco nervioso con la espera, empiecen a actuar.



Doña Ana Bernal de Justo, esposa del general Justo.



Cuando era ministro de la Guerra del Dr. Alvear, presenciando las grandes maniobras realizadas entonces.



El general Justo aplaudido por el pueblo el día de la revolución de septiembre.

FUTURO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA



Orador, en una fiesta de la Escuela Militar.



Hablando al pueblo, por radio, durante uno de los matches finales del campeonato de football.



Cumpliendo con sus deberes de ciudadano en las últimas elecciones.



En Mar del Plata, acompañado del ministro de O. Públicas, Dr. Calatayud.

NUESTROS AMIGUITOS, las MASCARITAS del INTERIOR



Soledad Angélica Abancens, de Maja (Provincia de Buenos Aires)



S. E. Yanucci, de campesino holandés. (Ramos Mejía)



Amelia E. Yanucci, de marquesina Luis XV. (Ramos Mejía)



Emiliano Luis Abancens, de gaucho. (Provincia de Buenos Aires)



Diana Haydee Franco, de muñequita. (Rosario)



Solita Zárate, de holandesa. (Rosario Tala)



Delia y Rodolfo Bray, de fantasía y pierrot. (Bahía Blanca)



Michel, Juan y Elena Afife, de doncella, jockey y gitana. (Rosario)



Dardo R. Caamaño e Ismael R. Caamaño, de grooms (P. de Bs. As.)



Celia Ilda Caamaño, de fantasía. (Provincia de Buenos Aires)



Alicia Esther Caamaño, de fantasía. (P. de Buenos Aires)



Josefa Moreiras, de holandesa. (Esteban Echeverría)



Olinda Catalayud, de chárleston, (Bell Ville)



Norma Gallego, de dama de 1830. (Olivos)



Ricardo Clares, de dandy. (Provincia de Buenos Aires)



Don Fermín por DANTE QUINTERNO





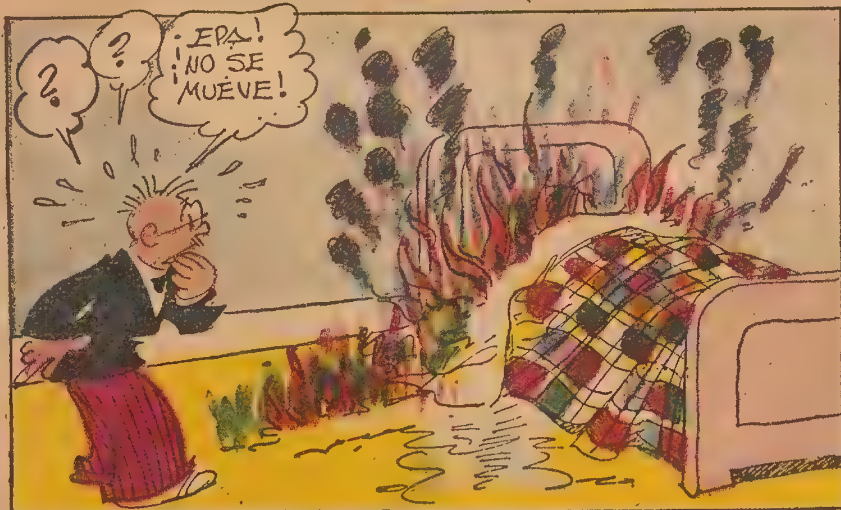


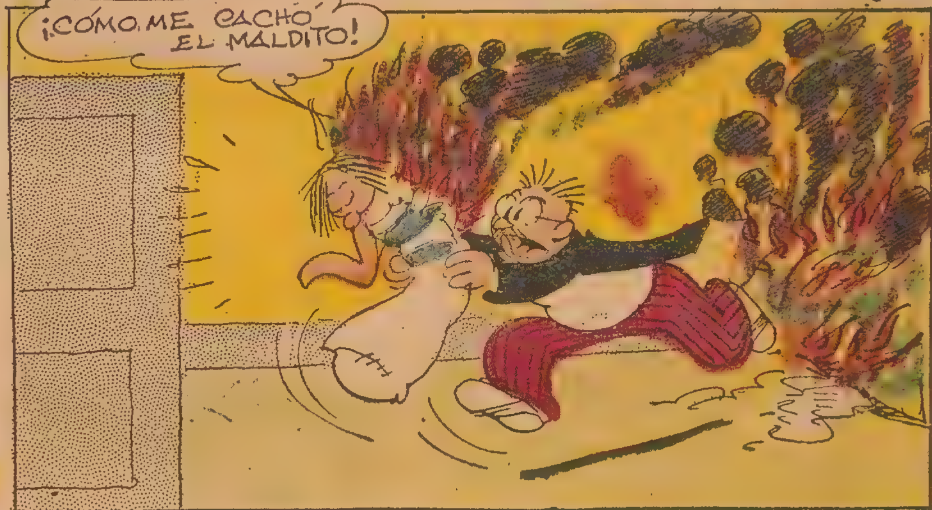




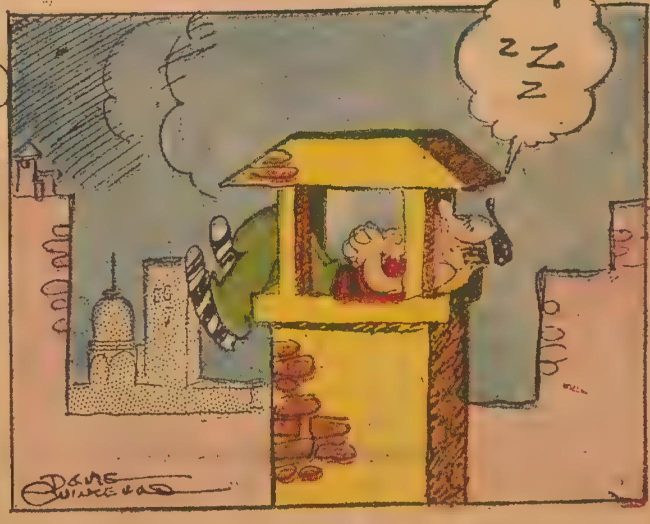












La ESTUFA MORTIFERA

UN CUENTO POLICIAL DE JONHSON y PALMER

En medio de una fiesta uno de los concurrentes sorprende a otro en amoroso coloquio con su novia, y esto, naturalmente, le pone celoso y violento; pero sabe disimular y no pasa nada, retirándose todos tranquilamente al final. Sin embargo, a la mañana siguiente el galanteador aparece muerto en su lecho. Si bien puede probarse que nadie pentró en su habitación mientras dormía, no es menos cierto que alguien le ha dado muerte; y aquí surge el misterio: ¿quién es el asesino y cómo realizó el crimen?



La fiesta había llegado al punto culminante a que llegaban todas las fiestas realizadas en la villa de Greenwich, cuando uno de los presentes era enviado a buscar más ginebra. Era una de esas reuniones que por su aspecto y su ambiente alegre hubiese agradado mucho a la risueña Herminia.

Herminia Carranza era una rubia delgada, de ojos celestes, de un temperamento un tanto romántico y algo enamorada de Jorge Flores, un escritor cuyo ingenio creía irresistible. No obstante, éste no despreciaba ninguna oportunidad para burlarse de sus zapatos nuevos, que acababa de estrenar.

Jorge, que había estado hablando brevemente con Herminia, se acercó a Elsa para hacerle conocer su nueva novela y hacer algunos comentarios sobre ella.

Enrique Correa, otro asiduo concurrente a esta clase de reuniones, que había sido nombrado recientemente profesor de química, se consideraba novio de Elsa. Enrique se había forjado la imagen de una Elsa sencilla, ingenua, es decir, de una jovencita que debía ser protegida a toda costa.


ELSA La amiga de Herminia

—Las mujeres están para ser amadas y no para ser comprendidas — dijo Jorge, mientras invitaba a Elsa a escuchar un capítulo de su novela, que pensaba traducir a siete idiomas.

—¡Pobrecito! — murmuró Elsa, compadeciéndose de los proyectos de Jorge.

Elvira y Enrique a su vez, murmuraron palabras de admiración.

— Sí — dijo Jorge, refiriéndose a su novela. — Yo siempre he pensado terminarla en una forma diferente a las demás. Yo no puedo acostumbrarme a esos finales vulgares: pistolas, cuchillos, muertos... ¡Uff!...

Había, además de ellos, diez o doce invitados, cuyas ocupaciones, a pesar de ser bastante diferentes, no les impedía que sus ideas sobre escritores fueran bastante uniformes. También tenían las mismas ideas sobre el uso y "el abuso" de la ginebra, y no era de extrañar que cuando la habían bebido en cantidad todos estaban de acuerdo en que era el elemento más necesario para realizar una buena velada. Finalmente, Enrique fué el encargado de ir a buscar la ginebra, creyéndosele el más indicado, por ser químico.

Sin embargo, con seguridad que no hubiera sido posible encontrar en Nueva York una persona con menos conocimientos en cuestión de bebidas y el lugar donde podrían conseguirse a esa hora tan avanzada. No obstante, Enrique salió dejando a los invitados en la tertulia. Bastante trabajo le costó dar con una casa que vendiera tal bebida, dada la ley seca existente. Por fin pudo hallarla en un lugar apartado del centro de la ciudad.

Al regresar quedó como petrificado, al encontrar a su idolatrada Elsa, su casta compañera de trabajos de laboratorio, en un ferviente coloquio amoroso con Jorge. Entregó la ginebra, sin dejar ver en su rostro la emoción que sentía, y después salió sin ser notado.

Enrique adoraba locamente a Elsa y de ninguna manera había él de permitir que su ídolo fuera derribado. Por esto todo su rencor se reconcentraba alrededor de la figura de Jorge, en quien veía un vil seductor.

Cuando regresó a la reunión se podía advertir en su rostro una mueca de enojo, a pesar de su fingida serenidad. Aun continuaba el idilio, pareciendo encontrarse en su mayor apogeo. Elsa, la inocente niña, que siempre sabía demostrar tanto interés por sus experimentos, se encontraba algo alegre por el efecto de la ginebra.


ENRIQUE CORREA

Enrique se paseaba nerviosamente por el salón, observando sus cuadros y decoraciones. Luego se acercó a la pareja, y dirigiéndose a Elsa le indicó que sería conveniente que se preparara para volver a casa, pues él la acompañaría.

Pocos minutos después abandonaron el departamento del joven actor, retirándose, poco a poco, los demás huéspedes.

A la mañana siguiente en la comisaría seccional se presentó muy agitada la mucama de Jorge. Manifestó que se había quedado muy sorprendida al no recibir contestación de su amo, al llamarlo, como tenía por costumbre, a las ocho de la mañana. Entonces decidió subir por la escalera de emergencia para casos de incendio a fin de poder mirar a través de la claraboya que casi siempre solía estar abierta. Desde allí pudo distinguir a Jorge que parecía dormir profundamente. Gritó de nuevo y no tuvo tampoco, esta vez, respuesta. Como la habitación no tenía ninguna ventana y la puerta estaba cerrada por adentro, había decidido llamar a un agente, que por fin pudo forzar la puerta. Jorge estaba muerto. Sólo estaba cubierto con una sábana, pues la noche había sido por demás tibia. El juez, sin dudar, dijo que la muerte se había producido por asfixia de gas anhídrido carbónico. Esto era verdaderamente extraño, pues la mucama había encontrado la claraboya abierta y no había ninguna estufa de carbón en la habitación. Por eso la mucama insistió en que no podía ser por asfixia por lo que se había producido el fallecimiento.


HERMINIA CARRANZA

Esto indujo a la policía a sospechar de que Jorge había atentado contra su vida.

Un estudiante que vivía en un departamento frontero al de Jorge, dijo que éste había atentado ya dos veces suicidarse, cosa que no había llevabo al cabo por habérsele frustrado su intento. Además, dijo que había pasado la noche en vela, pues como la fiesta se realizaba en casa de Jorge, los ruidos de la misma le habían impedido dormir. Dijo que estaba completamente seguro de que nadie había bajado ni subido al dormitorio de Jorge. Oyó únicamente el ruido que produce la claraboya al correrla, y como esto le era familiar no le prestó mayor atención. Manifestó que a eso de las tres de la mañana sintió al portero abrir la llave de la calefacción del departamento de Jorge, cosa que le extrañó sobremanera, pues como hacía una noche primaveral no hacía falta que los calefones (por de más antiguos) hicieran penetrar en la habitación aire caliente.

El portero, por su parte, negó haber estado en el sótano, en donde se encontraban las calderas.

—Esto es cuanto puedo decir por mi parte, — terminó el portero.

Perfectamente, — dijo el juez. — Sin poner en duda cuanto ustedes acaban de decir, debemos, por nuestra parte, comprobarlo todo.

Y dirigiéndose exclusivamente al portero, agregó el juez:

— Indíquenos usted el camino del sótano, en donde dice que se encuentran las calderas.

—Con muchísimo gusto, — fué la respuesta del portero. — ¿Quieren ustedes seguirme?

El juez y los policías que lo acompañaban, echaron a andar detrás del hombre que les servía de cicerone.

La investigación que se hizo fué muy minuciosa. Se pudó comprobar que las llaves de los calefones de Jorge estaban abiertas y las de los demás departamentos cerradas. Por lo tanto, sólo el departamento de Jorge había recibido aire caliente.



—LAS MUJERES ESTAN PARA SER AMADAS Y NO COMPRENDIDAS — DIJO JORGE, MIENTRAS INVITABA A ELSA A ESCUCHAR UN CAPITULO DE SU NOVELA, QUE PENSABA TRADUCIR A SIETE IDIOMAS.

¿QUIEN DIO MUERTE A JORGE? ¿Y COMO HIZO EL CRIMINAL PARA QUE NO SE DIERA CUENTA EL VECINO?

Vea el lector la solución en la página 38.

Muchos, pero muchos mates acompañan cada cebadura de Flor de Lis...

¡Y nada de mates "lavaditos"!... Aquella substancia y fragancia que tanto le encantara en el primer mate de la cebadura, la hallará también, admirablemente conservada, a través de innumerables vueltas...

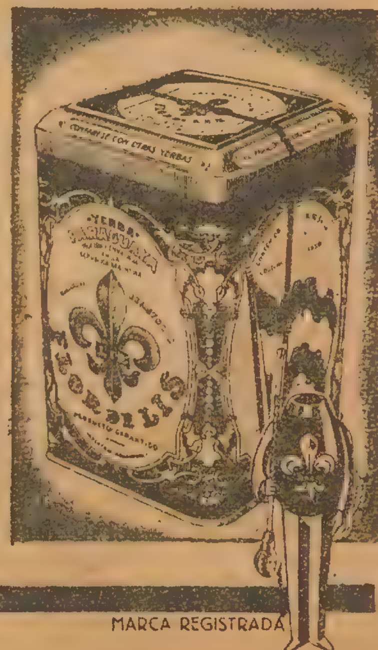
¿Milagro? ¿Superchería? No, señor; hay algo que lo explica todo, todo: la Flor de Lis es cosechada en sus enormes yerbales propios en el Paraguay.

Halague su paladar, proteja su bolsillo cebando con

FLOR DE LIS

YERBA GENUINA PARAGUAYA

LA INDUSTRIAL PARAGUAYA S. A. - ASUNCION (Paraguay)
Sucursal y Molino en Buenos Aires: Chile y Paseo Colón
La Empresa yerbatera más importante del Paraguay, con 3 grandes molinos.
Capital: $ oro 5.000.000.— Yerbales y bosques en el Paraguay: 1150 leguas



MARCA REGISTRADA

NUESTRO

LA MUJER

Novela de

CAPÍTULO VII

ESTELA, la mucama, aunque no entendía francés ni inglés, no pudo menos que darse cuenta de que algo estaba pasando entre ellos. ¿De qué estarían hablando? ¿Por qué la joven se apretaba su kimono sobre la garganta? ¿Qué es lo que había hecho Giácomo para hacerla enojar? La mente de los italianos es susceptible de adoptar muy pronto una resolución que no siempre resulta favorable. Estela llegó a la conclusión de que comprendía perfectamente bien la escena. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que este Giácomo no había sido nunca un sirviente. Algo en su sonrisa, en el modo de expresarse, en la manera de encarar sus obligaciones y la ceguera que experimentaba el director ante las faltas que él cometía en su trabajo, hacíanle pensar que tal vez se trataría de un ladrón o de algo peor, y que esa mujer había recorrido el largo camino desde París para encontrarse con él, probablemente para llevárselo consigo; pero por la forma de hablarse, era indudable que el plan había encontrado obstáculos.

Estela no tenía intención de dañar a la hermosa dama; pero la rabia que desde hacía algún tiempo venía acumulando contra ese italiano de hermosos ojos azules, no tenía límites, y aun cuando no sabía el origen preciso de ese desprecio, no ignoraba que era un sentimiento que paulatinamente se había ido arraigando en ella al tener que soportar cierta superioridad de parte de Giácomo.

Le aconsejaría a la joven que se fuera de Italia inmediatamente: después llamaría a la policía, a fin de que interrogara a aquel hombre que no era lo que parecía.

— Venga, Giácomo.

Y Giácomo la siguió sin proferir palabra. En su interior se sentía furioso contra sí mismo. Los dientes de la trampa en que había caído mordíanle los pies y en su imaginación empezó a verse con un par de esposas. ¿Qué iría a sucederle ahora? ¿Sería descubierto?

Pero muy pronto su mente se iluminó con una idea. Sí, iría a ella, le contaría la verdad de todo y se pondría a disposición de su misericordia. Giácomo no tenía dudas de que Sally poseería esa cualidad además de su exquisita belleza.

Mientras tanto Sally se paseaba por su habitación. Su mente era un caos. Se encontraba en uno de esos estados de ánimo a los que cuesta muy poco abandonarse, pero que se hace muy difícil poder librarse de ellos. Un cúmulo de preguntas y respuestas danzaban en su cabeza en desordenado torbellino. ¿Quién era ese hombre? ¿De dónde había venido? ¿Por qué la necesidad del delantal verde? No era ningún trovador ambulante, sino un gran tenor, con una personalidad que, a pesar de su gran habilidad, no podía esconder. ¿Por qué? ¿Qué motivos tenía para ocultarse? Comprendía que algo le pasaba, pero, ¿qué era ese algo? Si ella hablara con el gerente, tal vez lograse una explicación; mas esa explicación, ¿no podría acaso resultar funesta para él? No, ella no haría nada de eso; era preferible la duda a hacerle mal con cualquier pregunta indiscreta. Callaría.

Alguien golpeaba a su puerta.

— ¿Quién es? — inquirió en italiano.

— Soy yo..., Giácomo — respondieron en inglés.

Sally corrió a la puerta, pero no la abrió.

— ¿Qué quiere?

— Explicarle todo.

Pausa.

— Dentro de media hora, al final del camino de Lecco.

De dos maneras se podía llegar al banco situado al final del camino de Lecco: uno era el camino artificial que salía desde la villa, y el otro un camino natural. Giácomo tomó el segundo. Al llegar a cierto lugar tendría que descolgarse por la montaña, lo cual muy bien podría ocasionarle un baño inesperado en el lago; mas con un poco de suerte logró descender a un metro del precipicio, sin más daño que un rasgón en su delantal por haberse enganchado en un trozo saliente de roca. Una transpiración abundante bañaba su frente y las raíces de sus cabellos. Todo era para evitarle a ella cualquier turbación, pues no consideraba correcto que él hubiera tomado el otro camino y que ella lo hubiese seguido.

Se sentó en el banco a esperar. Esa joven había causado en él una impresión como ninguna otra mujer. Y Giácomo sabía muy bien lo que esa impresión significaba para él.

Sin embargo, ella solamente había querido un chauffeur. Ni un indicio que indicara lo contrario, hasta que él le contestó en francés. Entonces se apresuró a cubrir su garganta. Su calidad de sirviente había desaparecido para dar lugar al hombre.

Sally llegó justamente a los veintinueve minutos. Aún vestía de blanco; un arco de plata parecía rodear su silueta; había traído consigo el nimbo de luz. Siendo tan gran actriz como cantante, su expresión era impasible, pero en su interior sentía una gran agitación.

— ¿Bien?

— ¿Desea que hablemos en inglés?

— Sería preferible.

Su voz era tan indiferente como la expresión de su rostro.



...sonrió y ...e arremangó la ...misa. Ella ob-...sevó la fuerte musculatura de sus brazos bronceados y con mucha soltura subió al bote.

FOLLETIN

QUE HUYE

HAROLD MAC GRATH

RESUMEN DE LO PUBLICADO

En un hotel cerca del pintoresco lago de Como ha ido a refugiarse Giácomo, perseguido por la justicia. Trabaja desempeñando las tareas más humildes. Llega una mujer muy bella, cuyo nombre se ignora, y que Giácomo cree haber visto en otra parte, aun cuando no recuerda dónde. Al propio tiempo se siente atraído hacia ella por un sentimiento que él mismo no se explica si es amor. Hasta que un día, hojeando una revista, Giácomo descubre que la desconocida no es otra que la famosa cantante Sally Stilwell. Ella abandonó sus compromisos teatrales y al hombre con quien iba a casarse. Una noche, embriagada por la belleza del lugar, Sally, sin darse cuenta de lo que hace, comienza a cantar, y Giácomo, sugestionado, inconscientemente, también canta, con una voz que sorprende gratamente a la diva.

— Soy un ciudadano norteamericano. Nací en los Estados Unidos.

— Pero, ¿qué es lo que significa este disfraz?

— Soy un prófugo de la justicia.

Sin pensar en lo que hacía, instintivamente ella retrocedió un paso.

— ¿Sabe quién soy yo? — le preguntó ella.

— Sí. Usted es Sally Stilwell, de la Opera Comique.

— ¿Me ha visto usted en París?

— No. Pero había visto una fotografía suya en alguna parte. Ayer, hojeando *L'Illustration* de París, volví a ver esa fotografía.

Diciendo esto, sacó la fotografía del bolsillo. Ella la tomó, se la agradeció, y al rato la hizo mil pedazos, que la brisa se encargó de llevar hacia el lago de Lecco.

— ¿Dónde ha cantado usted?

— En Milán.

— ¿En el Scala?

— Apenas si podría decir eso. Mi única aparición fué en "Bohéme".

— ¿Como primera figura?

Su incredulidad iba en aumento.

— Como suplente de la primera figura.

— ¡Ah! Será por eso que no lo he oído nombrar. ¿Cómo se llama usted?

— James Wilmot Randolph.

— Me parece haber oído su nombre antes, pero no recuerdo dónde.

— Mi padre es un gran banquero. Como hombre adinerado y de buena reputación, es sumamente querido y respetado en los círculos en que actúa.

— Ahora recuerdo. ¡Es claro! ¡Cuántas veces he oído hablar de él! ¿Y por qué no consigue su ayuda?

— Antes de hacerlo, preferiría morir o ir a pasar el resto de mis días a una cárcel.

— ¿Será posible?

— Por favor, no me haga preguntas sobre esa parte de mi vida. En Milán hay un hombre cuya vida pende de un hilo, y todo por mi culpa. La policía tiene en su poder mi pasaporte, mi dinero y mis ropas. Este fué el único escondite que pude encontrar. El gerente de ese hotel vivió con su familia en una propiedad de mi madre y el buen hombre está arriesgando su propia libertad tratando de ayudarme. Esa es la razón que justifica este delantal verde y las manchas de betún debajo de mis uñas.

— ¿Usted tiró sobre ese hombre?

— ¡No, no! Le di un golpe; al caer, se golpeó la cabeza fuertemente sobre el piso, produciéndose una conmoción cerebral de primer grado, y aun cuando el tipo llegue a mejorarse, me pondrán preso. Nadie querrá creerme la verdad. Yo quiero que usted me prometa que...

— Creo que yo puedo ayudarle.

— ¿En qué forma podrá usted ayudarme?

— Escúcheme. En mi habitación tengo el pasaporte de mi chauffeur. Tengo, además, todos sus papeles de conductor. Como usted comprenderá, yo también vengo huyendo de alguien... Si usted pudiera hacerse sacar una fotografía...

— Comprendo — exclamó él ansiosamente. — Hoy en día son muy poco rigurosos en las fronteras. Es una oportunidad en mil. — Nada le importaba de lo que ella estuviera huyendo. Una vez que llegara a Suiza, estaría en salvo. — Usted podría conducirme hasta Suiza, y luego regresar aquí, pues supongo que al venir desde París, tendría documentos iguales a los de su chauffeur. ¡Qué oportunidad! Pero mis ojos, cabellos, estatura y peso...

— Son casi iguales.

Ella pensó que él iba a estrechar su mano, mas el ademán tuvo dos movimientos; su brazo llegó casi hasta ella, y luego lo dejó caer pesadamente.

— Pero primero tendrá que decirme por qué golpeó a ese hombre.

Giácomo hizo una pequeña pausa.

— El me injurió con un calificativo...

— ¿Un calificativo? — Sally experimentó la sensación que estaba entrando en terreno peligroso; pero como nunca se echaba atrás, le preguntó: — ¿Qué fué lo que le llamó?

El cuerpo de él pareció contraerse; su rostro se encendió de rubor. Permaneció callado.

— ¿Qué fué lo que le llamó? — insistió ella.

— Tenor...

— ¿Qué? ¿Tenor?

— Sí. Pero fué el modo cómo lo dijo lo que me enceguecíó.

— ¿Quiere decir que porque un hombre lo llamó tenor usted casi lo mata?

— ¿No le dije que nadie querría creerme?

Ella se recostó en el respaldo del banco y se quedó mirándolo.

— ¡Pero eso es no tener sentido común! ¡Es increíble El hombre lo llamó tenor, ¿y usted casi lo mató? ¡Qué barbaridad!

Sally se echó a reír. Trató de contener la risa, pero sin resultado; reía con más espontaneidad, hasta que las lágrimas comenzaron a bañar sus mejillas.

La paciencia se le estaba agotando a Giácomo. El asunto resultaría quizá muy cómico para ella, pero para él era una tragedia. Trató de retirarse, pero al pasar frente a ella, Sally le tomó por la manga del saco.

— ¡Por favor, no se vaya así! Haré todo lo posible para ayudarlo — díjole casi sin aliento.

— ¡Es usted un ángel!

— No, no lo soy. Quizá sea tan estúpida como usted. Pero usted se encuentra en un trance desesperado, aunque los motivos me resulten cómicos. Su francés es bastante pasable, con lo cual se facilita mucho el plan. Lo primero que tengo que hacer es substituir la fotografía de mi chauffeur por la suya. De eso depende todo.

— Pero el caso es que yo no me atrevo a ir al pueblo para obtener una.

— Se la sacaré yo misma. ¿Adónde podremos llevarla luego para que la revelen y saquen una copia?

— Creo que Managgio sería lo más seguro.

— Tendremos que atravesar Como. ¿Cree que podríamos alquilar un bote más allá de la villa?

— Sí.

— ¿Tiene algún dinero?

— Lo suficiente para cigarrillos. Nada más.

¿Necesitaría dinero ella? — pensaba Giácomo, sabiendo que no tenía con qué salir del apuro.

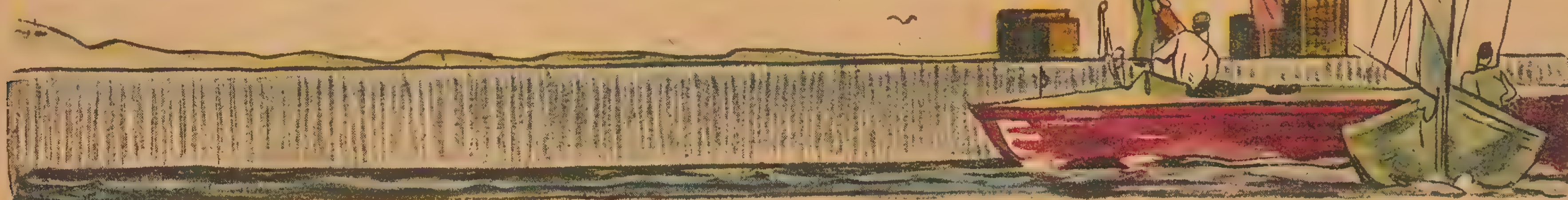
— Bueno, no importa. Yo me encargaré de todo. Cuando lleguemos a Managgio, usted tendrá que comprarse un uniforme de chauffeur, con gorra, polainas, todo completo. Yo lo llevaré hasta Suiza con un pasaporte falso y le entregaré dos mil liras. Allí estará en salvo.

— ¡Casi no puedo creer que sea cierto!

CAPITULO VIII

El sonrió y se arremangó la camisa. Ella observó la fuerte musculatura de sus brazos bronceados, y con mucha soltura subió al bote y se sentó entre los almohadones.

No hablaban, sólo se oían los



golpes rítmicos de los remos sobre el agua. Sally dejó que sus dedos formaran una estela sobre el líquido elemento y se dedicó a admirar el espléndido paisaje. Algún día vendría a pasar todo el verano.

Habían recorrido la mitad del lago, cuando ella rompió el silencio.

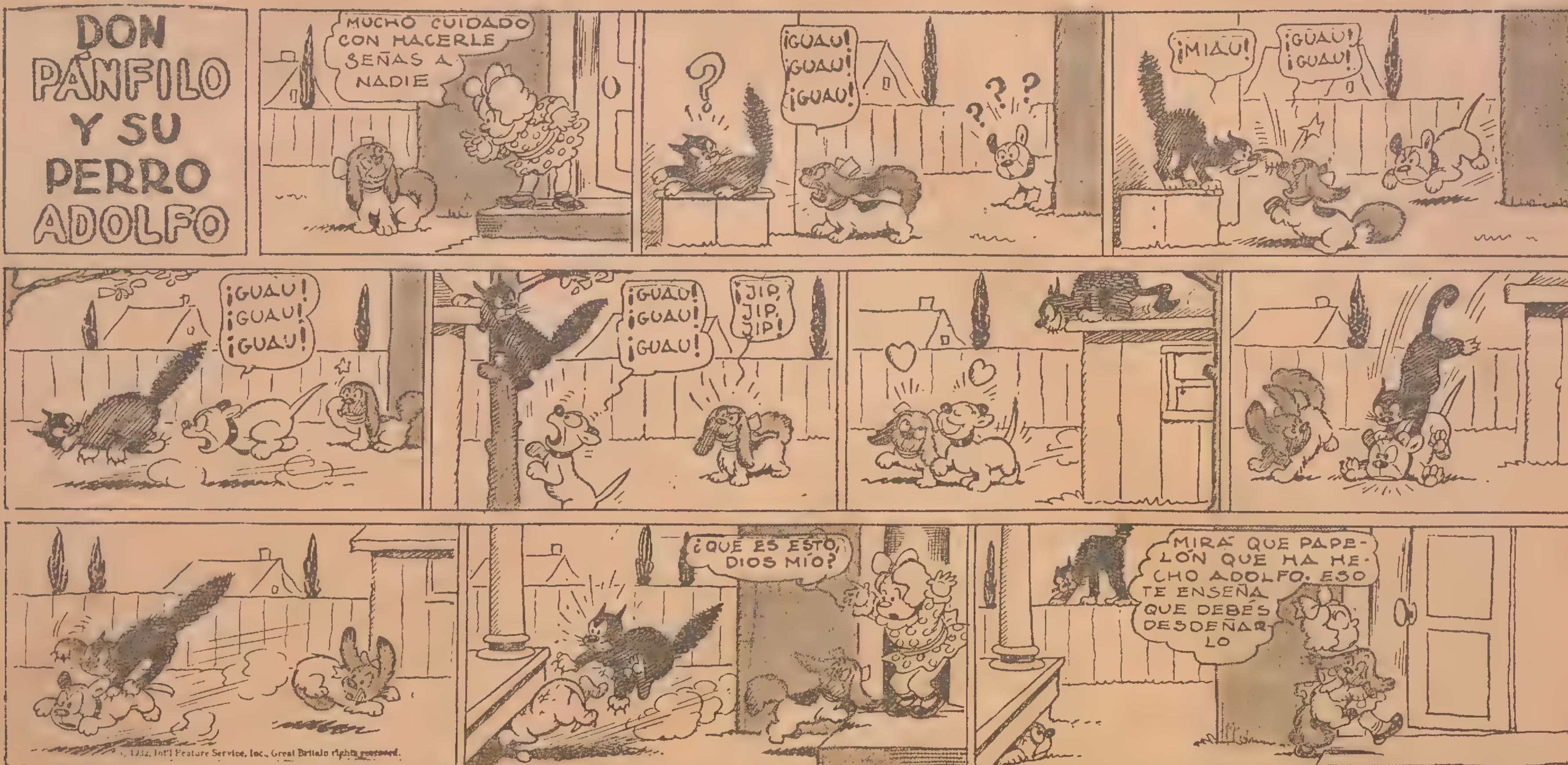
— ¿Quién es ese profesor Wilson?

Giácomo se encogió de hombros.

— Un viejo sumamente olvidadizo.

— Pero, ¿podría decirme usted por qué es que usa vidrio común en sus anteojos?

La pregunta de Sally le causó alguna sorpresa.



—¿Vidrio común en sus anteojos?

—Sí. Ayer se los olvidó sobre la mesa, y yo, por simple curiosidad, se me ocurrió tomarlos y mirar a través de los cristales, descubriendo que tan sólo eran vidrios. El me dijo que era norteamericano, de padres italianos. ¿Cree usted que él lo está vigilando?

—¿Un detective? Si lo fuera, hace mucho que me hubiera llevado a Milán bien agarrado. No. Tal vez él también esté huyendo de algo...

—¿Y no habría forma de llegar a saber si su hombre mejorará o no?

—Solamente por el "Corriere della Sera", pero no he podido obtener ningún ejemplar. Julio, el gerente, no se atreve a hacer averiguaciones. Al día siguiente de los hechos, pude leer algo sobre el particular, pero desde entonces, nada.

—¿Quién presenció la lucha?

—Algunos de los músicos del Scala. Luego aparecieron los carabineros, y no me quedó otro recurso que huir. Caminé, y de vez en cuando fuí llevado por algún automovilista filántropo, hasta que llegué a la villa. Mi pasaporte, junto con mi dinero y mis ropas, tuve que abandonarlo, a fin de escapar más ligero. Mi nombre, con una descripción amplia, y mi fotografía, fueron publicados en el "Corriere". Todo lo que tenía al principio, después de la muerte de mi madre, eran sus joyas y una propiedad en las afueras de Florencia, la cual podrán confiscarme ahora. Vivía de las joyas. Todo lo que tengo ahora es esto, y por el servicio que ellas pueden prestarme, son como si fueran cuentas de vidrio.

De su bolsillo extrajo un hilo en el cual habría unas veinte perlas.

—Examínelas usted misma — díjole él, extendiéndole las hermosas perlas.

—¡No, no! No me atrevo a tocarlas. ¡Era todo lo que tenía en el mundo, y su padre era uno de los más grandes b a n q u e r o s internacionales! El asunto de Milán era en muchos sentidos bastante inferior a ese otro asunto.

Giácomo volvió a guardar las perlas, sonriendo dolorosamente.

—¿Qué ayuda pueden prestarme? Hasta el mismo Julio se negó a adquirir una por temor, y si yo tratara de vendérselas a algún joyero, me detendrían hasta que llegara la policía. La prueba de que estas perlas me pertenecen, está en poder de la policía. Le aseguro que mi situación no es nada envidiable.

Desembarcaron en Menaggio. Sally le dijo a Giácomo que se colocara junto a una de las paredes y le tomó una fotografía de muy cerca. La película fué llevada a una casa del ramo, donde revelaban y sacaban copias en pocas horas.

La fotografía estaría lista antes de las cinco, detalle que alegró a Giácomo, pero que llenó de inquietud a Sally. Alguno de la villa podría llegar a verlos juntos.

—Usted quédese aquí, mientras yo voy a comprar mi uniforme de chauffeur.

—Puede tomarse todo el tiempo que quiera, pues no podremos partir hasta las cinco. — Y al decírselo estaba contenta de poder deshacerse de él.

"¡Qué mujer más extraña soy!", pensaba ella. De un enredo a otro.

Su propio enredo no era suficiente escarmiento, puesto que se había metido en este otro. Durante siete años había luchado para llegar al pináculo de la fama; había llegado, y ahora estaba cerca de destruir todo por un capricho...

Durante dos horas recorrió las casas de antigüedades, encontró una pulsera que le gustó, la compró y regresó a la terraza del restaurante a esperar la llegada de Giácomo.

A las cuatro y treinta regresó Giácomo, trayendo bajo el brazo su equipo de chauffeur.

—Recién se me ha ocurrido una idea. ¿Por qué no me compra usted una de estas perlas?

Por un momento la duda se apoderó de Sally. ¡Perlas! ¿Sería verdad lo que él le había contado? Todo lo que le había dicho parecía ser algo dudoso. Sin embargo, ahí estaba su voz; ella, por lo menos, era real. Los ojos que la miraban eran ansiosos, mas al mismo tiempo serenos.

—¿Se está afligiendo por el dinero que le presto?

—Me sentiría más tranquilo si usted comprara una. Como usted comprenderá, tal vez no volvamos a vernos otra vez...

—El Guaranty Trust siempre me encontrará. ¿Qué le parece si va a retirar esa fotografía? Ya debe estar lista.

El se fué en busca de ella. A las cinco llegaron al amarradero en busca del bote.

—¡Mire! — le susurró Sally, asiéndose de su brazo.

—¿Dónde?

—Allá, descendiendo de aquella lancha.

—¡La princesa! — exclamó él.

—Sí. Y nos ha reconocido. ¡Ahora sí que puedo decir que mi reputación estará por el suelo!

—¡Y todo por compadecerse de mí!

—¡Quién sabe!...

UN MATRIMONIO POR AMOR

(Continuación de la página 17)

Pedí hablar con el jefe de Investigaciones. Le dije que yo era amigo de Felipe Zurdiales, desde doce años atrás, y que tal vez pudiera aportar algunos antecedentes y datos que aclararan el equívoco de que era víctima el acusado, y acaso ofrecer una pista del verdadero asesino de Clara Molinos. Que necesitaba ver y conversar con Felipe. El funcionario policial me miró como a un bicho raro. Me dijo, en forma despectiva, que el asunto ya estaba aclarado; que Felipe acababa de declarar ante el juez, confesándose asesino único de su esposa. Luego añadió que si yo quería exponer algo en el sumario, podía hacerlo. Entonces manifesté de nuevo mi deseo de hablar previamente con Felipe.

Un oficial me acompañó hasta el calabozo. Al ver a Felipe sentí en el alma una desesperante congoja, y un tumulto de sollozos se estranguló en mi garganta. ¡Qué sensación de infinita desgracia!

—¡Felipe! — exclamé.

Alzó los ojos del suelo y me miró. Pero yo creo que no me conoció. O acaso ya no conocía nada..., y nada despertaba en él sentimiento alguno. Volví a llamarlo:

—¡Felipe..., hermano!

Como un suspiro casi imperceptible, el infeliz contestó:

—Pepe..., ¿sos vos?

—Acércate a la reja... Quiero hablarte...

Lentamente, Felipe fué arrimándose a los barrotes. Vi su cara. Ya no tenía aquel aire estúpido. La tragedia había puesto en su rostro tal patetismo, que había transformado aquel ente insignificante en un ser extrañamente sugestionante.

—Decíme, Felipe... — le dije en tono conmovido. — Vos no mataste a Clarita...

Su expresión se reavivó dolorosamente, y luego, gimiendo, me contestó:

—Sí..., yo la maté... No me lo hagás recordar... La maté como un cobarde... La maté mientras dormía... Si ella me miraba, no me hubiera atrevido... Hacía cinco años que quería matarla... Y no podía... Desde que se descubrió el asunto de don Ambrosio. Ella me lo confesó todo. Lloró. Me pidió perdón. Yo la perdoné. Fué una confesión de todos sus pecados. Entre ellos, Matilde, su hija. No se había atrevido a revelármelo antes. Consentí en que trajera a Matilde en nuestra casa. Era monísima. Clarita fingía derretirse en cariño por mí. Cuando vió que yo comenzaba a querer a Matilde, me suplicó que la reconociera. Yo lo hice. Pero mi alma había enfermado de un mal incurable... Ya desconfiaba de todo. Veía en Clarita la imagen de la perfidia. Presentía que volvería a las andadas... Y así fué. Yo sufría horrorosamente. ¡Dios mío..., Dios mío..., cómo he sufrido! Era demasiado cobarde para suicidarme... Además, creía que si me suicidaba, me llevaría también a la eternidad mi insufrible tormento. En cambio, matando a Clarita creía que mataba también mi atroz sufrimiento, que era ella... Poco después, el carácter de Clarita se agrió en forma insoportable. Me trataba con el desprecio que no se tiene con el más vil de los seres. Constantemente me echaba en cara que no trabajaba y que ella me mantenía... Era verdad. Desde que quebró la Compañía Acopiadora, no pude conseguir trabajo en ninguna parte. Ella entró como bailarina en un teatro. Luego en un dancing. Ya no guardaba ni las apariencias... Yo me entregué a la bebida... Y la otra madrugada, en que regresé borracho a mi casa y encontré a Clarita dormida... y soñando en voz alta con otro, la maté... No puedo evitarlo: la veo continuamente cuando echando sangre por la nuca, se volvió... y me miró con aquellos ojos... FIN

¿SABE Vd. CUALES son los RESORTES de sus MUECAS?





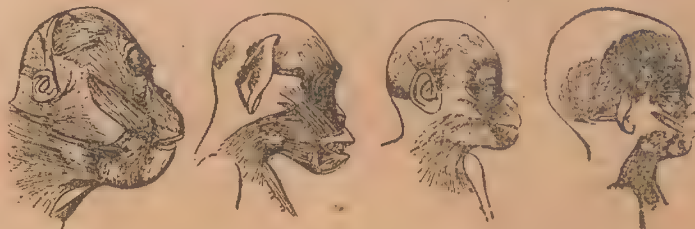




Carlitos Chaplin está dotado de una potentosa actividad de los músculos faciales, lo que le permite realizar un sinnúmero de expresiones.

Muy pocas personas son las que saben cómo refleja el rostro humano los sentimientos de sorpresa, admiración, pena e hilaridad. En este artículo del eminente sabio doctor Carrere, se explican detalladamente los resortes que producen las muecas que expresan nuestros sentimientos.

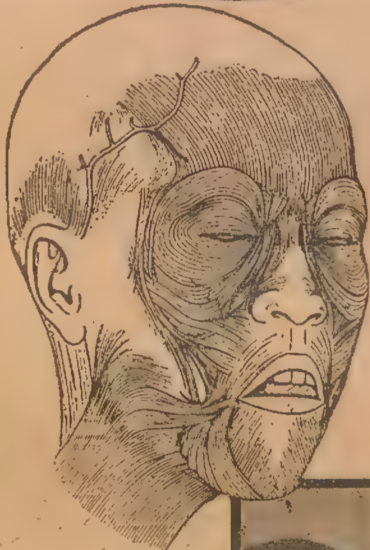
Como puede verse, estas expresiones del popular bufo contrastan notablemente con las muecas de los monos.



Los músculos faciales varían entre el hombre y el mono. He aquí, de izquierda a derecha, los del orangután, el chimpancé, el gorila, y, finalmente, los de un niño recién nacido.

Un artículo del

Dr. Ricardo Carrere



CUANDO una chica amiga nos sonríe o cuando un amigo se nos presenta por la mañana con el ceño fruncido, cuántas veces nos hemos detenido a pensar en el porqué de estos gestos.

Un científico ha estudiado el origen de la sonrisa y de las demás expresiones faciales en los seres humanos desde su niñez hasta la vejez. Ha seguido la evolución de las expresiones, como asimismo la de los músculos faciales que las originan, desde los mamíferos hasta el hombre. Por ellas ha podido descubrir los factores que permiten a la faz humana expresar sus complejas emociones.

Encuentra que la expresión facial puede perfeccionarse mucho durante la vida de una persona, demostrando cómo pueden dominarse las expresiones faciales.

El doctor Ernst Huber, profesor de anatomía, dice en el principio de un libro que acaba de publicar, y cuya preparación le ha llevado nada menos que veintiocho años: "La historia de la evolución de los músculos que producen las expresiones faciales es la historia más interesantes que yo conozco."

Las sonrisas, los fruncimientos del ceño, los hoyuelos y otras expresiones mucho más complejas, han nacido de una mueca. Estos nervios son movidos por un músculo mecánico, producto de un nervio primitivo.

En los mamíferos primitivos, este nervio nace en el cuello, subiendo por detrás de la oreja hasta la cara, y ahí se divide en una serie de músculos faciales. En el hombre esta diferencia es más acentuada que en los primates inferiores. Asimismo el nervio facial en el hombre se ha ramificado enormemente, y es así cómo puede dirigir la cantidad de músculos del rostro humano.



El oriental es, indudablemente, un tipo inescrutable. Según el doctor Huber, la expresión del rostro de un chino difiere de la de los occidentales.

¿Qué es lo que produce este lindo hoyuelo? Sencillamente, la forma cómo los músculos están pegados a la piel, según puede verse en el diagrama que reproducimos.

Parte de la expresión facial depende del tamaño y de la localización de los músculos, lo mismo que sus aptitudes para los deportes dependen del tamaño y de la localización de los otros músculos del cuerpo. La actual estructura de los músculos tiene mucho que ver con sus funciones.

Los músculos vienen unidos entre sí, conectándose con el tejido que se llama "fascia". La palabra está tomada del viejo latín, y es la que han adoptado los fascistas italianos, pero que se pronuncia como si la "sc" fuera "ch".

Originalmente se refería a los tejidos ligados, y se usaba también como símbolo de poder en la antigua Roma. Mientras los fascistas de Mussolini han revivido la palabra en su sentido simbólico, los anatomistas la usan desde hace mucho tiempo en su sentido literal.

Los músculos de los brazos y las piernas, están sólidamente unidos en una compacta estructura por la "fascia", o sea aponeurosis.

Los músculos faciales son enteramente independientes de la "fascia", y en lugar de contraerse todos juntos como sus biceps, pueden contraerse independientemente.

Los de la "fascia" son esa clase de músculos que le permiten a uno guiñar un ojo, levantar una

(Continúa en la pág. 48)

El imperio de la POLLERA LARGA



1. — *Vestido en crêpe marocain. Aplicaciones de bandas recortadas en festones en el talle, motivo que se repite en el cuello.*

2. — *Vestido en piel de ángel, formando bolero en el corpiño. Faldones en las caderas y túnica en la falda. Moño de tissu adelante en el corpiño.*

3. — *Gracioso modelito que se destaca por el saquito de largos faldones y de efecto de capita. Está confeccionado en crêpe satin verde.*

4. — *Este vestido está hecho en terciopelo Baghera. Es de líneas muy simples. La pollera es en bies después del talle. El écharpe y el cinturón son en terciopelo azul.*



5. — *Modelo de blusa en chiffon, con cuello drapeado y manga larga. Sobrepasa la línea del talle.*

6. — *Saquito en franela blanca, especial para la playa. También puede llevarse en color azul marino.*

se AFIRMA en los ULTIMOS MODELOS

7.—Modelo de vestido en algodón rojo, blanco y azul. Especial para deportes Sombrero rojo.

8.—Modelito para jovencita, en crêpe romain verde. Cuello Berta, drapeado, anudado adelante y orillado por un volado en forma. Pollera larga, a pliegues. Uno de los pliegues parte de la cintura y los demás de las caderas.



9.—Para la noche es este elegantísimo modelo en muselina de seda azul. La pollera está hecha con volados superpuestos.

10.—Modelo en crêpe Amoris, hecho expresamente para lucir rubíes. El cierre reúne la delantera y la parte de atrás. La falda montada en diagonal bajo el corpiño drapeado está terminada en los costados con dos recortes sueltos.

11.—Vestido de noche en crêpe romain marrón. El original descote de este modelo se termina con un moño en el hombro.

12.—Para esta bonita blusa se empleó broderie inglesa en color de fantasía. Cuello circular.



CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING


Conchita Montenegro

★ Acaban de informarme que hace varios días, mientras yo me hallaba veraneando y engordando muy lejos de aquí, vino a visitarme un grupo de lectoras que se decían "representantes garbistas en esta capital". Confieso que desconozco las intenciones que traían tales damas, pero, íntimamente, siento una gran satisfacción por no haber estado presente. El caso es que cuando se les notificó que era imposible conversar conmigo por las razones citadas, no lo quisieron creer, y optaron por esperarme, seguras de que no tardaría en aparecer por allí. Una de ellas parece que hasta se atrevió a inquirir cuál era mi dirección particular. ¡Igualito que si fuera un actor de cine! Como tal pedido les fuera negado, mis visitantes optaron por retirarse, luego de haber cambiado entre ellas frasecitas por el estilo de las que siguen:


Antonio Moreno

¡Ya sabía yo que no nos recibiría!...

¡Gordo infame! ¡Y con las ganas que le tengo!...

¡Yo, lo único que lamento es irme sin poder decirle cuatro frescas! (¡Con lo bien que me habrían venido en aquellos días de calor!)


María Alba

¡Mirá que decir que Greta calza el 42!

¡Y decir que tiene las pestañas postizas!

¡Y que fuma!...

¡Y que tiene un loro en su casa!...

Todo esto y cincuenta mil cosas más dijeron las garbistas, que al fin se fueron, asegurando que pronto volverían. Pero aún no han vuelto. Y ni falta que hacen. Además, si vienen, no he de recibirlas. Me lo exige mi integridad física y la estabilidad de mis ideas. Porque estoy seguro que si caigo en las manos de las garbistas, ¡adiós King!, haré lo que la campana. ¡Ah!, pero en cuanto a mis ideas, no serán cuatro garbistas más o menos robustas quienes las ahoguen... Porque juro que si cuando despierto me hallo en el cielo, lo primero que haré será preguntarle a San Pedro:

—Oiga usted, buen hombre: ¿hay en este sitio algún cine donde den películas de Marlene?

★ Los motivos por los que la industria cinematográfica nacional no progresa son muchos, pero puedo citarle unos pocos que tal vez sean los mayores: carencia de personal artístico, carencia de personal técnico, carencia de maquinarias en general y carencia de dinero, factores éstos que tan sólo sometiéndolos a un detenido estudio nos demostrarían cabalmente la importancia que tienen.

a **Breve en sus preguntas**

★ No conozco película alguna con ese título. **CONCHITA MONTENEGRO** nada tiene que ver con **Rosita**, pues aquélla tiene una sola hermana llamada **Juanita**, que también se ha iniciado en la pantalla. **ANTONIO MORENO** tampoco tiene parentesco con ellas.

a **Violinista.**

★ Juro que cuando, como en este caso, alguna lectora me escribe tan sólo para preguntarme cómo soy, si soy joven o viejo, o alto o bajo, etc., me entra una desconfianza terrible. Primero pienso que puede ser alguna dama que pretenda tomarme el pelo; entonces me enojo, ceso de escribir, me revuelvo los cabellos, tiro dos o tres libros por el aire, tomo bromuro, me calmo, y en seguida sigo escribiendo; pero de inmediato vuelvo a parar porque una nueva duda me asalta. ¿No será algún grupo de garbistas que, luego de tomarme la filiación, me esperarán alguna noche en una esquina para "insinuarme" que no siga hablando mal de GRETA? Y entonces es cuando prometo fielmente no decir a ninguna lectora cómo soy yo...

a **Una novia de Saforcada**


CLARK GABLE

Lugar de nacimiento: Ohio (EE. UU.)
Fecha: 1 de febrero de 1901.
Estatura: m. 1.80.
Ojos grises.
Cabello castaño.
Casado con Ria Langham.

Cuando el nombre de este joven comenzó a circular con insistencia entre los aficionados al séptimo arte se creyó que ello no era más que el resultante de una vulgar campaña de publicidad iniciada por alguna compañía para encontrar un actor que descollara netamente entre los galanes actuales. Sin embargo, la equivocación bien pronto se hizo visible. Clark surgió encarnando una clase de tipo poco o nada explotada; el galán-hombre, valga el término, que vendría a suplantar al tan común y afeminado personaje de "dandy" que hasta ahora hemos tenido. Basta sólo con verlo para cobrar de inmediato la sensación de virilidad, de hombría y de fortaleza que de él se desprenden. Hay en Clark, además de grandes condiciones artísticas, algo que debe ser natural en todo actor: una personalidad dinámica.

★ Pese al enorme entusiasmo que parece usted sentir por **MARIA ALBA**, lamento comunicarle que la pobrecita ha emigrado ya de Hollywood, donde no tenía nada que hacer. Tengo entendido que pensaba pasar a Méjico a filmar parlantes en español con **ANTONIO MORENO, LUPITA TOBAR** y otros, pero no existe seguridad sobre si lo hará o no. Profesionalmente me parece una artista discreta con muchas probabilidades de perfeccionarse. Particularmente me parece muy buena...

a **Loco por M. A.**

★ Sí; el **NILS ASTHER** que trabajó en **Orquídeas salvajes** es el mismo de **Padre e hijo.**

a **Mercedina.**

★ A esos dos cantores escríbales a Radio Nacional, Estados Unidos 1816, Capital. Y si sigo así, dentro de poco voy a llamar a esta página así: **Correo Teatral y Radiotelefónico. (Anexo cinematográfico.)**

a **Nena de Concordia.**

★ **A GRETA GARBO y ROBERT MONTGOMERY** escríbales, en inglés, a **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California,** colocando en el sobre una estampilla simple de diez centavos. Dice usted que aun sin haber visto actuar a **MARLENE DIETRICH** supone que es una gran actriz. Yo le aconsejo que jamás vuelva a juzgar a artista alguno con tal criterio. Solo después de haber visto a una persona en la pantalla podemos opinar libremente sobre ella. Mientras tanto, no. No se deje nunca influenciar por las lecturas cinematográficas de los periódicos o revistas. Acostúmbrese a tener una opinión completamente personal, exenta de toda presión ejercida por segundas personas. Así, por ejemplo, si usted es partidaria de **MARLENE** no debe importársele un pastel cocido que las cuarenta amigas que usted tiene opinen lo contrario. Discuta, pelee, enójese con ellas, pero siga siempre opinando que **MARLENE** es mejor que **GRETA...**


Nils Asther


Lupita Tobar

a **Cheche.**

★ Confieso que hacía ya tiempo que no recibía una carta tan apasionada como la suya sobre **BARRY NORTON**, hasta el punto que más de cuatro veces me ha preguntado si el pobrecito habría sido ya desterrado de los corazones de las jóvenes porteñas. Pero ya veo que no. Me pregunta usted si tiene novia. ¡Pero es posible que en pleno Hollywood un pebete tan macanudo como **BARRY** no tenga novia! ¡Y si no fuera más que una! ¡En fin! Creo que es posible que venga pronto a Buenos Aires en vista de la escasez de trabajo que hay por aquellos pagos, pero aún no hay fecha definida. Escríbale con estampilla de diez centavos. Sí; creo que le gustarán todas las porteñas, y ahí está, precisamente lo malo. Que le gustan todas...

Barry Norton

a **Enamorada de Barry.**

★ A los ojos grises y a los cabellos rubios de **ANITA PAGE** puede escribirles a **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.** ¿Cuál prefiero entre **GRETA** y **MARLENE**?

¿Greta Garbo o Marlene Dietrich?

(DE NUESTRA ENCUESTA ENTRE LOS LECTORES)

Señor juez:

¿Puede compararse a la malograda María Guerrero, única en su género, con alguna de las actrices de teatro más populares de hoy? No. Ninguna tiene su arte, ese algo que encantaba, que subyugaba en ella, ese algo que es todo y que uno no puede definir qué es.

María Guerrero era en las tablas lo que la incomparable, la excelsa diosa del arte, la exquisita Greta es en la pantalla, es decir, que la deliciosa sueca, es también única en su género. Es absurdo, es propio de niños, de personas ingenuas, creer que Marlene Dietrich puede superarla, cuando ni a igualarla llegará jamás.

¿Es posible, señor juez, que después de haber visto una cinta de Greta Garbo y otra de la Dietrich, pueda uno vacilar siquiera sobre la notable superioridad de la sueca? No; no es posible, es no tener conocimiento de lo que es el verdadero arte, es como si al ver un bellísimo cuadro, pintado por la mano mágica de Rafael o Miguel Angel, negásemos el arte delicado, divino de esos dos genios.

¡Greta Garbo! Mujer seductora y divina. ¿Qué debe leer uno en su mirada misteriosa, evocadora de ensueños, en su sonrisa enigmática, en su candor suave y armonioso? En una palabra, ella toda es como un sueño, como un algo bello que uno se ha imaginado y, que por arte de magia, podemos verla realmente y oírla, deleitándonos con su voz llena de encanto y poesía. Yo la he oído en "Romance", y su voz trémula de emoción, era el fiel reflejo del infinito dolor, que tan a lo vivo ella expresaba, y es que Greta siente, vive lo que interpreta, porque es toda espiritualidad, todo idealismo, y eso es el porqué de su superioridad, el porqué de su extraordinario éxito, porque lo espiritual, lo ideal, se ha impuesto y se impondrá toda la vida a la materia, y Marlene Dietrich es toda materia, es la antítesis de la delicada sueca, por eso querer compararla, permítame, señor juez, que lo repita por segunda vez: es absurdo, propio de niños, de ingenuos.

MARÍA LUISA OLLETA.
Crisóstomo Alvarez 157. Tucumán.

La última... vez que lo dije tuve lío con ciertos lectores...

a Lolita.

★ Aquí tiene la dirección de GRETA GARBO, aunque no creo que ella le envíe su foto, pues no acostumbra hacerlo; **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.**

a Louisa Gustaffson.

★ **NORMA SHEARER es canadiense de Montreal, donde nació el 10 de agosto de 1904.** Está casada con Irving Thalberg, director de la Metro, y no hace mucho quitó carta de ciudadana norteamericana. Su última es **Alma libre,** con **LIONEL BARRYMORE** y **CLARK GABLE.**

a Joaquín de la B.

★ Muy entretenida me ha resultado su cartita, sobre todo, por lo alegre y sincera. Veo que, a pesar de sus diez y siete años, detesta usted a "esos fifís que bailan bien, hablan mejor y hacen caídas de ojos". Créame que yo la aplaudo, no por mi calidad de hombre de peso, sino por mi peso de hombre de calidad. (A veces ni yo mismo me entiendo.) Bueno; el caso es que su misiva me ha causado gran alegría, y tengo la seguridad de que no tardará usted en volverme a alegrar con otra nueva.

a Olguita.

★ Desde ya puede usted considerarse, tal como lo desea, amigo mío. Ya he asentado su nombre en mi fichero con el número 17.469. (¡Hay veces en que a uno se le va la mano de veras!) Bueno; ahora a contestar: **LON CHANEY** murió por haberle sobrevenido una fuerte hemorragia en la garganta luego de haber sido operado. No; todas esas habladurías del papagayo, de la prueba y de la copita, son cuentos más grandes aún que el del 17.469. La última de **MARLENE DIETRICH es Shangai Express** (que posiblemente veamos aquí con el nombre de **El expreso de Shaghai**), secundada por **CLIVE BROOK.**

a Amigo franco.

★ No dudo que después de haber leído "Mundo Argentino" del 3 de febrero, habrá comprendido que King no yerra con la facilidad que usted supone, ¿verdad? El pebete que actúa con **AL JOLSON** en **La voz del corazón** es **DAVEY LEE, nacido en Los Angeles (EE. UU.) el 3 de enero de 1925. El arca de Noé fué dirigida por Michael Curtiz.** La versión sonora de **Ben Hur** es también por **RAMON NOVARRO.**

a Cordobés amigo.

★ Esa carta que usted me cita no la he recibido. **RODOLFO VALENTINO nació en Castellanetto (Italia),** hijo de doña María Gabriela Barbin y de Giovanni Guglielmi, militar retirado y miembro de la nobleza itálica. **Rodolfo** fué enviado al Colegio Militar, al Naval y al Agricultural, fracasando en los tres, por cuya razón fué expulsado de su hogar. El fué quien tuvo que trabajar de jardinero, aunque por muy poco tiempo, pues de inmediato se hizo bailarín de cabaret. Como puede apreciar, todos los datos que usted posee son exactos.

a Un Puntano.

★ En ese primer período de tiempo **RODOLFO VALENTINO** filmó tan sólo dos películas. **Los cuatro jinetes del Apocalipsis** y **El sheik,** pues su verdadera actuación comenzó recién después de 1922. En efecto, se dice que el trono por él dejado permanece vacío aún. Por mi parte opino que, juzgándolo a **Rodolfo,** bajo un punto de vista especial, es decir, bajo el aspecto por el cual juzgamos a los "amantes" de la pantalla, su trono permanece aún vacío. Pero no crea usted que tal cosa sucede por falta de actores. ¡Qué esperanza! Sucede eso sencillamente, porque tal tipo de hombre, con las condiciones artísticas de **VALENTINO,** no interesan mayormente. Hoy el público está harto de caídas de ojos y de besos kilométricos. Quiere algo más, mucho más que eso. Quiere arte. **JOSE MOJICA** habla solamente español y muy poco inglés, pues la mayoría de sus óperas las ha cantado en italiano.

a José Puig.

★ ¿Que los ojos de **GRETA** valen más que **MARLENE** entera? ¿Le parece? Pues yo no creía que en los institutos de belleza de Hollywood costarían tanto las pestañas postizas... A **CLIVE BROOK** puede verlo en **Secreto profesional** con **CHARLES ROGERS** y **JEAN ARTHUR** o aguardar algunos meses para verlo en **Shangai Express** con **MARLENE DIETRICH.** ¡Y qué trágico ha de resultarle a usted esto! Odia a Marlene, ama a Clive, y ahora tendrá que verlos actuar juntos. ¡Miserias de vida, tragedias del destino!

a Eleonice.

★ Esas dos primeras frases que las artistas de cine le pusieron en los fotos significan: **Con el aprecio de...** En cuanto a Sincerely quiere decir **Sinceramente.** Me complace que esta página agrade tanto en su casa, pero, ¡por favor!, no me diga que le causan gracia las contestaciones que doy a algunos lectores que, según usted, "no saben qué hacer y se la pasan preguntando puras macanas", porque, ¿quién lo asegura que no se halle usted entre ellos? (¡Humm! ¡Ya me parece estar viendo la cara de trueno que pondrá después de leer esto!)

a La chica del 17.

★ **RAMON NOVARRO** es mejicano. Naturalmente; es usted dueña de considerar a **NORMA SHEARER** como le parezca y no dejarse guiar por mi opinión más o menos autorizada y valiosa. (¡Está visto que a modesto no me gana ni la violeta!) Ahora que, por si le interesa, le advierto que en 1930 **NORMA** fué considerada por unanimidad de los peritos en Hollywood la mejor actriz cinematográfica. Que ya es algo...

a Do you love me?

★ A **BARRY NORTON** y **GARY COOPER** escríbales a **Paramount Studios, Hollywood, California.** A **JOSE MOJICA: Fox Studios, 1401 N. Western Ave. Hollywood, California.**

a D. F. F.

★ Lo lamento, pero no puedo decirle de dónde saco los datos que doy a mis lectores, ya que al hacerlo, vendría a compararme con un médico famoso que, habiendo descubierto una fórmula segura para estornudar sin hacer ruido, la dió de inmediato a la publicidad y se arruinó. Todo el mundo se enteró del secreto, y nadie acudió más a su consultorio. Y yo temo que a mí me suceda lo mismo...

a Chulenya.

★ **MARIAN MARCH nació en Trinidad (Indias Británicas) el 17 de octubre de 1913,** siendo bautizada con el nombre de Violet Krauth. Mide metros 1.55, ojos grises y cabello rubio. Cuando fué necesario educarla, su familia se trasladó a Hollywood, en cuya Escuela Superior estudiaba. Más tarde fué llevada por su hermana Jean a los estudios de la Pathe, donde se le tomó una prueba de cámara, que dió muy buenos resultados. Su primer film de importancia fué Svengali con **JOHN BARRYMORE,** a cuyo lado pronto la veremos en **El genio loco. JEANNETTE MAC DONALD nació en Filadelfia (EE. UU.) el 18 de junio de 1907.** Mide metros 1.63, ojos verdes y cabello dorado. Es de descendencia escocesa y americana, y fué actriz de teatro hasta que debutó en el cine, al lado del francesito **Chevalier,** en **El desfile del amor.** Tanto Marian como Jeannette están solteras. A la primera puede escribírsele a **Warner First National Studios, Burbank, California.** A la segunda a **Paramount Studios, Hollywood, California.**

a Poco pico.

★ **JOAN CRAWFORD nació el 23 de marzo de 1908.** No tengo la menor noticia de que piense divorciarse de su **Douglitas. BARRY NORTON nació el 16 de junio de 1906,** y actualmente trabaja, o mejor dicho, está contratado con la Paramount. Su mejor película filmada durante el año pasado y durante todos los años que hace que actúa fué **El código penal** (versión castellana). Creo que en la actualidad las mejores actrices son: **JOAN CRAWFORD, GRETA GARBO, NORMA SHEARER, MARIE DRESSLER** y **MARLENE DIETRICH.** (Conste que a **MARLENE** la pongo última para que nadie dude de mi honorabilidad.) Los mejores actores: **CHARLES CHAPLIN, LIONEL BARRYMORE,** etc. **HARRY CAREY** actuaba con **EDIWINA BOOTH** en **Trade Horn.** A **ANITA PAGE** escríbale así: **Dear Anita; as I am one of your most enthusiastic fans I should like to have something from you. Why don't you send me one of your lovely photos? Please, do it! Yours truly.** (Firma.)

a A. B. de Larroque.

Cambiándole la cara a una mujer

(Del "Household Friend")

Cualquier mujer que no esté satisfecha con su tez, puede cambiarla y tener una nueva. El pequeño velo mortecino de cutícula vieja es un estorbo y debe quitarse para dar lugar a que aparezca la piel vigorosa y nueva que hay debajo, dejándola respirar. Un remedio antiguo y casero, sumamente sencillo, puede realizar este trabajo. Compre cera pura mercolizada en una farmacia seria y apliquesela todas las noches en el rostro, lavándose con agua caliente por la mañana. La "mercolida" absorbe toda la piel muerta y deja un cutis hermoso y fresco como el de un niño. Naturalmente, desaparecen todas las imperfecciones de la epidermis, tales como pecas, manchas, barrillos, quemaduras de sol, etc. Es de uso agradable, eficaz y económico. El rostro sometido a este tratamiento, parece a los pocos días mucho más joven.

Una moda que se ha impuesto

Nos referimos a los cabellos claros, que hoy están en boga y hacen furor en las grandes ciudades europeas.

Personas recién llegadas de París nos afirman que toda niña y hasta las damas que se precian de elegantes, lucen sus cabellos color oro, obteniendo así en el rostro ese aspecto agradable de juventud y belleza, no igualado por ningún otro medio.

Con este motivo se han preparado productos de tocador que realizan a la perfección el maravilloso cambio de los tintes del cabello.

Entre los más renombrados cabe destacar la manzanilla verum, que hasta ahora ha dado entera satisfacción por su resultado insuperable y su sencilla aplicación. Se usa en casa como una loción y en 3 ó 4 días da al cabello el tono de color deseado. En las buenas farmacias se obtiene la manzanilla verum, pronta para el uso y envasada en frasco que alcanza para varias aplicaciones.

Dos hombres distintos

Un cuento de PANTELEIMON ROMANOFF

UN joven con gorro de estudiante acercóse riendo al tren y miró en el vagón de segunda clase; acompañábale una señorita ataviada con un pañuelo rojo.

El vagón estaba vacío, salvo la tarima alta en la que se veía un pasajero, con uniforme militar, de unos treinta años, que estaba leyendo recostado, con la cabeza apoyada en una mano.

—¡Admirable! — dijo el estudiante, introduciéndose en el vagón con el equipaje.

— En verdad, un éxito inesperado — pronunció la señorita, siguiéndole.

En su semblante dibujábase una animada sonrisa que no la abandonaba, mientras inspeccionaba el compartimiento. Sólo al notar la presencia del tercero, que la miraba de soslayo, la sonrisa se desvaneció por un instante de su rostro. Ella quedó perpleja, como suele suceder con las mujeres que van acompañadas al penetrar en algún lugar donde se topan con otro hombre. Mas pronto se repuso, y de nuevo sonó su vocecilla jubilosa.

— Disponga usted lo que quiera, pero yo voy a comer algo — dijo el estudiante. — He hecho treinta leguas a caballo y siento un hambre atroz.

— Y yo voy a observarlo.

— Dígame: ¿sigue usted insistiendo en ocultar su nombre?

— ¿Y para qué quiere saberlo? — replicó sonriente la muchacha. — Puede pasar sin saberlo.

Proyectó la mirada hacia arriba y de nuevo pudo ver dos ojos que, habiéndose fijado por un segundo en ella, hundiéronse rápidamente en el libro.

— ¡Qué persona desagradable! — pensó la señorita. Estaba irritada por su postura repulsiva y por su mirada impertinente. Ella dificultaba explicar qué es lo que había de enfadoso en la mirada del militar; no obstante, se sentía incómoda y cohibida. No era, según ella, una mirada humana, no: era una de esas miradas específicamente masculinas que la ultrajaba profundamente...

Y sospechaba lo admirable que hubiera sido si hubiese podido lograr ir sola con su acompañante. Este era un hombre bien distinto: sencillo, noble, cuyo trato y comportamiento debían de ser, evidentemente, los de un hermano, de un compañero.

Aunque acababa de trabar con él conocimiento ahí mismo, en la estación, mientras aguardaba el tren, difícilmente podría imaginar que le amenazara algún peligro de su parte, aunque tuviera que quedarse en el vagón en su sola compañía.

Era un muchacho de tez blanca, cabellos de color de lino, ensortijados, con una radiante sonrisa que delataba su alma en todo su candor. Llevaba el cuello envuelto en una gruesa bufanda.

Desde el primer momento sintiéronse ligados simple y amistosamente, como si se conocieran desde la infancia, como si se hubieran criado juntos. Lo que más la conmovía y subyugaba en él era ese trato de compañero y su mirada: ésta carecía de aquello que fuerza a la mujer a bajar los ojos y experimentar una sensación de torpeza, desagrado e inmotivada vergüenza.

— A mí me llaman Micka — dijo el estudiante, mientras desenvolvía un paquete con viandas.

— ¿Y qué hay con eso? — preguntó la muchacha, levantando las cejas, dispuesta ya a lanzar una carcajada, puesto que reinaba tal ambiente de jocosidad, tan frecuente entre los jóvenes, que por cualquier futesa estallaba la risa.

— Lo que hay con eso — contestó el estudiante, mientras arrancaba un trozo de alón — aún no lo he pensado.

Ambos se rieron a sus anchas. Luego, cada uno con un trozo de gallina en la mano comía, balanceando los pies y haciendo señas y morisquetas en dirección del tío taciturno y enigmático que seguía impertérrito en su postura.

Cuando el tren paraba en las estaciones, los dos bajaban y paseaban por el andén. Cada vez que volvían al vagón, ella topaba con la mirada del militar: era evidente que aguardaba su retorno. Miraba para arriba maquinalmente y se enfadaba consigo misma. Su mirada obedecía al único objeto de poder cazar un momento oportuno, cuando él se sumiera en la lectura, y observar ese rostro impertinente. Pero siempre se encontraba con su mirada y bajaba los ojos. Experimentaba un irritante y obstinado deseo de mirar, deseo que a veces excita una persona o cosa desagradable. La ponía fuera de sí el hecho de que el militar la mirara tan sólo a ella, como si para él tuviera muy poca importancia la presencia de su acompañante.

Sentíase engrillada a causa de la muda presencia del militar, porque él oía todo lo que ella decía, y ella reflexionaba sobre lo repelentes que son los hombres de esa calaña: merecen tan sólo desprecio como animales inmundos. Al mismo tiempo, sentía cerca de ella al otro hombre, y ni por un instante la cohibía su presencia; ella iría con éste al fin del mundo como con un buen camarada, por más que era la primera vez que lo veía.

Invadióla, de súbito, una ola de fraternal ternura hacia el gentil muchacho.

— Vámonos al pasillo — dijo la joven.

— Al instante; voy a retirar los restos. — Y comenzó a empaquetar lo que quedaba de la merienda.

La muchacha se paró en la puerta y con júbilo malevolente pensaba en que ahora ya no la perseguiría con su insistente mirada el odioso sujeto.

Salieron al pasillo.

— Es usted una persona magnífica — susurró la joven cuando se acercaron a la ventana.

— ¿Quién se lo dijo? — interrogó sonriente el estudiante.

— No; en serio — pronunció la señorita con voz acariciadora. — Estaba pensando en lo que la mujer más quiere en el hombre y cuál es el que merece ser respetado, amado por ella — añadió, con un leve sonrojo en las mejillas. — Sólo lo merece aquel que atisba en la mujer a una persona, a un igual, y no el que dé muestras en su mirada, repugnante y atrevida, de ser un... hombre.

— Lo que es yo, siento en toda mujer algo semejante; pero... nada sensato y provechoso resulta de esto.

— Es porque el destino le enfrenta a usted con gallinas y no con mujeres: evidentemente, no son capaces de aquilatar el contenido y las particularidades del hombre. Hoy día ya no se imponen a la mujer el garbo, los bigotes marciales o el perfil aguileño. Todo eso es, por lo general, irritante y repulsivo.

Por el pasillo apareció el guardatrén acompañado de un hombre que llevaba bajo el brazo una gruesa cartera de cuero.

— Ciudadano — dirigióse el guarda al estudiante y a la señorita, — ¿son ustedes los otros ocupantes del vagón?

— Sí, nosotros — dijeron los dos tímidamente.

— Hagan el bien de desocuparlo y pasar al vagón común; éste nos es preciso para asuntos de orden especial.

Los jóvenes cruzaron sus miradas.

— ¡Lo único que faltaba!... Ahí tiene usted la comodidad... ¡Eso es!



— Y bien, ¿guerra o armisticio? — inquirió irónico. — No se mueva; no la tocaré.

— ¡Ciudadano!... No me obligue usted a repetir...

El estudiante, irresoluto, pesado y torpe, comenzó a retirar su equipaje. El guarda se acercó a la puerta del vagón.

— ¿Qué? — oyóse una voz firme y tranquila. — Retírense en seguida. Y si siguen insistiendo, ya les plantearé "asuntos".

— Ciudadano... — intentó el guarda.

Entre dos hombres de temperamento completamente opuesto, uno de maneras delicadas y otro ásperas, ¿por cuál se inclinará una mujer? Esto es lo que el autor plantea en este cuento y lo resuelve con verosimilitud. Los modales refinados y corteses siempre, naturalmente, tendrán la preferencia de la mujer; pero también cierta masculina rudeza no deja de ser de su agrado.

● ●

—¿Me dejará en paz o no?

El guarda agitó su mano y se fué refunfuñando de que "hay personas que van al encuentro de tus pedidos, y hay otros, gritones, de los que hay que huir..."

— Sin embargo, iba usted a desalojar a las buenas personas, y al "chillón" lo dejó en su sitio — dijo el estudiante.

— En todas partes puede sentirse tranquilo sólo el que es fuerte y osado y capaz de defender su posición — observó la joven.

Regresaron al vagón.

— Parece que he salvado la situación — dijo el militar.

Y ya que la frase iba dirigida a ellos, la muchacha no pudo menos que mirarle.

— Unos descarados marca superior: habrá recibido una buena propina y viene con cuentos de "asuntos especiales", en la creencia de que todos son unos imbéciles que le iban a ceder su sitio.

Por la mente de la joven cruzó la idea de que ese pedante consideraría a su acompañante un imbécil por no haber sabido defender su puesto y el de ella. Sintióse incomodada de



que el estudiante mereciera tan desdeñosa opinión.

Hubo, empero, un subitáneo cambio en el estado de ánimo de los jóvenes: ya no estallaban sus risas y carcajadas...

— Y bien — dijo el estudiante, algo apesadumbrado, — ya me estoy acercando al punto de destino.

— ¿Ya? — preguntó la muchacha, algo asustada.

— Sí. No se olvide usted de Micka...

El estudiante comenzó a preparar su equipaje. La joven sintió una nueva ola de tierna simpatía por el joven, se arrebujó en su tapado y fué a acompañarlo.

— Es usted tan gentil como si fuera un antiguo camarada o amigo — dijo la muchacha al salir al pasillo y reteniendo en su mano la del estudiante. — Siempre, siempre lo recordaré...

— ¡Oh! Empiezo a sentir unas ganas locas de seguir el viaje... — pronunció cariñosamente el muchacho, apretando amistosamente la mano de la joven, cuando el tren, rechinando hierros, ya tomaba por la aguja de la estación, entreviéndose a través de la puerta abierta los edificios circundantes.

— Espere un momento — dijo de prisa la muchacha, sacando un lápiz y una hoja de papel. — Deme su dirección. Le escribiré.

Una vez anotada la dirección, la muchacha dijo:

— Felicidades, amigo mío.

El estudiante saltó del estribo y la muchacha se sintió, de súbito, presa de una indecible angustia y entró en el vagón.

Unos segundos después volvió a salir al pasillo. Tenía una suprema necesidad de evocar el pequeño episodio reciente que tanto la había conmovido; pero una inexplicable congoja le impedía volver al interior del coche. Estaba perpleja: entraría sin mirarlo, pero podía ocurrir que, sin proponérselo, su mirada tropezara con los ojos desagradables del militar. Los coches restantes estaban cerrados, pero había gente; de modo que nada tenía que temer.

Quedóse unos instantes en el pasillo, y luego, resueltamente, entró.

Evitó de mirar la tarima alta, y, acercándose a la ventana, miró fijamente la blanca obscuridad de la noche invernal. Volaban de tiempo en tiempo, cual fantásticas bandadas de estrellas, las chispas de la locomotora; punteaban copos de nieve, o de súbito precipitábase todo envuelto en una nubecilla de vapor como en un abismo, y sólo se oía el sordo jadear de la máquina, el traqueteo de los hierros y el tembleque de la carrocería.

— ¿Y qué? — preguntó el militar. — ¿Ya se despidió usted de su amigo?

— No es mi amigo — respondió la joven sin mirarlo.

— ¿Cómo que no es su amigo?

— ¿Es por ventura preciso ser amigo de alguien para poder conversar con él?

— Tiene razón... Falta aún mucho para llegar a Moscú; suba y acomódese a mi lado.

La muchacha quedó petrificada; no atinaba una respuesta adecuada, y preguntó maquinalmente:

— ¿Qué?

— Venga aquí, a mi lado, y charlaremos — repitió el otro.

— ¿Se ha vuelto loco?

— ¡Qué esperanza! Mi intención es verificar si es usted tan sencilla y libre como lo afirma, y resulta que, a poco de escarbar, aparece en usted la misma señorita provinciana de antaño. Pero aquélla, por lo menos, temía a sus padres y sentía horror al pecado, y había en ello cierta lógica; en cambio, nadie sabe lo que usted teme.

Lo único que cuadraba, intuía la joven, era abandonar el vagón; pero inopinadamente el militar saltó de su sitio. La muchacha se puso lívida y su corazón latió alocado al pensar que él podía acercársele. El militar, sin pronunciar una palabra, salió del coche, lo que la sumió en infinita zozobra y perplejidad, ya que a ella le parecía hallarse en la situación de un niño castigado y abandonado luego a solas.

Crecía en ella el enfado contra el militar. "Ha ingerido este petulante—pensaba—unas nociones superficiales y lanza sentencias con la suficiencia de toda medianía hiperconfiada. Y no es más que miseria, en cuentas redondas. Ha de ser, por lo visto, uno de esos brutos que pululan por ahí, para quienes la mujer no es más que el "sexo débil" y... hermoso. Y no demuestran muchas pretensiones o preferencias: hoy una, mañana otra." La joven, a través de su fugaz conocimiento con el estudiante, vió, de pronto, el reverso del alma masculina, cuyas deformidades se habían encarnado en el segundo compañero de viaje.

"He aquí dos hombres — se decía la joven — entre quienes media todo un abismo. El uno posee una genuina alma humana, sencilla y pura; para él, yo debía de representar lo que en un tiempo se titulaba "alma", cualidades humanas, y él, por su parte, puede suscitar en nosotros tan sólo hondos sentimientos de tierna simpatía. El otro es una bestia robusta y atropelladora. Su primera palabra fué el ultraje, con el agravante de considerarlo como algo muy natural. Ciertamente, es un agravio un poco convencional, pero el hecho no cambia por eso de sentido. El uno estará siempre presente en mi memoria cual un recuerdo alado, fugaz, y el otro, como algo viscoso y repelente."

Abrióse la puerta del compartimiento y entró el militar; la joven oyó, alarmada y consternada, cómo él cerraba con llave. Pero rápidamente se repuso, pensando que, al fin de cuentas, ella no se sentía tan indefensa y desamparada: que intentara dar rienda suelta a sus bestiales instintos...

El enigmático pasajero, sin decir una palabra, sin mirarla siquiera, ocupó de un salto felino su antiguo sitio, se echó de espaldas y cruzó los brazos sobre los ojos. La joven sentíase contrariada por esa indiferencia después de haberle leído un sermón; era evidente que él recalcaba su orgullo de superioridad e inteligencia. Bullía en ella, además, el enfado por haber destruído tan groseramente la gra-



ta impresión del encuentro con el gentil estudiante con su sola presencia, cuya brutalidad le causaba escozor. Seleccionaba frases hirientes que habría que largarle a este animal imbécil y confiado, para que no se atreviera más a soltar la lengua.

La muchacha abandonó la ventana, sacó una almohada y una colcha y se recostó sobre la tarima baja. Cerró los ojos, mas al instante los abrió desmesuradamente, asustada por el leve ruido de pies que saltaban al suelo muellemente: el militar estaba delante de ella.

—Y bien: ¿guerra o armisticio? —inquirió irónico.—No se mueva, no la tocaré; ya salta usted como una "niña bien"?

Lo que cabía ahora era bajar y salir al pasillo; pero después de lo dicho por él, ella se quedó en su lugar por ese mentido e irresponsable sentimiento de amor propio.

—¿Qué tiene que ver eso de "niña bien"?

—¿Por qué tanta malquerencia? —pronunció el militar, por toda respuesta, sentándose cerca de ella y acariciándose las rodillas.

—Es porque usted da a la mujer ese trato que tanto indigna y repugna.

—Por lo visto, usted juzga a las personas no por lo que ellas valgan en sí, sino por el trato que dispensan a la mujer.

—Complejo y obscuro — contestó la joven, irónica.

—¿Qué halla de obscuro en ello? Ahí tiene su estudiantillo, ese badulaque, ese trapo que no supo defender el derecho a su puesto: ha gozado de su simpatía tan sólo por su "buen" trato. Yo no soy de esos. No puedo viajar con una joven como usted sin sentir lo que siento.

La muchacha se percató de lo absurdo de su postura: mientras él decía tales monstruosidades, ella estaba tranquilamente acostada de espalda. Y ya era tarde para cambiar de posición. Además, ella misma había declarado, en una forma asaz elocuente, que no le cuadraba ese despectivo mote de "niña bien". De modo que consideraba inoportuno darse vuelta a la pared o levantarse; tampoco era el momento de darle la cara, pues su circunstancial compañero lo hubiera tomado como una expresión de simpatía hacia él.

—¿Y se me puede acaso achacar de que la naturaleza me haya creado de esta manera: un "animal" sencillo, normal, que capta con suma sensibilidad las impresiones de la vida?

—Todos los hombres vulgares se expresan del mismo modo — replicó enérgica la joven. — Guárdese de adoptar posturas: le servirán para conquistar con éxito a las "niñas bien", como las llama usted. "Nosotras" somos harina de otro costal. ¿Quién será el necio que creerá en esas sus "impresiones"? La cosa es más sencilla: tiene usted delante una muchacha. ¿Y por qué no divertirse?... Acaba de decir usted que es un "animal", y, en verdad, no lo concibo de otro modo. Habrá, tal vez, aficionados a tal género de animales; lo que es yo, sólo experimento una sensación de invencible asco al pensar en este "divertido episodio": un hombre que ve por primera vez a una mujer, no la conoce, nada sabe de su... alma, como decían antiguamente, lo que no obsta a que le insinúe absurdas pretensiones... ¡Qué inmundicia!...

—¿Y cómo es, entonces, que sin conocer al estudiante, tú te acercaste tanto a él?

—¿Cómo se atreve usted a hablarme de esta manera? — increpó la muchacha, profundamente ofendida por el tuteo.

—Deja eso. Te estoy hablando con toda seriedad. Por lo visto, estás habituada a darle más importancia a la forma que al contenido — contestó con toda calma el militar, y tomándola por el brazo la obligó a recostarse de nuevo.

—Eso ya es otro cantar — dijo la muchacha maquinalmente, como hechizada por la fuerza. — Sepa usted que el estudiante es un hombre puro y desinteresado.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con un tono de energía y enfado. No se le escapaba, empero, que ella no sabía comportarse dignamente: mejor hubiera sido callarse, pues hasta ese tono iba creando una situación bastante equívoca. Parecían dos personas íntimamente relacionadas, pero con caracteres dispares. Intuía que debía enfadarse con motivo de ese subitáneo tuteo, por más que notaba que él lo hacía como una cosa muy natural, sin afectación alguna.

—Deja esos disparates. ¿Qué es eso de "puro y desinteresado"? Si llegaras a entenderte con algún hombre o con tu "puro y desinteresado", el resultado sería el mismo, salvo una pequeña diferencia: tras un mes de vida en común con este último, acabarías por sentir hacia él sólo irritación y desprecio, ya que a ti te tocaría reivindicar todo en la vida, por ti misma y por él, mientras tu "puro" atinaría a parpadear y restregarse las manos...

La sinceridad, vehemencia y seducción que él había puesto en sus palabras, anularon los intentos de la muchacha de interrumpirlo, por más que le escocía su tuteo. Al mismo tiempo intuía cierta dosis de razón en sus reflexiones.

—Si quieres ser una persona razonable y contemporánea de verdad — seguía el militar impertérrito — mira la vida de frente, y mucho ganarás con ello. Y no tendrás esa dignidad falsamente susceptible, ni tendrás que bufar despectivamente sobre los hombres desde unas alturas cerúleas. Lo que es ahora, esa tu castidad dulzona, herencia de tu bisabuela, pese a tu pañuelo rojo, está agazapada en ti, y sólo busca el pretexto de verse ultrajada o simular afrentas. En realidad, no te inspira tanta repugnancia como te esfuerzas en demostrar.

La muchacha se dió cuenta, de pronto, que se había olvidado de retirar su mano de la del pasajero, y la arrancó con brusquedad. El militar se sonrió con picardía:

—En vano te martirizas figurándote que voy a abalanzarme sobre ti. No oculto de que me siento cerca de ti un hombre, lo que se traduce en un deseo natural de hablar con la franqueza y la sencillez que acabo de emplear. Y nada más. Estoy persuadido de que mi conversación te brindará mucha más verdad y experiencia que la charla amistosa y sentimental del estudiantillo.

(Continúa en la página 59)

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios por LUCAS GODOY

Rómulo Nano Lottero: "Palabras para América". Edición del autor. Montevideo.

Una generosa emoción de fraternidad latinoamericana anima las páginas del enjundioso libro del señor Nano Lottero, y aunque el más largo de sus ensayos — "El caso Vasconcelos" — tenga la apariencia de la polémica y la agresión, sólo aspira a provocar en el espíritu de quienes lo lean "un minuto de pensamiento ennoblecido para el futuro de la América India".



El señor Lottero afirma con justicia que la conciencia de América no se ha formulado aún: las fronteras, falsas aquí como en ninguna parte, se interponen de tal modo y con tan terca obstinación, que los recelos se multiplican y las incomprensiones brotan. El autor ha escogido como ejemplo arquetípico, las opiniones que don José de Vasconcelos vertió sobre el Uruguay en su tan despampanante "Raza Cósmica". Con firmeza, pero sin rencor, el señor Nano Lottero destruye una por una las "afirmaciones vengativas" del "viajero sospechoso", y con el deseo de quitar a su estudio el más mínimo asomo de intención mezquina, refirma en muchas ocasiones la urgencia de una mutua simpatía capaz de labrar definitivamente la personalidad continental hasta darle la robustez necesaria para enfrentar con éxito la compleja realidad del nuevo mundo.

El señor Lottero se coloca así dentro de la estirpe de los grandes espíritus que, con el uruguayo José Enrique Rodó y el argentino José Ingenieros, se esforzaron por dar a la América nuestra, una vigorosa unidad espiritual; unidad que, por encima de los absurdos rozamientos de los políticos, se irá gestando lentamente por la solidaridad de los intereses económicos y la prédica generosa de los escritores.

Wifredo Solá: "Georgismo". Edición del autor. Buenos Aires.

No hace mucho tiempo, John Dewey, el ilustre filósofo y pedagogo norteamericano, afirmaba que ningún hombre universitario tiene el derecho a considerarse como un hombre instruído en pensamiento social, si no posee cierto conocimiento de primera mano sobre la doctrina y la obra de Henry George.



Desde hace muchos años, el doctor Wifredo Solá, "médico, profesor y funcionario", viene desarrollando entre nosotros una activa campaña de vulgarización. En la tribuna, en la cátedra, en la conferencia, en la revista, ha expuesto y defendido con elocuencia los principios fundamentales del maestro.

Su libro actual, no obstante lo inequívoco del título, no es una exposición metódica de la doctrina o un resumen diestro de sus principios esenciales a la manera como MacDonald, por ejemplo, lo hizo con el socialismo o Laski con respecto al comunismo. Colección de artículos, notas, cartas abiertas, el libro del doctor Solá presenta en su inevitable desorden una vivaz introducción al pensamiento de Henry George, tan felizmente anticipado entre nosotros, por la visión genial de Rivadavia.

Polemista mucho más que expositor — y polemista que no se cuida mucho del enemigo y del motivo con tal que le permitan volver sobre su prédica, — el doctor Solá no escasea sus ataques a los encarnizados rivales de la derecha y de la izquierda. Si esta circunstancia hace perder al libro la gravedad didáctica que el título prometía, le añade, en cambio, una nerviosidad que anima gratamente su lectura.

En un medio como el nuestro en que los partidos con ideales definidos no alcanzan ni siquiera a tres o cuatro, no deja de merecer una profunda simpatía, esta sostenida actividad de los georgistas argentinos. Desde el relativo aislamiento en que se encuentran, han sabido, no obstante, atraer hacia ellos una corriente de innegable respeto. Entre todos, el doctor Solá ha sido siempre el más fecundo y el más tenaz. Su libro da un nuevo vigor a su campaña y una actividad bien eficaz a sus doctrinas.

Vicente Fatone: "Sacrificio y Gracia". Editor Gleizer, Bs. As.

Los estudios sobre el pensamiento hindú han tenido entre nosotros escasísimos cultores. Apenas si podría recordarse los análisis de Francisco de Veyga y las interpretaciones de Carlos Muzio Sáenz Peña: encarados aquéllos especialmente desde el punto de vista de la psicología, animados éstos otros por una intención de estética. Esa penuria en cierta clase de estudios que tiene en otros países innumerables aficionados, se debe sin duda, alguna, a la imposibilidad de conseguir entre nosotros, los textos originarios, fuera de los cuales todo comentario se reduciría a glosas de tercera o cuarta mano. El señor Fatone conoce pulcramente los textos primitivos; se mueve entre ellos con la familiaridad que da el largo contacto y sabe orientarse con paso firme entre el laberinto de la filosofía hindú. "De los Upanishads de Mahayana" es el subtítulo del libro. Indica así que el señor Fatone se ha propuesto buscar a través de la selva inextricable, el camino que lleva a poner de manifiesto cómo el neófito nada puede sin el gesto salvador de la divinidad.

Escrito con corrección y a menudo con brillo, "Sacrificio y Gracia" es uno de los testimonios más elocuentes de ese vigoroso movimiento cultural, que pasa hoy a través de muchos hombres jóvenes, y que transformará en breve plazo la fisonomía moral de la Argentina.

LA ESTUFA...

(Continuación de la página 26)

Enrique preparó dos jarras. Una con ácido sulfúrico y la otra con ácido oxálico. Subió al departamento de Jorge por la escalera de emergencia y cerró la claraboya. Fué al sótano e hizo pasar el anhídrido carbónico por las cañerías. Como éstas estaban cerradas y sólo las de Jorge estaban abiertas, entró en anhídrido en su habitación. Calculó cuando más o menos el gas había ya hecho su efecto y Jorge ya hubiera dejado de vivir. Subió en seguida y abrió la claraboya y volvió al sótano a hacer pasar el aire caliente. Como el anhídrido es más liviano que el aire caliente, éste salió de la habitación. Luego tomó "sus herramientas" y se marchó satisfecho de haber cumplido su venganza.

Existencia fastuosa de los Maharajaes de la India

CON motivo de la reciente Conferencia de la Tabla Redonda, acudieron a la capital del imperio británico centenares de hombres en cuyos turbantes refulgían rubíes y diamantes en cantidad inverosímil. Eran los maharajaes o príncipes, que comparten el gobierno de la India con la Gran Bretaña. Los había barbudos y ceñudos, guerreros montañeses, y, también, imberbes y de rostros suaves, casi femeninos. Todos vestían con boato, deslumbrantes vestiduras de paño de oro.

Por magnífico que fuera su aspecto en el corazón del imperio británico, no basta para permitir formarse ni siquiera una idea aproximada de la vida romántica que llevan estos príncipes en los enormes territorios en que mandan. A decir verdad, esos territorios son las únicas regiones en que se conservan intactos el antiguo esplendor y las tradiciones asiáticas.

Los territorios regidos por los maharajaes abarcar la tercera parte de la India, y se componen de unos 448 estados. Los pueblos sometidos a su dominio son numéricamente superiores a la población blanca del país. En extensión algunos principados aventajan a muchos de Europa. El estado de Gualiar es doscientas millas más grande que Gales; el príncipe de Cachemira posee tierras casi tan extensas como Francia y los dominios de Haiderabad son más extensos que Italia.

Los príncipes hindúes tienen un poder absoluto sobre las vidas de sus súbditos. En años anteriores era de lo más corriente ver que a un hombre se le cortara la cabeza a una simple señal de un príncipe.

En cierta ocasión un sujeto dijo algunas palabras desagradables a un maharajá, e inmediatamente una docena de sables de su escolta se abatieron sobre su cabeza. Tiene el príncipe la prerrogativa de perdonar la vida de un asesino, sin dar razones o de obsequiar con un puñado de monedas de oro a un bardo aldeano y continuar haciéndolo cantar hasta que el infeliz cantor queda ronco o hasta que se pone el sol y suenan las campanas del templo que llaman al maharajá a sus oraciones vespertinas.

Casi todos aquellos gobernantes han firmado y mantienen tratados amistosos con la corona británica, y, por ello, cuando entran o salen de la India Británica se les saluda con salvas de trece a veintiún cañonazos, de acuerdo con su respectiva importancia. Tanto dentro como fuera de sus estados se les da el tratamiento de alteza y no se hallan sujetos a las leyes británicas, ni tienen los tribunales ingleses jurisdicción sobre ellos o sus súbditos.



Un potentado de la India, en el momento de asumir funciones oficiales.



El maharajá de Indore que, como los demás príncipes hindúes, goza de gran prestigio entre sus súbditos y vive la más envidiable de las existencias.

Con toda pompa los príncipes realizan sus paseos. He aquí cómo uno de ellos recorre sus dominios en un lujoso vehículo arrastrado por dos enormes elefantes.



Los componentes de una orquesta hindú, que tiene la misión de matizar las horas de tedio de sus poderosos amos.



Su alteza serenísima, Alí Jan Nizam de Haiderabad, que es uno de los príncipes más ricos de la India.

La riqueza de los príncipes de la India es enorme. El estado de su alteza serenísima el Nizam de Haiderabad, le produce anualmente alrededor de 7.000.000 de libras esterlinas; hay otros que no producen mucho menos. Poca salida tiene esa colosal fortuna, pues los gastos de la corte, el pago de las tropas y los recursos destinados a la hospitalidad cuentan con presupuesto por separado. De ahí que los príncipes almacenen el oro en barras o adquieran joyas.

Año tras año, los maharajaes adquieren joyas de valía, no precisamente para usarlas o por afán de grandeza, sino por la necesidad de guardar la riqueza en continuo aumento y en forma que resulte cómoda. Se dice que el Nizam de Haiderabad tiene casi media tonelada de joyas. Los departamentos interiores de sus palacios se asegura que tienen subterráneos con techos, paredes y pisos de cemento de varios centenares de varas de largo, y no es exagerado asegurar que están llenos de oro en barras, en monedas y de las más valiosas joyas que se producen en el mundo.

Un príncipe, con quien pasé unas vacaciones, estaba tan cansado por su fortuna siempre en aumento, que no podía ni siquiera resistir la vista de su caja de caudales. Una noche, después de cenar, me condujo al sitio en que yacían los "terrones", como les llamaba a las joyas. Quedé estupefacto, pues aquello era una verdadera "caverna de Aladino". Recorriendo aquel laberinto subterráneo, las luces de los candelabros rebrillaban sobre los diamantes, sartas de per-

(Continúa en la página 52)

CUENTO PARA LOS NIÑOS

El RAYO de LUNA

Por AURELIA RAMOS

PALIDO y dulce, el *rayo de luna* descendió a la tierra como de costumbre. Primero se miró en el arroyuelo y jugueteó sobre sus claras ondas; luego se posó sobre una rosa roja, que jugó complacida a que era de plata; paseó después por el huerto, de los macizos a la enredadera y de la enredadera a los macizos, y penetró, por fin, en el palacio.

Entró en él a través del cristal de una ventana y se encontró en la linda habitación de la princesa: flores en las paredes, flores en las alfombras, flores en los grandes búcaros de cristal y plata; y en el suntuoso lecho, entre cortinas de encaje, también una flor.

El *rayo de luna* se plantó de un salto en el elegante tocador y anduvo por la luna del espejo; brincó luego a las paredes y acarició las flores pintadas; y, después de dar varias vueltas por la estancia, trepó decidido por el lecho y se posó en el rostro de la bella princesa, que dormía. Este hallazgo le sorprendió un poco; era la primera vez que tropezaba con un rostro humano, y era éste tan lindo que quedó enamorado inmediatamente. ¡Que el amor no respeta ni los rayos de luna siquiera!

A la siguiente noche ya no se detuvo en el arroyo; despreció la rosa roja, que la llamaba insinuante, y, sin mirar los árboles ni los macizos, penetró resueltamente por la ventana. La princesa dormía tranquilamente y debían ser hermosos sus sueños, porque sonreía con dulzura. El *rayo de luna* le besó la frente y acarició los cabellos rubios. ¡Qué linda estaba! ¡Y cómo se alegraba el *rayito* de ser intangible, para poderla acariciar sin temor a despertarla!

Al despertar al otro día, la princesa paseó por la estancia los azules ojos, y murmuró:

—Esta noche he sentido que me besaban... y era un beso largo, dulce y acariciador.

Y las damas de honor contestaron:

—Habéis soñado, princesa.

Pero el sueño se repitió a la otra noche, y a la otra , y a la otra, y la princesa era tan feliz en él, que despertaba con pena por las mañanas.

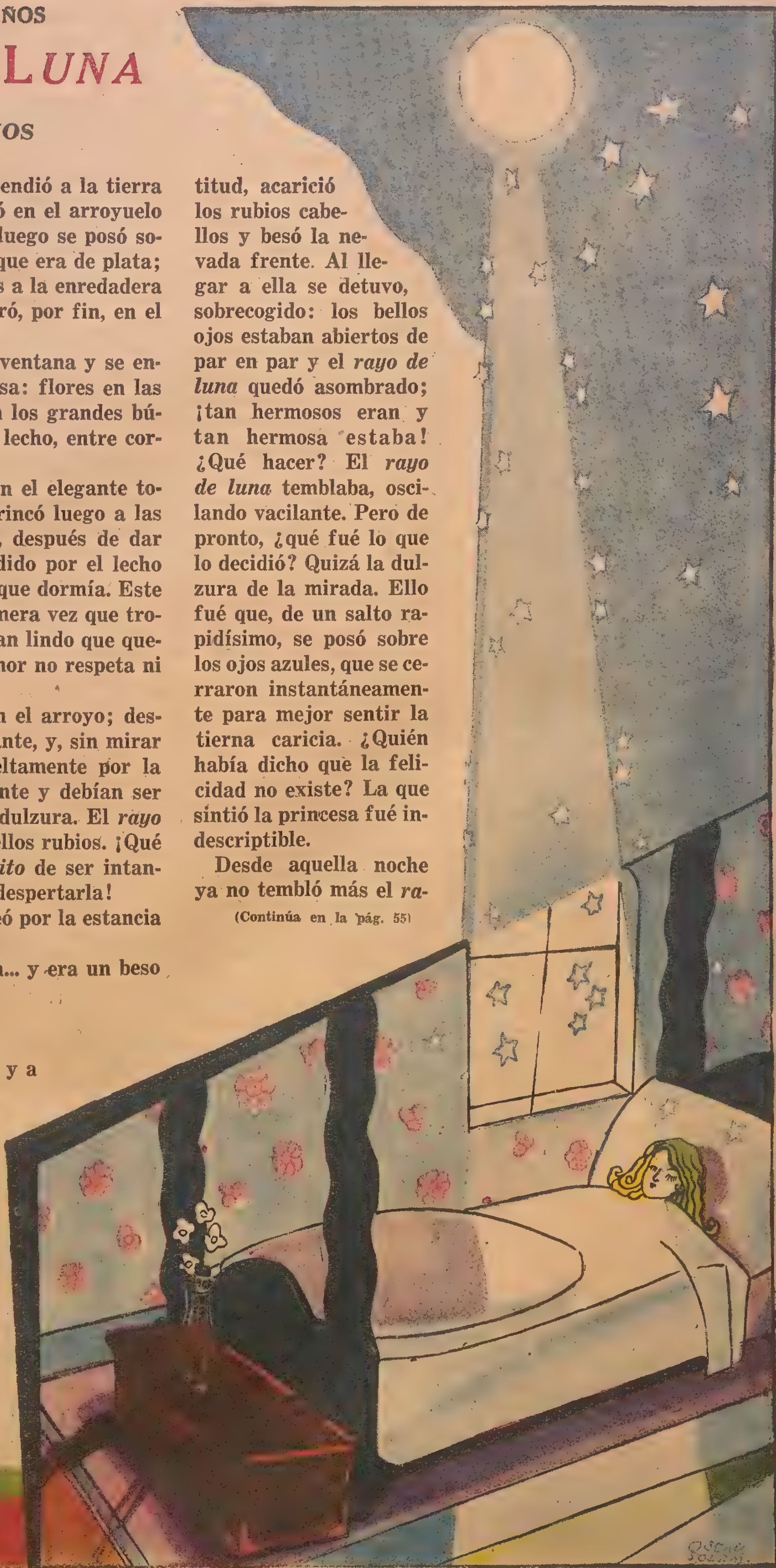
—¿Quién me besará con tanta dulzura? — decía siempre.

Ella no había conocido a su madre, y nadie nunca le había besado con tanto amor.

Una noche decidió no dormirse: ¡sería tan bonito saborear despierta aquella felicidad! El *rayito de luna* llegó, como de costumbre; se posó en la almohada y, subiendo, subiendo con lentitud, acarició los rubios cabellos y besó la nevada frente. Al llegar a ella se detuvo, sobrecogido: los bellos ojos estaban abiertos de par en par y el *rayo de luna* quedó asombrado; ¡tan hermosos eran y tan hermosa estaba! ¿Qué hacer? El *rayo de luna* temblaba, oscilando vacilante. Pero de pronto, ¿qué fué lo que lo decidió? Quizá la dulzura de la mirada. Ello fué que, de un salto rapidísimo, se posó sobre los ojos azules, que se cerraron instantáneamente para mejor sentir la tierna caricia. ¿Quién había dicho que la felicidad no existe? La que sintió la princesa fué indescriptible.

Desde aquella noche ya no tembló más el *ra-*

(Continúa en la pág. 55)



NOTAS GRAFICAS DE LA CAPITAL



En los salones del Hotel Pinot fueron objeto de una simpática demostración los representantes de la prensa. He aquí una vista de la mesa de honor durante el "diner" servido.



Con motivo de tomarse unas vacaciones, la señorita Alegría, que es el regocijo de los pequeños oyentes de la estación de Radio L. R. 6, fué agasada por un grupo de admiradoras.

Foto Padilla.



Los esposos Bonicalzi-Tonelli rodeados de sus familiares durante la celebración de sus bodas de oro matrimoniales, cumplidas recientemente.



Los arquitectos brasileños que acaban de visitarnos, fueron agasajados por las autoridades de la Federación Universitaria de Buenos Aires. En la foto aparecen momentos antes de servirse el lunch.

Foto Delfau



El cantor Roberto Díaz y sus guitarristas Zerda y Gauna, que constituyen el trío que con tanto éxito actúa en la Radio Fénix. Su labor, como grabadores de discos, es copiosa e interesante.

INSTANTÁNEAS



A la hora del baño, la playa popular presenta este aspecto abigarrado, con una afluencia extraordinaria de bañistas que se lanzan al agua o se tienden indolentemente en la arena a tomar el saludable baño de sol.



Con un amplio sombrero de tela, la señorita Paulina A. Yotti se defiende de los rayos del sol, mientras mira pensativamente el mar.



La señorita Susana Reynoso en un momento de descanso, cuando las confidencias surgen espontáneamente, siempre que haya una amiga que nos inspire confianza.



Después del baño se siente buen apetito, y las bañistas, tal como salieron del agua, agotan los comestibles que llevan los masiteros. La señorita Nélida Renee Lavié haciendo una demostración práctica de lo que decimos.



Este bañista es aficionado a la fotografía, y, naturalmente, está con su máquina en la playa. En este momento se halla recomendando a una bañista que se quede quieta, pues piensa tomar una foto que va a ser toda una obra de arte.



Una melenita a lo Cristóbal Colón esponjándose a los rayos del sol, feliz de sentirse libre y besada por la brisa del mar.



Estas señoritas parecen participantes de un original concurso que podría denominarse: "¿Cuál es la niña más quemada?", pues todas dejan pacientemente que el sol broncee su piel.

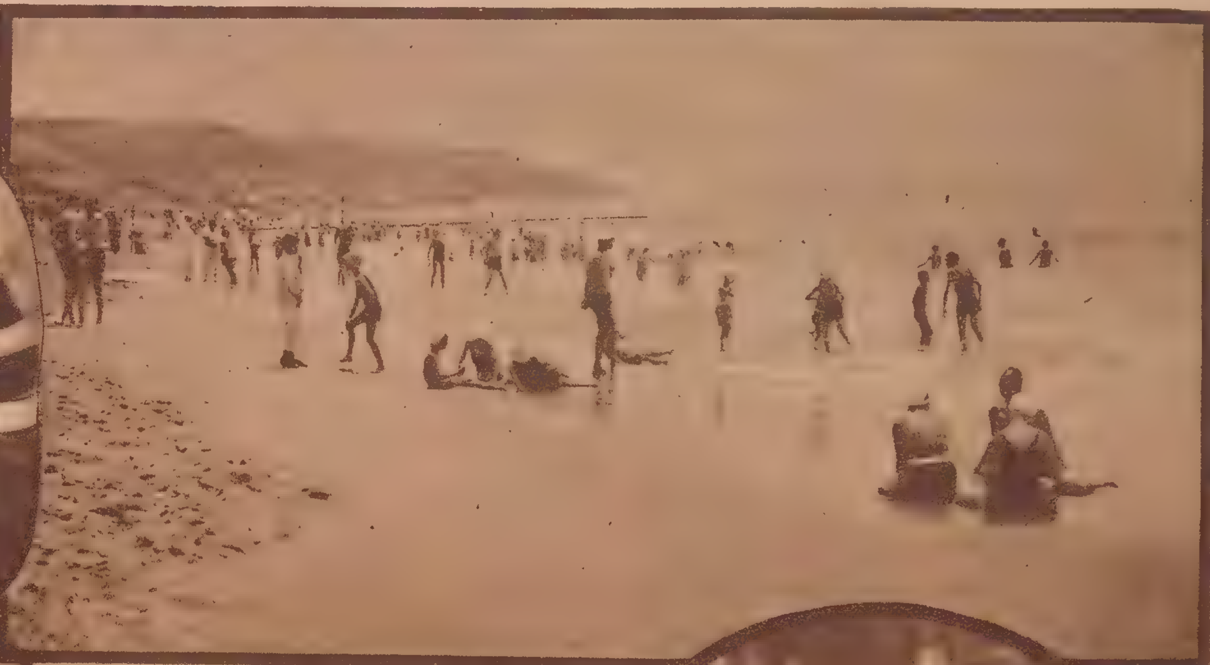


Graciosamente echada a un lado lleva la gorra de vasco su dueña, que es la señorita Elena Geral, quien está como en éxtasis mirando la lejanía del mar.

MARPLATENSES



Con la ayuda del espejito, esta bañista retoca su rostro, maltratado por las caricias demasiado violentas del viento y del mar, que siempre conspiran contra la toilette femenina.



Playa Grande a la hora del baño. Mientras algunos gustan de afrontar la emoción de las olas que llegan con ciega furia, otros prefieren conversar en la playa o simplemente mirar cómo los otros se bañan.



Enterándose de lo que ocurre en Buenos Aires por medio del diario que acaba de llegar: la señorita María C. Crampes y el señor Luis Berruttí.



Esta señorita no quiere perder tiempo, ni aun veraneando, y por eso, mientras toma su baño de sol, se dedica a sus labores de tejido.



— ¿Qué le diré?—parece que se pregunta la señorita María Luisa Cárdenas, con el papel y el lápiz en la mano, pidiéndole a la inspiración que la socorra en el difícil trance.



Señoras de Astigueta y Allchin cambiando impresiones sobre la temporada veraniega.



De paseo por la playa, lo cual es muy agradable, van las señoras Leonor Angeli de Raynie y Matilde Gilges de Raynie, y las señoritas Amanda Angeli y Graciela Raynie.

Fotos Baudoin



Arreglándose la melenita, que, a pesar de la boina, el viento se encarga siempre de revolucionar.

EN LA PILETA DEL PARQUE AVELLANEDA



Un grupo de alegres bañistas paseando por la terraza antes de zambullirse en el agua de la pileta.



Este amable conjunto de muchachas que concurren a la pileta del Parque Avellaneda demuestran hasta dónde se ha intensificado la afición de la mujer por la natación.



Tres bañistas dorándose la piel poco antes del baño habitual.



Frescura y salud, he ahí lo que demuestran estas dos asiduas concurrentes a la pileta.



La ronda en el agua es uno de los espectáculos más gratos del verano. No puede, pues, faltar en la pileta del Parque Avellaneda, que es una de las más concurridas de cuantas existen en Buenos Aires y sus alrededores.

Fotos Louzán.

MENÚ
PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuir a hacer menos pesadas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

Almuerzo	Comida
Fiambre	Sopa de arroz
Sopa de sémola	Patatas a la holandesa
Asado de cordero con papas	Bifes con salsa de tomate
Berenjenas a la parrilla	Mermelada de durazno
Fruta	

JUEVES

Almuerzo	Comida
Calamares	Sopa juliana
Zapallitos rellenos	Fideos con salsa blanca
Anchoa al horno	Carne de vaca a la catalana
Riñones saltados	Budín de sémola
Manzanas asadas	

VIERNES

Almuerzo	Comida
Sardinas en escabeche	Lomo a la reina
Sopa a la conde	Chauchas al gratín
Milanesas de cordero	Croquetas de huevos
Pescado a la genovesa	Buñuelos de limón
Naranjas en almíbar	

SABADO

Almuerzo	Comida
Fiambre	Sopa de fideos
Bacalao a la catalana	Carne de cerdo al vino
Milanesas con puré	Tortilla de arvejas
Hígado estofado	Compota de orejones
Fruta	

DOMINGO

Almuerzo	Comida
Ensalada de pollo	Risotto a la milanesa
Pierna de cordero rellena	Ternera a la real
Tallarines verdes	Lengua a la marinera
Duraznos al natural con crema Chantilly	Ananá a la reina

LUNES

Almuerzo	Comida
Fiambre	Sopa a la florentina
Blanqueta de ternera	Pimientos rellenos
Patitas con salsa blanca	Asado con ensalada
Albóndigas de bacalao	Ensalada de naranjas
Flan de fruta	

MARTES

Almuerzo	Comida
Jamón del diablo	Sopa de verdura
Mondongo a la genovesa	Menudos de cordero con tocino
Pecho de cordero a la mariscala	Huevos a la marinera
Puré de zanahorias	Compota de peras
Fruta	

EL PLATO DEL DOMINGO

PIERNA DE CORDERO RELLENA

Hay que deshuesarla, primeramente. A continuación se pasa por la máquina de picar un pedazo de tocino, que se mezclará con pan remojado en leche y escurrido o con cinco cucharadas de pan rallado y la cantidad de leche necesaria para hacerlo una crema; se añaden dos cucharadas de queso rallado, sal, pimienta, perejil picado y ajo, dos cucharadas de grasa de riñonada desmenuzada o sumamente picada, tomillo en poca cantidad y nuez moscada con un poquito de orégano; con dos huevos se trabarán todos estos componentes y con ellos se rellenará el espacio que haya dejado el hueso de la pierna de cordero. Procede luego coserlo con hilo grueso y, sazonándolo con sal y pimienta, se pondrá en una asadera en la que antes se haya puesto la grasa o el aceite necesario. El el horno permanecerá dos horas más o menos. Hay que rociar la pierna de cordero, de cuando en cuando, con la misma grasa y el jugo que vaya acumulándose en la fuente del horno. Este plato debe servirse bien caliente y acompañarlo de papas pequeñas y doradas.

MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO

HAY QUE VIVIR PLENAMENTE EL DIA PRESENTE

Por MISIA REMEDIOS

CONTEMPLAMOS una figura yacente en el sueño eterno y nos damos a especular. He ahí una vida convertida en polvo; en viaje, tal vez, a la eternidad... Con toda certeza a la inmortalidad, porque sin un sentido de un destino más elevados para el espíritu que animó en la tierra el cuerpo humano, la inutilidad de la terminación material de la existencia la tornaría insoportable.

Como vecino nuestro, el que ya no es, vivió su vida, mientras duró, con la firme resolución y propósito de que fuera útil. En cierto modo tuvo éxito. Fundó un hogar. Una mujer y unos niños se cobijaron bajo su techo. No fué un hombre discutido, ni tuvo más que su pequeña parte de felicidad terrena. Temeroso de Dios, cruzó humildemente lo que se ha dado en llamar "valle de lágrimas", soportando los sinsabores del presente, con su vista y su corazón puestos en el futuro.

Y eso fué lo innocuo de su vida. Tal vez lo recordamos, atareado siempre, ajeno al presente, viviendo para el porvenir anhelado. Aún en su rostro muerto, yacente en el sueño final, se notan líneas de intenso afán. ¡Cómo se apuraba este hombre! ¡Qué colmada de minucias estaba su vida, en su constante empeño de correr en pos de toda suerte de cosas sin importancia!



¿Para qué le sirvió todo eso? Recordaréis que la última vez que lo visteis salir apresuradamente de su casa, llovía y él se apresuraba, con un gran paquete bajo el brazo. Su rostro estaba serio, lleno de resolución y parecía apurarse fuera de proporción con la importancia relativa del paquete que llevaba.

Siempre estaba apurado para tomar el tranvía, el ómnibus, un auto.

En los días de fiesta, de asueto, de descanso, aquel hombre no se divertía, no paseaba: trabajaba en su jardín, en su casa, desde la mañana a la noche.

Era el hombre del mañana, vivía persiguiéndolo constantemente, olvidado del presente. Días luminosos pasaban inadvertidos. El no los veía, no aprovechaba su dulzura, su encanto, porque sus ojos miraban implacablemente hacia adelante.

Pasaron días, semanas, meses y años, hasta que llegó la muerte, y sus ojos siempre estaban fijos más allá del presente: considerando los compromisos y posibilidades de ese huidizo mañana. Era un arreglo en la casa; un vestido para su mujer; el colegio de los niños. Todo para mañana, para ese huidizo mañana. La felicidad postergada siempre para mañana; lleno el presente, para lograrla, de la ejecución de actos pequeños, los cuales no le producían ningún placer, excepto el hecho de que eran otras tantas piedras en su edificio del mañana.

Mientras tanto, el presente contenía salud, luz solar, alimentos, techo, una mujer no tan extenuada como lo estaría al día siguiente, niños no tan adultos como lo serían mañana, su propio cuerpo no tan impotente hoy como mañana... Pero él no veía nada de eso, no veía la hora, el momento que debió bastarse a sí mismo.

¿Qué ganó con apurarse así?... Helo ahí, yacente, con su existencia que estuvó repleta de pequeñeces que ahora resultan gestos insignificantes, porque mientras estuvo entregado a ellos, ni su corazón, ni su mente, ni su espíritu vivían en el momento de realizarlos.

Todas las vidas son así, compuestas por un conjunto de cosas pequeñas. Su pasado consiste en un mosaico de tonterías insignificantes. La mayor recompensa para la necesidad de vivir por medio de actos pequeños es inyectarles alegrías pasajeras. Nuestro vecino nada supo de todo eso. Los actos diarios, pequeños o grandes, sólo fueron para él escalones en su sueño del anhelado mañana.

La suprema belleza de una caminata al aire libre en el amanecer, se vió obscurecida para él por la preocupación constante del día siguiente.

Así se le fueron los días, las semanas, los meses y los años hasta la declinación de su vida.

Para algunas personas la necesidad de llenar cada día con el desempeño del presente, con sus actividades, como si fuera un granero que hay que colmar, adquiere caracteres de verdadero culto, de religión. De los dos males, llevar las cosas a su límite o perder de vista completamente las compensaciones del momento, se diría que la falla de nuestro amigo, el vecino, que vivió para el mañana, fué la mayor. Terminada su existencia, con el futuro terreno, por el cual tanto luchó siempre ante él y pleno de las cosas sin importancia que no le produjeron alegría alguna esa futura existencia que le costó tantos afanes y a la cual inmoló tantas alegrías pasajeras, se confunde de ahora con un pasado deslucido. No vivió, en el sentido real de la palabra, preocupado con el mañana.

¡Qué fatigado parece! ¡Qué futileza la de su pobre espíritu cuando emprendió vuelo desde un cuerpo que disfrutó tan poco de las realidades y glorias de la vida, porque el futuro, al cual todo lo sacrificó, se le mostró esquivo hasta el final.

¿Acaso sus hijos sacarán algún provecho de las mil y una futilezas que formaron el acervo de su vida, o lo que es más probable, siguiendo el ejemplo que él les dió, también viven para el mañana, en perpetuo esfuerzo de alcanzar el huidizo futuro? Si fuera así, ellos, como su padre, vivirán ciegos a lo que los rodee, a los esplendores del presente, cegados por su mañana inalcanzable. Es muy probable que su esposa, si le sobrevive, también siga análoga conducta.

¿Por qué han de ser tan pródigas del presente las gentes? ¿Por qué han de despreciar lo que él nos ofrece por la dudosa quimera del mañana?

Sea cual sea el producido hipotético del futuro, no debemos despreciar la cosecha óp-

(Continúa en la página 52)

Un Cuento DE

CARLOS J. Mc GUIRK

UNA MUJER ENAMORADA

SI Patricia Vidal hubiera vivido en la Roma antigua, los ancianos, los jóvenes y los cortesanos la hubieran llamado "Univiræ"; pero como vivía en Reno, la ciudad ultramoderna a la que había acudido para conseguir el divorcio, la llamaban "Airedale".

Ambos términos son sinónimos. "Univiræ", traducido literalmente, quiere decir "Para un solo hombre"' y "Airedale", es el nombre de una raza canina, de ejemplares capaces de la más grande lealtad y cariño para con su amo.

"Airedale" se emplea también en los Estados Unidos para designar esa clase de mujeres poco comunes, que ponen todo su cariño en un solo hombre, para bien o para mal, pero para siempre.

La suerte de Patricia fué para mal; de otra manera no estaría divorciándose en Reno.

Durante los tres meses que estaba obligada a pasar "en la más grande de las pequeñas ciudades del mundo", Patricia rehusó siete proposiciones de matrimonio de hombres recientemente divorciados.

Su atracción entre los hombres era notoria, cosa que ella ignoraba. Durante su estada, Reno se hallaba completamente lleno de esposas, que iban a buscar lo que el juez Jorge Valdés llamaba "la cura de la enfermedad matrimonial".

En la hora del almuerzo del Riverside Hotel se comentaba que a la señora Patricia Vidal no le agradaba ser asediada por los hombres, cosa que parecía muy rara.

Comparada con las demás, Patricia era una excepción. Aunque no era bella, era joven, rubia, con la vida y la gracia de sus treinta años, ojos azules, y unos dientes que al sonreír parecían perlas.

Su conversación no era brillante ni seductora, pero sus ojos la compensaban ampliamente, y ellos eran la causa de su atracción.

Horacio Torres, gran conocedor del sexo femenino, opinaba que Patricia era una de esas mujeres que a pesar de su sonrisa, sus ojos serios no permitían que nadie jugara con ella.

Horacio era más o menos de su edad, y estaba por segunda vez en Reno para divorciarse de su tercera esposa. Era inmensamente rico y elegante; galante como el don Juan legendario, pero de reputación algo turbia.

— Creo — le dijo Patricia — que las mujeres lo han pervertido terriblemente. Y es una lástima, porque usted, Horacio, me gusta mucho, a pesar de cuantos terribles comentarios he oído sobre usted. Pero no lo amo. No lo amaré jamás. Soy de esas mujeres místicas que se encuentran en los libros, pero que jamás se ven. He amado a un hombre, y nunca jamás lo olvidaré.

Él la miró vagamente, diciéndole:

— Es usted un "Airedale".

—¿Qué quiere decir usted? — preguntó ella.

— Quiero decir que es usted una de esas mujeres que aman a un solo hombre... Bueno, tal vez sea mejor el haber amado y perdido, que no haber amado nunca. Usted para mí es una maravillosa interlocutora, y nada hay mejor para un hombre que una mujer que sabe conversar. Desde hoy en adelante, respetaré sus recuerdos.

Y con un apretón de manos cerró su promesa.

Antes de acostarse esa noche, estuvo mirando largamente desde su ventana a Reno, dormido y plateado por la luna. "Permuta-esposas" llaman a la linda ciudad, por el hecho de que tantas esposas van a divorciarse allí para casarse nuevamente. Es el mausoleo de la felicidad muerta. Su felicidad sería también enterrada en esa ciudad, a fin del mes que corría.

Sus ojos siguieron el curso del río que cruzaba la pequeña ciudad, maravilloso con aquel claro de luna, y se dió cuenta de que Reno era agradable para ella, cosa que no hubiera creído posible dos meses antes.

Su primera impresión de la ciudad en una noche lluviosa, después de un viaje de tres días, había sido pésima.

El proceso de su divorcio había estado lleno de emociones; a ratos reía histéricamente o lloraba lágrimas amargas.

Al retirarse de la ven-



A las diez de la mañana fué despertada por un llamado en la puerta; era el groom, que le llevaba cinco cartas.

Hay mujeres que han nacido para amar a un solo hombre, y es tan grande y verdadero su amor que a pesar de querer disfrazarlo con la indiferencia y el desamor, aquél surge siempre puro y victorioso. Una de estas mujeres es Patricia Vidal, la protagonista de este cuento, en el que se describe un sencillo episodio sentimental.

tana, suspiró. La vida se le había hecho más agradable desde aquella noche trágica. Llegó a la conclusión de que las dos primeras semanas eran lo peor en lo que se llamaba "la experiencia de Reno".

Pasaba el día entero en su alcoba, donde le servían también sus comidas. Salía solamente para las audiencias, o para algunas pequeñas caminatas, y éstas eran su único aliciente.

Finalmente, cansada de tanta soledad, aceptó la compañía de otras mujeres en situaciones semejantes, que pensaban que el divorcio era una experiencia poco agradable.

Empezó a desvestirse en la obscuridad. ¿Qué estaría haciendo en este momento Leonardo, su marido? — se preguntaba.—Seguramente se estaría vistiendo para ir a su oficina, o tal vez estaría ya en ella. ¿Qué hora será? Hay tres horas de diferencia entre Reno y New York. Consultó ella su reloj con esfera luminosa. Marcaba las 4.30. A esta hora Leonardo todavía estaría durmiendo.

Al acostarse perdió el sueño. Leonardo, como muchos hombres, había sido espléndido como novio, pero como marido muy poco convincente. Pero él afirmaba que la poco convincente había sido ella.

Patricia culpaba a la madre de Leonardo. Estaba convencida de que, antes de conocerlo, él ya estaba pervertido por ella. La madre de Leonardo, el hombre elegante, de pelo crespo y ojos suaves, era una de las causas del divorcio. Esto, unido, al gran negocio que su padre le había dejado, eran las dos verdaderas causas de la destrucción del matrimonio.



—Creo —le dijo Patricia— que las mujeres lo han pervertido terriblemente. Y es una lástima, porque usted, Horacio, me gusta mucho.

Patricia se dió vuelta en la cama para mirar la luna, que iba subiendo paulatinamente sobre la obscuridad del cielo. Los recuerdos de su vida de casada venían ahora a su memoria a montones.

¿Su noviazgo? Leonardo había sido un enamorado encantador. ¿Su casamiento? Él había sido un elegante novio. ¿Su luna de miel? Durante ella habíale demostrado un cariño que duró casi los cinco años de su vida de casada. El fin de esa unión había sido tan brusco como un relámpago en una noche de tormenta. Y todavía la desconcertaba ese recuerdo.

Volviendo al pasado, ella comprendía que no había tenido con él toda la atención que una esposa debe tener para con su marido. Especialmente con el hombre que había sido mimado siempre por su madre.

El disgusto empezó esa noche a consecuencia de una mala jugada de bridge. Ella estuvo indiferente, y se pasó toda la noche demostrando a su marido que había jugado mal. De pronto él la hizo callar.

— Mira, Patricia. Acabemos de una vez con todo esto.

En su voz había algo así como una amenaza.

—¿Qué quieres decir con "todo esto"?

— Con nuestro matrimonio. Me doy cuenta de que estás cansada de mí. También lo esto y yo de ti, desde hace algunos meses. De ninguno de los dos es la culpa. Has sido una buena esposa y te aseguro que en mi vida no hay otra mujer. Quiero, pues, terminar, y supongo que tú también deseas lo mismo, sobre todo al saber que ya no te amo. Vete a Reno y entabla el divorcio. Te pasaré la mensualidad que tú exijas. Lo único que deseo es que termine pronto "todo esto".

Ella había tratado de hablar dos veces antes que él pronunciara las palabras finales. Todavía parecíale oír su propia voz.

— Es claro..., sí..., es como tú dices... Siempre hemos estado de acuerdo en divorciarnos si uno de los dos...

— Gracias... Todo está arreglado. En esto estamos perfectamente de acuerdo. Es muy moderno. ¿Qué se gana con hacer la vida desagradable? Bueno, querida; te veré antes de irte.

El orgullo la hizo marchar a Reno para entablar un divorcio moderno y amistoso. No quería retener a ningún hombre, aunque éste fuera Leonardo, contra su voluntad.

Ella se preguntaba si él se cuidaría. ¡Se ocupaba tan poco de su salud! En su última carta le había pedido Patricia que llevara sobretodo, que el tiempo era muy variable y podía enfermarse.

¿Cómo la llamaría en su contestación? ¿Le diría querida o queridísima?... ¿Cómo la había llamado Horacio Torres? "¡Airedale!" "Airedale", la mujer que ama a un solo hombre. Estaba contenta de ser una "Airedale". ¡Amaba tanto a Leonardo!...

Y el sueño la venció.

A las diez de la mañana, fué despertada por un llamado en su puerta; era el groom, que le llevaba cinco cartas. Se sentó en un sofá para leerlas tranquilamente. Tres eran cuentas; la cuarta, de una amiga que le contaba los últimos escándalos, y la última — un sobre claro — era de Leonardo.

Dejó las otras sobre la mesa, y miró esta última a través para calcular poco más o menos cuántas páginas contenía; la apretó contra su corazón y la abrió con sumo cuidado. Sólo una hoja de papel había dentro del sobre. Y empezaba así:

"Mi estimada Patricia:"

Se sintió defraudada. No la llamaba queridísima, como había deseado. Sin embargo, siguió leyendo:

"Me desagrada que te intereses por mi salud y mis costumbres. No soy ninguna criatura. Siempre he gozado de buena salud, antes y después de nuestro matrimonio.

" Es agradable que una mujer se preocupe de uno cuando esa mujer es amada, pero yo no estoy enamorado de ti. No te amo ni te amaré más. ¿Cómo no te has dado cuenta? Se diría que crees que tu estada en Reno es un juguete, y que tú y yo nos reconciliaremos. Pero esto no ocurrirá nunca.

"Me sorprende tu falta de orgullo. Nunca creí que trataras de retener a un hombre contra su voluntad. Pero conmigo esto es inútil; todo ha terminado. Y, como prueba, te diré que de mí no volverás a saber nada. Te ruego que no me molestes más. — *Leonardo.*"



Anhelante, tierno, ojeroso, Leonardo se acercó a ella y le tomó las manos.

(Continúa en la página 49)



¿SABE Vd. CUALES SON LOS RESORTES DE...

(Continuación de la página 31)

ceja o torcer la boca. El desarrollo de esta clase de músculos es el gran fuego de expresión que se encuentra en los actores de talento.

"Si la fascia se extendiera en la cara por encima de los pequeños músculos de la mímica, haría entonces imposible la expresión facial", dice el doctor Huber.

Los músculos faciales, de los cuales nacen las expresiones de mímica, se encuentran debajo del tejido movible. Hay, además, otros músculos ligados al tejido o firmemente ligados a la piel. Estos últimos se encuentran encima del ojo, entre la nariz y los labios y sobre el mentón y los labios. Bajo la influencia de la contracción de los músculos de la mímica, la piel elástica se arruga en ángulo recto en dirección a los músculos.

El doctor Huber explica la diferencia que hay entre un hoyuelo y una arruga, en los siguientes términos:

"Como son varias las series de músculos de expresiones faciales que, con diferentes direcciones, se ponen simultáneamente en acción, las arrugas de la piel se hacen complejas. En los sitios donde las ligaduras de los músculos están injertadas directamente debajo de la piel, la contracción del músculo produce hoyos en lugar de arrugas."

La expresión facial se desarrolla junto con la evolución de los músculos faciales, y con la colaboración de los nervios de sistema central nervioso que dirige los nervios faciales. La evolución de los nervios faciales, según parece, se forma en dos direcciones: no solamente en la estructura de los músculos que ha cambiado el desarrollo del hombre desde su estado primitivo, sino también en esos músculos que se han desarrollado definitivamente en distintos animales, de acuerdo a sus funciones y alcanzando un alto grado de especialización.

Algunos mamíferos que comen insectos, como ser las serpientes, que están muy bajos en la escala de la evolución, han desarrollado altamente sus músculos alrededor de la boca, apropiándolos a la función del órgano, especialmente de valor para las actividades de esos mamíferos que siguen usándola durante toda la vida.

Otros mamíferos han desarrollado enormemente los músculos alrededor del oído. Esto, en el hombre, se ha perdido completamente.

Pocas son las personas capaces de mover las orejas sin mover el cráneo, comparado con la facilidad con que lo hacen los perros, los caballos, los conejos y otros animales.

Los músculos del hocico están desarrollados altamente en otros animales, que llegan a usar el hocico, como el elefante su trompa, que le sirve casi como una mano.

La dentadura de la ballena tiene casi enteramente el desarrollo de los músculos faciales puestos alrededor del conducto respiratorio.

"Es como si la naturaleza hubiera acordado a la musculatura facial la construcción de un aparato musculoso para controlar el conducto respiratorio, mientras los músculos faciales, excepto alrededor del ojo, son rudimentarios", asegura el doctor Huber.

Con respecto a la diferencia y alto grado de especialización, ningún otro mamífero, ni siquiera el mono, que tan cerca está del hombre en la escala de la evolución, tiene los músculos de la cara bien diferenciados ni tan perfectos como el hombre.

La expresión facial espontánea que se ve en el hombre, con sus múltiples y delicadas sombras, son el resultado de las varias reacciones emocionales.

El doctor Huber llega a la conclusión de que la elaboración de la expresión facial, durante la evolución del hombre, es seguida de cerca por la evolución de la vida emocional. Ésta, a su vez, depende del centro del cerebro, con la asociación de ideas y percepciones.

"Podemos asegurar — dice el doctor Huber — que el desarrollo del hombre que conscientemente usa y desenvuelve ciertas expresiones faciales para hacerse entender de sus semejantes, es completo.

"La adquisición y la perfección gradual en el lenguaje articulado debe haber jugado un papel esencial en la evolución de la musculatura facial de la humanidad, especialmente en los músculos alrededor de la boca.

"Esto explica suficientemente por qué este grupo de músculos es considerablemente mucho más diferente en el hombre que en los monos antropoides."

Prácticamente casi no existen expresiones faciales en las criaturas reciénnacidas. La expresión se desarrolla gradualmente.

Cuando en la criatura la consciencia y la inteligencia comienzan a reaccionar, la expresión facial es más múltiple y más definida.

Las expresiones faciales que resultan de las emociones, no las puede hacer una criatura. Con la creciente experiencia y bajo la influencia de la educación, se aprende a controlar las espontáneas expresiones faciales. Y el resultado de esto, es lo que hace difícil el poder leer en el rostro de los adultos.

Este progreso educacional, llevado con tanta rigidez, hace que el rostro de los chinos parezca tan impenetrable para los occidentales. Actualmente el doctor Huber saca de sus estudios que el rostro de los chinos no está enteramente desprovisto de expresiones emocionales, sino que son tan leves que difícilmente pueden notarse.

En realidad la musculatura del rostro de los chinos tiene una estructura algo diferente, lo que probablemente aumenta la dificultad del occidental de leer la expresión en la cara de un oriental. El doctor Huber ha encontrado que la estructura de los músculos faciales difiere marcadamente de una raza a otra. Y refiere la diferencia que se encuentra en los músculos faciales entre los australianos, los hawaiianos, los chinos, los japoneses, los negros y los indios americanos. "En cada raza — dice — hay tipos característicos."

La importancia del control nervioso en los músculos faciales, viene aparentemente, según la investigación del doctor Huber, del arte de actuar y de la pantomima. Un hombre común puede arquear sus labios en un gesto de sonrisa, pero si no tiene gana de sonreírse, el resultado es la expresión forzada que se ve tantas veces.

"Ningún otro ejemplo podría ilustrar mejor esta generalización que los esfuerzos vanos de un pobre o mediocre actor — dice el doctor Huber en su libro. — Los grandes y verdaderos actores, capaces de emociones fuertes y profundas, viven intensamente en sus papeles y ponen todo el poder de su imaginación en concentrarse para dar situaciones verdaderas."

De este extracto pueden tomar lecciones todos aquellos que deseen mejorar la belleza de sus expresiones.

Una Clase de Belleza

(Continuación de la página 14)

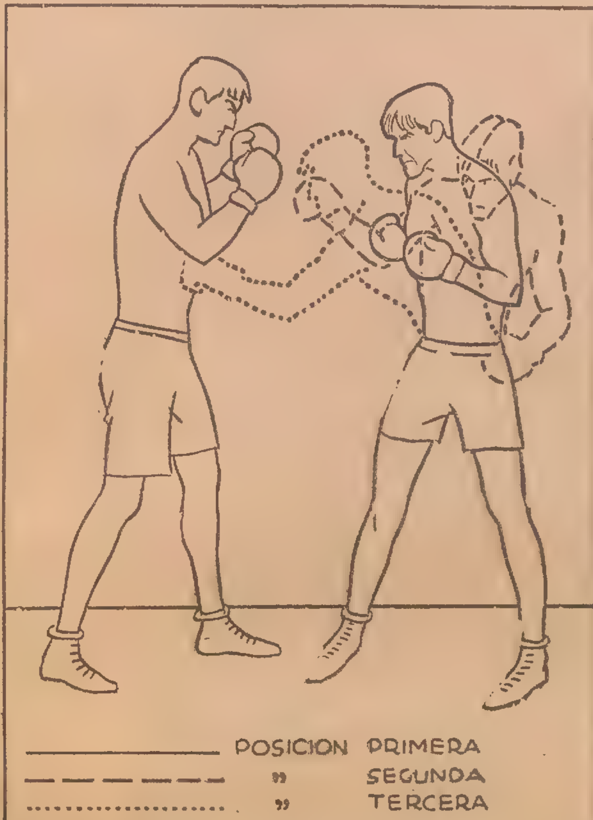
su gran utilidad. Muchas de nosotras la habremos empleado en nuestras casas, pero a buen seguro habrá de resultarnos novedoso su empleo en la oficina. En nuestros hogares resulta cómodo y fácil tener a mano un limón fresco, pero en la oficina la cosa cambia de aspecto, por cuya razón nos vemos obligadas a utilizar el jugo ya colocado en la botella. Este líquido, además de resultar maravilloso para la remoción de manchas de tinta sobre la piel, es también muy bueno para la desaparición de manchas de tinturas, muy usuales, por ejemplo, en las tiendas donde hay gran cantidad de mujeres que manejan diariamente pieles que estropean las manos, manchándolas y atentando contra la cutícula. En estos casos, en lugar de ir a lavarse las manos con agua común, lo mejor es empapar un algodón en el jugo de limón y frotarlo luego sobre la parte manchada. Si el espacio que circunda la uña o el que se encuentra debajo de ésta se halla afectado, lo mejor es, entonces, utilizar un trocito de algodón adherido a la punta de un palo de naranjo.

A esta clase de mujeres (me refiero a las que manipulan constantemente las pieles) es a quienes más recomiendo el uso del jugo de limón en esa forma, lo que en pocos días perfeccionará en general las condiciones de la piel. Una vez que las manchas han desaparecido, el uso constante del jugo evitará que vuelvan a aparecer. Cuando dicho líquido recibe tal aplicación, las manos deben luego ser lavadas con jabón de Castilla y secadas de inmediato, aunque si se permite al jugo de limón permanecer un largo rato sobre la piel, su efecto será mucho más ventajoso. Aunque no lo parezca, son muchas las circunstancias que atentan contra la belleza de una mujer en una oficina. Veamos, si no, a la dactilógrafa. El constante roce que sus manos deben mantener con el teclado de la máquina implica indudablemente un serio inconveniente. Las uñas son las que más sufrirán si no se saben manejar. En dos de las ilustraciones puede apreciarse la diferente posición de los dedos. En una se impulsa las teclas con las uñas, lo que forzosamente ha de provocar o su rotura o su anormal desarrollo. En cambio, en la otra son las yemas de los dedos las que entran en contacto con el teclado. En otra de las figuras se advierte el estuche a que me refiero, con sus implementos esenciales; las dos botellas, el necessaire, el algodón, etc. En otra vemos el frasco contenedor del jugo de limón, al ser éste vertido sobre el algodón con el que se frotará la parte de la piel manchada. Por último vemos el cepillito de las cejas, mientras éstas son sometidas a un conveniente retoque. Como se ve, vale ciertamente la pena tener a nuestro lado y sin que nos ocupe lugar tal cantidad de implementos. He querido referirme esta semana a tal tema por dos razones muy sencillas: 1º porque deseo matizar mis clases de belleza con indicaciones convenientes y ventajosos consejos, evitando así tener que dar semanalmente recetas embellecedoras, y, 2º porque sé que ello ha de interesar profundamente a mis lectoras y en especial a aquellas que tengan ocupaciones similares a las descriptas con anterioridad.

MI GOLPE FAVORITO

Por JUSTO A. SUAREZ

Ya está nuevamente en la brecha el popular "Torito de Mataderos". Después de un período de merecido descanso, ha vuelto a los rings donde conquistara tanto prestigio y fama, para testimoniar que aún conserva energías, tesón y valentía para seguir escalando los peldaños que han de conducirlo hasta conquistar para el país, el título que tanto desea y anhela: Campeón mundial de su categoría.



En su brillante carrera, sufrió un día el contraste que les está reservado a los campeones. Tal revés significó para los escépticos un rudo golpe, y por eso creyeron que el hasta entonces invicto, Justo A. Suárez, había finalizado su carrera entre las cuerdas del cuadrilátero. Pero no es así. Suárez tiene pasta y nervio de campeón. Es joven, valeroso y está dotado de mucho ánimo, gran dosis de entusiasmo y energías enormes, factores que han de servir para conducirlo por el camino que sólo está reservado a los que como él no conocen la pusilanimidad ni se acobardan frente al primer contraste. Por el contrario, en los espíritus fuertes como los de nuestro campeón, tales reveses crean en su ánimo más deseos de vencer y luchar hasta conseguir la meta de sus aspiraciones.

Está ahora Suárez en la segunda etapa de su carrera. Tiene aún en sus puños la potencia capaz de producir performances superiores a las ya anotadas en su récord excepcional. La afición argentina que siempre ha vibrado de entusiasmo frente a los combates que éste apuró en el extranjero, aún ha de vivir horas tan pletóricas de satisfacción como las que nos depararan todos sus matches en el país de los grandes peleadores. Con su última victoria sobre Carlos Orlandi, que es la primera que se anota en esta segunda etapa de su carrera, ha demostrado cuanto dejamos establecido, y es por ello que la afición está segura de que el "Torito" está llamado a ser el primer boxeador, que merced a sus puños, ha de traernos en día no lejano, la primer corona mudial que podamos lucir.

En la ruda tarea de su entrenamiento lo encontramos al "Torito". Bajo la celosa vigilancia de su entrenador Sobral, se ejercitaba cuando fuimos a solicitarle nos relatara para los lectores de MUNDO ARGENTINO, cómo ejecuta su golpe favorito durante un combate.

Y el "Torito", alegre y sonriente, escribió lo siguiente:

"Cuando me encuentro frente a un rival, no pienso de inmediato cómo he de anotarme los impactos. Espero conocer su juego, y cuando cruzados los primeros golpes me apercibo de su capacidad, recién entonces pienso en lo que debo hacer. Mi golpe favorito, el que más me place aplicar cuando peleo, consiste en lo siguiente:

"Una vez que comprendo que mi contrincante está en condiciones de no poder resistir los efectos de mi golpe, espero, y trato de producir el momento propicio para poder hacer el impacto con justeza y eficacia. Así, cuando lo encuentro con su guardia un poco alta, me agacho, giro rápidamente mi cuerpo sobre el torso, y con toda la fuerza de que soy capaz, llevo mi izquierda sobre el hígado del rival. Este golpe, bien aplicado, produce los efectos buscados, y desde entonces considero que el contrincante está a mi disposición; pero no por ello amaino mi tren de lucha, sino que por lo contrario, trato de colocar un justo golpe, y con él poner término al combate."



Una Mujer Enamorada

(Continuación de la página 47)

La hoja de papel se le escapó de entre los dedos y cayó sobre su falda. Un frío intenso le corrió por todo el cuerpo. Se sentó mirando fijamente, sin ver nada, mientras en su cerebro se agolpaban los pensamientos.

"¡Qué carta más dura!", fué lo primero que pensó. No era ese el modo de proceder de Leonardo; parecía que alguien había escrito aquellos renglones llevándole la mano. ¿Alguna mujer? Si ella no lo conociera tan bien, hubiera pensado que alguna mujer le había dictado la carta, pero esto era absurdo.

Lo único que sacó en conclusión es que él no sentía absolutamente nada hacia ella. En eso era franco. ¿Cómo era su frase?... "Te ruego que no me molestes más".

Su rencor fué aumentando paulatinamente. Ella le demostraría su orgullo. No le escribiría más, ni le hablaría. No pensaría siquiera en él, aunque fuera el único hombre en la tierra.

Para tratar de olvidar su pena, tomó de nuevo la carta de su amiga, y continuó leyéndola, pero sin interés, hasta que llegó a aquella parte en donde decía: "¿Sabes, querida, por qué estás en Reno? Estoy segura de que no lo sabes. ¡Has sido tan confiada toda tu vida! Yo te diré por qué. Es por culpa de Leonor Romero López.

"Sí, Leonor, ¡tu mejor amiga! ¿Por qué será que la mayor parte de los maridos y de las esposas, cuando se separan, tarde o temprano, se dan cuenta que han sido llevados a eso por su "mejor amigo"?

"Me contó todo esto la costurera. Parece que desde hacía tiempo andaban bien. Ella pretexta que tú nunca comprendiste a Leonardo. Ella, en cambio, sí que lo comprende."

Esto fué para Patricia un golpe brutal. No estaba ni enojada ni herida. Solamente como idiotizada. Con las manos ágiles y los dientes apretados escribió un telegrama a Leonardo:

"Gracias por sus recomendaciones. Lamento infinitamente lo sucedido. No volverá a ocurrir jamás. — *Patricia.*"

Cuando lo mandó, fué al teléfono y pidió un número:

—¿Es usted, Horacio? Habla Patricia. He estado pensando y creo que al llamarme usted una "Airedale" ha estado usted equivocado. No lo soy en absoluto... No, no le miento... ¿A comer esta noche?... Con mucho gusto; es usted muy encantador.

Tres semanas después Patricia recibió y devolvió sin leer dos abultadas cartas.

Cambió fundamentalmente. De esposa dolorida y desconcertada, pasó a ser una criatura encantadora, que era vista muy a menudo con un señor apuesto. Y la colonia de divorciados se preguntaba con curiosidad dos cosas: si realmente no amaba más a su esposo, y si se casaría con Torres.

Patricia misma no estaba segura de si se casaría con Torres, pero de lo que tenía plena seguridad era de que no amaba más a Leonardo. Lo recordaba sin ningún entusiasmo. Ni sus cartas la conmoverían ya.

Decidió abrir la tercera carta que recibió de Leonardo. La prueba más grande de que su amor había muerto era la indiferencia con que la leyó. Cuatro días después él, desde Nueva York, le hablaba por teléfono:

—Patricia — dijo conmovido. — Me he equivocado terriblemente. Perdóname

—Yo también, Leonardo; pero ya es demasiado tarde.

—Nunca podré resignarme a perderte, mi querida Patricia.

Ella colgó el tubo. A la mañana siguiente fué recordada por otra carta, en la que le informaba que la amaba y la pelearía con toda su alma para que el divorcio no se hiciera. Ella no contestó y llevó las cartas al abogado.

—Creo, — le dijo éste — que no hay motivo para que se preocupe usted. El mismo, en sus cartas, la ayuda a usted en el proceso del divorcio.

Tres días antes de resolverse el divorcio. Torres pidió su respuesta. Habían salido esa tarde a caballo, y al contemplar la belleza de la tarde, le había preguntado él:

—¿Cuál es su respuesta, Patricia?

—No sé, Horacio; francamente no la sé. ¿Usted me comprende?

—Sí, ¿es por qué usted ama aún a su marido?

—No — respondió instantáneamente ella. — Creo que es porque no amo a ningún hombre.

(Continúa en la página 61)

La VIDA TRAGICA FAVORITO de

Por defenderlo fué decapitado el



Con extraordinaria habilidad Antonio Pérez supo granjearse la confianza y conquistar el corazón de la princesa de Eboli.

SENTADO ante el pupitre en su despacho del Escorial, está el rey taciturno y papelero, el sombrío hijo del césar Carlos V, Felipe II de España y Portugal.

Todo vestido de negro, realzado apenas por la albura de la garguera y los puños; pálido, de palidez marmórea, enjuto de carnes, cejijunto, terminado en barbilla el rostro ascético, sólo los ojos parecen vivir en él. Con ademán grave y pausado va revolviendo infolios y expedientes, que aparecen desparramados por toda la estancia, encima de mesas y sitiales y aun por el piso. De rato en rato su mano afilada, exangüe y pulida toma una pluma, la moja en el tintero y escribe en largas tiras de papel que va agregando a los legajos.

Su padre, Carlos, fué un guerrero; vivió en los campos de batalla y en contacto continuo con el pueblo. Era accesible a la convicción y tolerante hasta en materia religiosa. Cuando Martín Lutero se presentó ante él en Worms y defendió su posición rebelde contra Roma en aquel famoso alegato que terminó con las nobles palabras: "¡Aquí estoy! No sé más. ¡Dios me ayude!", todos esperaban que fuera apresado y castigado, pero el soberano, después de escucharlo, se limitó a comentar:

—¡Es atrevido el monjecito!

Felipe, en cambio, era intolerable y duro, desconfiado y cazurro. Vivió rodeado de leguleyos e inquisidores. Tenía más importancia para él el expediente que las necesidades reales del pueblo. En ocasiones la poblada rugía en las calles; pero el rey no se inquietaba; se limitaba a poner en movimiento sus alguaciles y justicias y a dictar una pragmática...

La puerta del real despacho se abrió para dar paso a un caballero anciano que avanzó con lentitud, inclinándose en ceremoniosas reverencias. Largo rato aún siguió escribiendo el monarca. Por fin levantó la cabeza y miró al caballero, que, doblando la rodilla hasta ponerla en tierra, dijo:

—Dios guarde a vuestra majestad.

—Él te guarde, Gonzalo. Te hice llamar para anunciarte que he resuelto legitimar a tu hijo y autorizarte para que lo tomes como auxiliar en la secretaría. Cuídalo, porque, según se dice, es brillante y audaz. Conviene poner estrecho coto a las demasías de la juventud. Bien sabes cómo se hace eso, tú que eres tan prudente. Vete ahora; estoy ocupado. Esta tarde atenderé tu despacho.

El gentilhombre, Gonzálo Pérez, secretario de Felipe II, se retiró después de agradecer a su señor la gracia que le hacía al legitimar a su hijo Antonio, nacido doce años antes, en 1534, de sus relaciones con una mujer casada, Juana Escobar.

El joven Antonio recibió una educación esmeradísima y cursó estudios en las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares. Siempre adscripto a la secretaría de su padre, viajó por toda Europa. A poco murió su padre, y Antonio, ya mayor de edad, apuesto y de vasta ilustración, se incorporó a la secretaría del poderoso ministro de Felipe II, Ruy Gómez de Silva, duque de Pastrana y príncipe de Eboli.

Era casado el señor de Eboli con doña Ana de la Cerda, joven de rara hermosura, aunque le faltaba un ojo. Trece años tenía doña Ana cuando contrajo enlace con el poderoso consejero y secretario real. Presentada por su esposo a Felipe II, éste se enamoró perdidamente de ella y pronto la convirtió en su querida, según lo quiere la tradición, con anuencia del marido, que explotaba concienzudamente tales relaciones para medrar y gobernar a su antojo hasta donde era factible con el carácter desconfiado y absolutista del amo imperial. Pocos años duró tal estado de cosas, pues el príncipe, hombre anciano y achacoso, falleció, quedando su viuda en completa libertad.

Treinta y nueve años contaba Antonio Pérez cuando ocurrió el deceso de su protector, y tal era su prestigio y privanza, que lo sucedió de inmediato en el favor real y en el cargo de secretario de estado. Tanto era el afecto y confianza que le profesaba el rey, que su poderío eclipsó el de todos sus antecesores en el cargo. Vivía como un príncipe real y los aventajaba a éstos en boato y esplendor. Cierto día el rey le encargó que se presentara a la princesa de Eboli y le ayudara a poner en orden la herencia dejada por su esposo. No tardó Antonio Pérez, loco en su vanidad, de convertirse en amante de doña Ana, y desde aquel momento comenzó a pesar sobre él la mano de la fatalidad.

Con singular habilidad los amantes mantuvieron el secreto, pues sabían que si llegaba a conocerlo Felipe II, su venganza sería terrible.

Aficionado a la vida galante, adulado y cortejado, Antonio Pérez tenía, al propio tiempo, poderosos enemigos, encabezados por el duque de Alba, que ya lo fuera del príncipe de Eboli.

Las intrigas palaciegas traían intranquilo al reino. Antonio Pérez

de ANTONIO PEREZ, FELIPE II

Justicia Mayor de Aragón

era maestro en ellas y procuraba siempre suprimir o alejar a los personajes que pudieran hacerle sombra y esto fué su perdición. Guerreaba en Flandes don Juan de Austria, hermano menor del rey, y guerrero tan virtuoso que se le ha llamado el Bayardo español. Le prestigiaba la gloria de la batalla de Lepanto, que quebró el poderío turco, y la conquista de Túnez, que terminó con la dominación muslín en las costas del Mediterráneo. Antonio Pérez, celoso del creciente prestigio de don Juan, acusó a éste y a su secretario, Juan de Escobedo, de propósitos imperialistas y de proyectar coronarse rey en los Países Bajos o casarse con la reina Isabel de Inglaterra, quien se hallaba en guerra con España.

Felipe acogió la denuncia de su secretario, tal vez porque así convenía a sus propios planes, y mandó que Escobedo se trasladara a Madrid. Llegó a la capital el leal servidor de don Juan de Austria y fué mal recibido por el rey, cuidando Pérez de evitar toda explicación que pusiera al descubierto sus manejos.

Convencido Felipe de la deslealtad de Escobedo y de que sólo él fomentaba y era culpable de las ambiciones de su hermano, autorizó a Pérez para que lo suprimiera violentamente. Y así, el 31 de marzo de 1578, el secretario y amigo del archiduque fué asesinado en las calles de Madrid. Se dijo que la verdadera causa de su muerte era la amenaza que había hecho a Pérez de descubrir al rey sus amoríos con Ana de Eboli. Los autores del crimen, ayudados por el privado, escaparon; pero un hijo del muerto, Pedro, aconsejado por Mateo Vázquez, otro de los secretarios del rey, se presentó pidiendo castigo para Pérez, la princesa y sus cómplices.

En un principio, el monarca se negó a creer en la culpabilidad, pero acosado por el duque de Alba y su camarilla y por toda la familia de Escobedo, confió la investigación del asunto, en forma secreta, a sus teólogos familiares. Ya en posesión de numerosas e irrefragables pruebas, procedió con la cautela y perfidia que le eran habituales, y sólo al cabo de un año mandó prender a su favorito y a la princesa, a quien tuvo prisionera en la torre de Pinto, de donde fué trasladada al fuerte de Santarcaz y de allí a su castillo de Pastrana, donde murió, en 1592, sin haber conseguido la libertad.

Pérez permaneció cuatro meses en casa del alcalde García de Toledo, permitiéndosele, al cabo de ese tiempo, que se trasladara a la suya propia, donde continuó arrestado y con centinelas de vista. Amenguó más tarde el rigor de su detención, pero él, en lugar de conducirse con prudencia, prosiguió su existencia de esplendor e intrigas. Dos nuevas muertes se le achacaron por este tiempo, la de su escudero, Rodrigo Mangado, y la del astrólogo Pedro de la Hera, a quienes habría hecho desaparecer, según voz pública, porque conocían demasiado su vida íntima.

Uno de los asesinos de Escobedo, Antonio Enríquez, ofreció al rey probar que Pérez había ordenado el asesinato, cosa que no convenía en forma alguna al monarca, quien se vió en la necesidad de aniquilar a su ex favorito para evitar que éste, a su vez, lo acusara a él, y, sobre todo, para librarse del seductor de la princesa de Eboli.

Sometido a juicio, Pérez fué condenado a dos años de prisión, diez de destierro de la corte, y a pagar una multa de 30.000 ducados. No se le penaba por la muerte de Escobedo, proceso que seguía abierto, sino por haber excedido en lujo a los príncipes de la casa real y por haberse dejado sobornar y practicado el cohecho a base de exacciones. Encerrado en la fortaleza de Torruegano, logró evadirse de ella auxiliado por su esposa, doña Juana Coello y su fiel escudero Gil de Mesa. Disfrazado de mujer, logró salir del calabozo y la prisión. Afuera lo esperaba Gil de Mesa con un par de buenos caballos. Arrojando la vestimenta femenina, montó y galopó sin parar hasta el reino de Aragón.

Entrando a Zaragoza, Antonio Pérez se presentó al Justicia Mayor de Aragón, don Juan de Lanuza, y se entregó para ser juzgado por el asesinato de Escobedo. Lo hacía así confiado en los fueros del reino de Aragón, que eran tan precisos e intangibles, que los reyes de Castilla no podían ceñir la corona de Aragón sin presentarse previamente ante el Justicia Mayor, quien les hacía esta prevención:

"Nos, de valor igual vuestro y de poder superior que vos, os designamos nuestro rey a condición de que habéis de respetar los fueros de Aragón, y si no, os lo demandaremos".

El rey debía jurar solemnemente mantener dichos fueros.

Hasta la época que nos ocupa, ningún rey de España se había atrevido a violar la constitución, y los fueros y la independencia de sus cortes. El tribunal del Justicia Mayor era superior en poder a cualquier otro de la jurisdicción real.

Felipe II mandó apresar a Pérez y llevarlo a Castilla. Ya sus gentes habían penetrado en la prisión cuando acudieron los hombres de armas del Justicia Mayor, seguidos por el pueblo soliviantado por el atropello a sus libertades, y rescataron al prisionero.

Siempre contemporizador, el rey mandó legistas que acusaron a su ex privado ante la justicia de Aragón, y mientras tanto mandó encarcelar a la esposa e hijos de Antonio Pérez. Absuelto, fué acusado ante el Santo Oficio y el inquisidor de Madrid pidió al de Zaragoza que se le sometiera a juicio por hereje y blasfemo.

Los familiares de la Inquisición exigieron de don Juan de Lanuza la entrega del reo, pretensión que fué rechazada de plano. Entonces los inquisidores amenazaron al Justicia Mayor y sus secuaces con la excomunión, la más terrible de las penas de aquel tiempo. Ante tal amenaza, Antonio Pérez fué entregado al Santo Oficio, pero habiendo trascendido la noticia, el pueblo se amotinó y se lanzó a la calle al grito de: "¡Contrafueros...!" La voz cundió con rapidez incendiaria y la muchedumbre enardecida exigió al Justicia Mayor que interviniera en defensa de los sagrados privilegios del reino, malamente violados. Lanuza no se atrevió a proceder y el populacho asaltó la sede del Santo Oficio y exigió, violento, la entrega del preso.

Se peleó en las calles contra las fuerzas reales. Irritadísimos los aragoneses luchaban a garrotazo limpio y a pedradas. Así mataron al jefe de las tropas. Fué necesario poner a Pérez en libertad.

En el ínterin el tribunal de Madrid condenó a Antonio Pérez a ser decapitado por los numerosos crímenes de que se le acusaba, disponiendo el rey que las autoridades de Aragón lo entregaran para ser ejecutado. Alborotóse otra vez la grey aragonesa y don Juan de Lanuza, levantó fuerzas y se resistió a cumplir el mandato real. Con orden de someter a los súbditos alzados y apoderarse de la persona del reo, se acercó a Zaragoza el capitán Alonso de Vargas al frente de 10.000 hombres de infantería. Salió a su encuentro el Justicia Mayor con una fuerza bisoña de 2.000 hombres, que fueron fácilmente desbaratados. Antonio Pérez, siempre auxiliado por Gil de Mesa, consiguió huir a Francia.

Ocupada Zaragoza, Alonso Vargas apresó al Justicia Mayor y a otros encumbrados personajes, que fueron juzgados sumariamente y condenados a ser descabezados por mano del verdugo. Alegó el preso que el monarca sólo podía condenarle "en unión del reino". De nada valió la protesta. Vargas acuarteló sus aguerridos tercios, levantó el patíbulo y fortificó las calles de acceso. Al amanecer del día siguiente don Juan de Lanuza fué sacado de la cárcel en una carroza y conducido al cadalso. Al leérsele la sentencia que lo motejaba de traidor, protestó, exclamando a grandes voces:

—¡Traidor, no; mal aconsejado, sí!

A la ejecución del Justicia, siguieron otras muchas, y quedaron anulados los fueros de Aragón. Se dijo, con honda razón, que "el rey había ajusticiado la Justicia".

Antonio Pérez se refugió en Francia, donde se acogió a la protección del rey Enrique IV, quien le señaló una pensión de cuatro mil escudos. En 1593 se trasladó a Inglaterra para presentarse a la reina Isabel, enemiga irreconciliable de Felipe II, a pesar de ser su cuñada. Recién después de muerto el rey de España, su sucesor, Felipe III, concedió la libertad a doña Juana Coello y sus siete hijos.

La abnegada mujer se reunió con su esposo en París, que falleció en 1611.

Y así terminó la existencia aventurera del hombre de quien un cronista de la época dijo que "era suntuoso y curioso en el vestir, rico y odorífero y pomposo en su casa".

FIN



Existencia fastuosa...

(Continuación de la pág. 39)

las, bandejas llenas de rubíes y zafiros y bolsas llenas de monedas de oro. Había pilas de ornamentos de oro y plata, docenas de jarrones, bandejas, candelabros y hasta palanganas de metales preciosos.

En la cámara interior había una especie de estantería para libros de oro macizo, todo a lo largo de las paredes, y en un rincón, a unos diez metros de distancia, se divisaba un templete de oro batido a martillo, que era todo una joya de arte. Su cúpula estaba incrustada de rubíes y diamantes. Los ojos del dios elefante eran de zafiros y en el paño que cubría el cuerpo de aquella divinidad hindú fulgían más de un millón de perlas.

Algunos maharajaes se complacen en vivir bien y en tratar bien a los que los rodean, lo que les cuesta gruesas sumas, pues el personal de la corte de uno de aquellos príncipes puede contar varios centenares de personas. Generalmente tienen cien ayudas de campo, algunos de los cuales tienen que montar guardia en el exterior y otros en el interior de los palacios. Todos están armados, al igual de la guardia. Tienen la misión de proteger al príncipe contra posibles atentados, que pueden asumir la forma de un balazo, propinado por un pariente, o el envenenamiento de alimentos por un hermano menor, o aun por el heredero, impaciente por llegar al trono.

Los alimentos de un maharajá son probados previamente por media docena de servidores de alto rango, además del médico personal y del ministro del Interior. Luego se colocan en una caja herméticamente cerrada y sellada, que sólo se abre en presencia del príncipe.

Análogas precauciones se toman por lo que respecta a las esposas, pues los príncipes tienen más de una.

La dama que da un heredero al príncipe es, generalmente, su esposa favorita y casi siempre su influencia en los asuntos del estado es grande. No es difícil que existan rivalidades acérrimas entre las esposas, pues cada cual trata de desalojar a sus adversarias en el favor y el amor principesco, pero la madre del primogénito casi siempre triunfa.

Las maharani, o esposas, reciben de su esposo un palacio con vastos jardínes, a lo que se agrega una considerable cantidad de dinero para gastos personales y una numerosa servidumbre femenina. Tales palacios están circundados por varias elevadas paredes y a ningún hombre le es permitido entrar a ese recinto amurallado.

El maharajá visita a sus esposas según su capricho del momento, y ni bien entra en el recinto reservado a las damas, desaparece por completo. Ningún mensaje, por importante que sea, le puede ser entregado hasta que abandona el sagrado recinto.

La visita de un maharajá al palacio de una esposa constituye casi una ceremonia. En cuanto se acerca a la muralla exterior que resguarda los palacios, los centinelas presentan armas.

Entre el espacio comprendido entre la primera y segunda muralla, mujeres armadas le rinden pleitesía y gritan:

—¡La poderosa presencia! ¡Se acerca la poderosa presencia!

Prosigue y atraviesa en la misma forma el tercero y cuarto corredor. En el sexto portal, la ocupante del palacio lo recibe con guirnaldas de flores, y jóvenes bellas alfombran de pétalos de rosas su camino. Una sacerdotisa, que agita un turíbulo, guía al príncipe hasta un patio interior, en el cual él y la maharani permanecen en agradable plática, sin que queden solos por un momento. Una o más docenas de jóvenes hermosas acuden continuamente con bandejas, en las cuales traen bebidas refrescantes, o mueven los grandes abanicos. Otras cantan melodiosamente, y bellas bayaderas se entregan a toda suerte de danzas sobre el césped que bordea la fuente central de mármol, haciendo sonar, al propio tiempo, campanillas de plata y oro, que tienen a modo de aros, en sus tobillos. Cuando el maharajá lo encuentra conveniente, se levanta y se retira con la princesa a sus habitaciones particulares.

FIN



¡HOLA!...
¿Con quién hablo?

Reynaldo. — ¿Manola?
Amelita. — La misma.
Reynaldo. — ¿Me esperabas?
Amelita. — ¿Me tutea?
Reynaldo. — Mientras no me digas tu nombre, sí. Sigues siendo mascarita. Sigues siendo la Manola que anoche me enloqueció.
Amelita. — ¿Tanto?
Reynaldo. — Y mucho más de lo que te diga. Tus ojos me desvelaron.
Amelita. — ¿Tan malos fueron?
Reynaldo. — Tan grandes y tan negros y tan tiernos, y una serie de cosas más.
Amelita. — ¿Recurrió a la guía?
Reynaldo. — Era escaso el dato. El nombre de tus tíos no me interesa, quiero el tuyo.
Amelita. — ¿Para qué?
Reynaldo. — Tengo miedo que al final no seas más que una mascarita coqueta. ¿Por qué fuiste anoche al baile?
Melita. — Porque voy siempre. Por costumbre.
Reynaldo. — No es cierto, mascarita. Tu nerviosidad, tu miedo, toda tú...
Amelita. — ¿Qué diferencia tengo con las "habitué"?
Reynaldo. — Toda tú ya te he dicho. Sería capaz de empeñar mi palabra de honor.
Amelita. — Perdería.
Reynaldo. — Vuelvo a no creerte.
Amelita. — ¿Y qué cree de mí?
Reynaldo. — Que eres una criatura curiosa, con los ojos y el cuerpo más maravillosos del mundo. Que ya me quieres un poquito y que juegas a las escondidas de puro coqueta.
Amelita. — ¡Consentido!
Reynaldo. — Confiesa, mascarita...
Amelita. — Amelita.
Reynaldo. — ¿Ve cómo me quiere un poquito? ¡Gracias, muñeca! Suprimo el tuteo ahora que puedo llamarla de una manera más cristiana.
Amelita. — Puede insistir en él.
Reynaldo. — Tengo ganas de darte un beso.
Amelita. — ¡Cómo corre!
Reynaldo. — Contigo tengo ánimos para volar. Bendigo tu indiscreción de asomarte al baile. Tengo la sensación de que te conozco desde siempre, de que te quiero desde siempre.
Amelita. — Ni siquiera me ha visto del todo. ¿Y si tuviera deforme la nariz?
Reynaldo. — No creo, ni siquiera se te hubiera ocurrido dármelo a sospechar si fuera cierto.
Amelita. — Me voy.
Reynaldo. — ¿Adónde?
Amelita. — A Tucumán.
Reynaldo. — ¿Bromeas?
Amelita. — Digo verdad.
Reynaldo. — ¿Cuándo te veo?
Amelita. — Esta tarde.
Una voz en la línea. — ¿A qué hora?
Amelita. (Con calma.). — A las seis, José Antonio.
Reynaldo. — ¿Quién es?
Amelita. — No corte, Reynaldo. Te decía que lo iba a ver a las seis.
José Antonio. — Si yo quiero.
Amelita. — Te equivocas, José Antonio. Lo quiero yo. Anoche te dije que iba a romper amarras. ¿No te gustaban las mujeres mundanas, valientes? ¿No me encontrabas demasiado melosa? Ya ves, vestida de mascarita se acabó la timidez. ¿Sabes una cosa? Creo que me salió al cruce el amor.
Reynaldo. — Puedes asegurarlo, muñeca.
Amelita. — No sé qué voz interior me dice que es cierto. ¿Quieres cortar, José Antonio?
(Y Antonio sin una rebeldía, corta la comunicación.)
Reynaldo. — ¿Quién es, Amelita?
Amelita. — Cualquiera. ¿Lo olvidamos?
Reynaldo. — ¿Te veo?
Amelita. — A las seis en la confitería Oriental.
Reynaldo. — ¡Adiós, mascarita! ¡Mi mascarita curiosa y dañina!
Amelita. — Hasta luego, Reynaldo.

La TELEFONISTA INDISCRETA

LA OBRA CONSTRUCTIVA QUE HAY...

(Continuación de la página 3)

normal de su exacto funcionamiento, de todo el mecanismo de la riqueza pública.

Tal vez nunca en el pasado se agudizó como en la actualidad, el malestar económico nuestro. Diversas son las crisis que tuvimos que soportar. Cronológicamente, merecen señalarse como antelación, las de los años 1880, 1890, 1900, y, en menor escala, 1911; pero ellas fueron pasajeras y determinadas por factores puramente accidentales de índole nacional casi siempre. En cambio, la presente se vincula a una situación mundial, que también requiere un rápido reajuste. Mientras él se produce, es deber nuestro, de positivo patriotismo, proceder a la búsqueda de medios para sortear las dificultades nuestras. No podemos ni debemos esperar que el mejoramiento nos venga de afuera. Nos corresponde buscarlo y provocarlo por medios propios, aunando el esfuerzo colectivo en favor de tan levantada obra.

No es por medio de decretos ni leyes que se llegará al logro de la tranquilidad y la seguridad del trabajo remunerador, pero es mucho lo que puede hacerse oficialmente. Ante todo, corresponde aliviar al pueblo de las pesadas cargas impositivas que soporta, revisando e innovando el sistema tributario, de tal modo que no sea el gravamen a la importación la principal fuente de recursos fiscales. La solución del problema del régimen de la tierra aliviaría enormemente la de los agrarios. Correlativamente debiera realizarse un esfuerzo para unirlos e independizarlos de la especulación, dotándolos de elevadores de granos que les permitan disponer de sus cosechas en forma compensadora. Mucho se ha hecho, menester es confesarlo, en tal sentido, pero lo realizado apenas significa el comienzo, la iniciación de una obra de vastas proporciones. La comercialización de las carnes, su preparación por los sistemas de refrigeración conocidos, es, asimismo, importante capítulo del reajuste rural, como lo es el de la industria lanera. Correlativamente y como complemento del plan, se ha de mencionar la viabilidad, régimen bancario, tierras públicas, prenda ganadera, etc.

Si el nuevo gobierno se avoca la consideración de los problemas enunciados y busca de verdad su resolución, no tardaremos en salir de la encrucijada de angustia desesperanzada en que nos hallamos. El pueblo todo de la república espera la acción oficial que lo ayude en su decidido anhelo de trabajo. La fe es grande; el porvenir brillante... Nos pertenece. ¡Vamos hacia él!

ENRIQUE GOMEZ MATHEU

HAY QUE VIVIR...

(Continuación de la página 45)

tima del día; no debemos despreciarla ni dejar de vivir con toda la intensidad posible el presente que nos brinda oportunidades de llenar de luz y de alegría nuestra vida.

Es una de las sensaciones más desagradables contemplar retrospectivamente días, semanas, meses y años de repetición de pequeños actos sin lugar en los acontecimientos de verdadera importancia y recordar que los hicimos sin alegría, sin entusiasmo. No debió ser así, empero, pues las cosas no son tan desoladas ni tristes cuando se las considera como parte de un presente que es más importante que el más brillante futuro del mundo.

FIN



La TAPERA de "MANDINGA"

Un cuento campero de HORACIO VARELA

La mala fama cae a veces sobre personas que no la merecen, como ocurre asimismo con la buena, y esas almas que todos rechazan, atribuyéndoles hasta pactos con el diablo, no son más que seres desdichados que esconden un corazón lleno de bondad que ninguno reconoce.

HABIASE encapotado el cielo y el atardecer inesperado se volcó de golpe sobre los campos. El viento que se levantó de pronto, elevando remolinos de polvo en el camino real, agitaba los inmensos alfalfares, cuyo verde oleaje iba a quebrarse al pie de los alambrados.

Al galope de la petisa, Leonor se afanaba por llegar cuanto antes "a las casas" y hacía sonar la lonja del rebenque sobre el anca sudorosa del animal. Eran ya cerca de las seis y ella había dejado la estancia en seguida del almuerzo para ir al pueblo a retirar del Correo varios periódicos. Pero... las amistades del pueblo la habían retenido. Y ahora, de regreso, Leonor pensaba en las advertencias de don Ricardo, su padre, que le había augurado una mala vuelta, con lluvia y viento, si no se acercaba "a las casas antes de la oración".



—¡Zorra!... ¡Tisst!... ¡Tisst!... ¡Zorra!...

La yegua resoplaba el cansancio de su galope forzado. La noche se alargaba sobre los campos y a lo lejos comenzó a dejarse oír el seco y entrecortado redoble de los primeros truenos. La tormenta se venía encima. Y el viento traía ya un leve y voluptuoso olor a tierra mojada.

—¡Zorra!...

Acostumbrada a pasar largas temporadas en la estancia de su padre, Leonor se había familiarizado con la soledad embrujada de los campos, creía no conocer el miedo y se consideraba capaz de salvar los más difíciles obstáculos.

Conocía palmo a palmo el camino tantas veces recorrido. Pero, sin embargo, cuando la obscuridad de la noche comenzó a envolverla y a desdibujar los postes telegráficos, los árboles y la línea del camino, Leonor se sintió poseída de un temor repentino que le hacía volver de tanto en tanto la cabeza, como si presintiera la proximidad de un enemigo invisible.

A pesar de los golpes del rebenque, la "Zorra" no aumentaba la rapidez de su marcha y a Leonor le parecía estar galopando siempre en el mismo sitio. Los relámpagos se hicieron más continuos y la lluvia, al fin, se descargó rápida y furiosa como granizada.

—¡Zorra!... ¡Tisst!...

Al pasar junto a un tronco de árbol caído, el animal dió una espantada y a Leonor le corrió un escalofrío por todo el cuerpo. El miedo que se esforzaba por alejar de sí, lo sintió en esos instantes con una opresión de angustia. El agua le corría por las sienes, le entraba por los oídos como una hilacha helada que se le escurría por el descote y la espalda.

La yegua parecía que iba perdiendo fuerzas en aquel galope forzado. Y, en su aflicción y en su miedo, Leonor pensaba en lo que ocurriría allá, en la estancia. Angustiado por la espera, era seguro que su padre hubiese ya enviado los peones a buscarla, o que tal vez él mismo estuviera ya corriendo en su malacara por el camino real para llegar en su auxilio.

—¡Eh!... ¡Zorra!.. ¡Eh!...

La montura resbaló y Leonor apenas tuvo tiempo de detener el animal y caer de un salto sobre el fango reciente del camino.

—¡Quieta, "Zorra"!... ¡Quieta!...

En medio de la obscuridad alcanzó a tantear la montura que se había resbalado hasta la panza del animal. Pero, en ese instante y a la claridad de un relámpago, algo horrible apareció ante los ojos de la muchacha.

—¡Ah!...

Fué un grito agudo, espantoso, un alarido de terror. Los ojos de Leonor descubrieron allí, detrás de la yegua, un bulto alto, obscuro, que se movía. Sus manos se aflojaron y se desplomó desvanecida sobre el barro. La tenue luz de una linterna de mano blanqueó el rostro de la muchacha. Era un hombre encorvado, más bien alto, de barba canosa, envuelto en un poncho negro. Bajo el chambergo que destilaba agua, brillaron unos ojos feroces y sanguinolentos.

El hombre dejó la linterna sobre el barro y durante breves segundos observó a la muchacha desvanecida. Luego, con la linterna colgada en el brazo, levantó a Leonor, la colocó atravesada sobre el lomo de la yegua, tomó a ésta por las riendas y echó a caminar bajo la lluvia, pegadito al alambrado...

El hombre avivó los tizones del ruinoso fogón y una débil claridad pobló de fantásticas sombras las paredes del rancho. La muchacha había vuelto en sí. Sentada sobre unas jergas viejas, con las ropas llenas de lodo, temblaba sin animarse a pronunciar palabra y tenía los ojos abiertos, en una expresión de espanto, fijos en el hombre que la miraba en silencio.



El viento y los truenos habían cesado. Sólo la lluvia seguía cayendo y producía un redoble uniforme y monótono sobre el techo del rancho. El hombre, aún con el poncho puesto y que

(Continúa en la página 55)

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

El provecho del amamantamiento

A fin de ilustrar a las muchas madres que nos interrogan a propósito de los procesos del amamantamiento de los niños, reproducimos uno de los capítulos de "El libro de las madres", consagrado a la lactancia materna, cuya lectura puede resultarles de mucho provecho.

"Los elementos de juicio que permiten darse cuenta del provecho con que el amamantamiento se realiza son: el estado general del niño, la manera cómo se opera la digestión (especialmente los caracteres de las deposiciones) y el peso.

"Parece inútil describir detenidamente los caracteres principales de un niño bien alimentado, puesto que todas las madres los conocen; no está de más, sin embargo, que los recordemos: tiene las carnes firmes, el tinte rosado, la piel elástica y suave, la mirada alegre y viva, mama con avidez y queda después dormido o, por lo menos, tranquilo.

"La digestión del niño sano se opera sin transtorno alguno perceptible: el hipo es el único accidente frecuente, sobre cuya significación se ha discutido mucho sin que haya nada demostrado. El hecho es que se observa con mucha frecuencia en niños contentos y gordos, que crecen perfectamente; no hay, por consiguiente, que preocuparse de él.

"Los eructos son frecuentes y normales.

"La regurgitación, llamada a veces impropiamente vómito, es casi siempre debida a que el niño ha tomado una cantidad demasiado grande de leche; momentos después de haber concluído de mamar, sea que esté quieto o que jecute o se le haga ejecutar algún movimiento, devuelve un poco de leche sin el menor esfuerzo y sin que el alimento haya sufrido modificación alguna. En esas condiciones, la regurgitación es un fenómeno útil más bien, y se realiza fácilmente, porque a esa edad el estómago es muy pequeño, su posición es casi vertical y su abertura está casi en el eje del esófago.

"A cualquier movimiento, pues, y aun sin esto, cuando el alimento es en cantidad exagerada, la leche vuelve a salir sin haber tenido tiempo de empezar a modificarse. De ahí la conveniencia de dejar al niño acostado y quieto después de mamar, sin mecerlo ni hamacarlo.

"De todos modos, la regurgitación habitual, después de todas las veces en que el niño mama, es señal de que toma demasiado alimento y de que debe disminuirse el número de minutos que mama. Si esta reducción tarda en hacerse, pueden sobrevenir, del mismo modo que cuando se da el pecho muy a menudo, verdaderos vómitos (de leche medio coagulada) y diarreas más o menos duraderas.

"Hay casos en que, sin exceso o desarreglo alguno, los vómitos constantes o muy frecuentes de leche, dependen de una afección que existe desde el nacimiento, y consiste en una estrechez del orificio inferior del estómago, enfermedad muy rara por otra parte. En tales casos suele haber también sequedad de vientre (constipación) y falta de progreso en el peso, todo lo cual debe llamar la atención y determinar la consulta de médico competente.

"Sucede otras veces que, en seguida de mamar o un rato después, el niño llora con más o menos fuerza y persistencia. La causa de estos gritos puede ser , o insuficiencia de la leche materna y hambre por esa causa, o malas digestiones con dolores intestinales o cólicos.

Es por cierto muy importante saber si los llantos continuos o muy frecuentes y el poco sueño del niño se deben a que la leche que mama es escasa. Para estar seguro es preciso pesarlo antes y después de mamar, con una balanza exacta.

"Damos a continuación un cuadro de la cantidad de leche que toma, por término medio, un niño de las edades indicadas:

Edad del niño	Gramos que toma cada vez	Gramos que toma por día
1 día	3 a 4	20 a 30
2 días	5 a 10	50 a 100
3 a 8 días	20 a 40	120 a 200
2ª, 3ª y 4ª semanas	40 a 80	200 a 250
2º mes	70 a 120	500 a 600
3er. "	90 a 130	680 a 700
4º "	100 a 140	750 a 800
5º y siguientes hasta el 10º	120 a 175	800 a 1.000

EL CAFE COMO DESINFECTANTE

Aunque no está muy difundido el procedimiento, el empleo del café tostado como desinfectante es de resultados maravillosos. Se considera como uno de los más eficaces medios para combatir toda suerte de olores pútridos, ya sean provenientes de vegetales o de animales.

Mediante el humo del café tostado puede usted desterrar de su casa las emanaciones malsanas, cualquiera que sea su origen.

Y ya que hablamos de la conveniencia del café como desinfectante, vamos a destallarle otros usos prácticos: espolvoreando con café una pieza de caza reciente, ésta puede conservarse por espacio de muchos días sin descomponerse. Este medio se recomienda, naturalmente, a las personas del campo que envíen aves muertas a sus amigos de la ciudad.

También se recomiendan las fumigaciones de café en las habitaciones donde hay enfermos. Se dice que suelen resultar mucho más eficaces que las de ácido sulfuroso o cloro, y que, además, tienen la ventaja de que no son desagradables al olfato.

Cdo. a "Vilelense", de Vilela.

EL CUIDADO DE LA BOCA ES FUENTE DE SALUD Y LONGEVIDAD.

EL PAN COMO ALIMENTO

A su pergunta, sobre este particular, debemos responder que el pan, en general, es bueno como alimento; pero que la miga tiene, desde luego, mucho menos valor alimenticio que la corteza. Esta apenas contiene un diez y siete por ciento de agua, mientras que aquélla tiene alrededor del cuarenta y cuatro por ciento. A su nene ya puede darle algunas cortezas de pan para chupar, procurando que no sean muy cocidas, pues podrían lastimarle la boquita.

Cdo. a "Encarnación M.", de capital.

✣ ✣ ✣

CONTRA LAS MORDEDURAS DE LAS HORMIGAS

El caso de su niño, que ha sido mordido despiadadamente por las hormigas, es, desgraciadamente, uno de los más frecuentes. Cuando vuelva a ocurrirle, debe usted darle en los lugares de las picaduras fricciones de agua de Colonia o de alcohol alcanforado. Esto le calmará inmediatamente el dolor. También el amoníaco, empleado en la misma forma, produce excelentes resultados.

Cdo. a "P. P. L.", de Ascochinga.

✣ ✣ ✣

EL ESTREÑIMIENTO

Uno de los métodos más eficaces para combatir al estreñimiento es el de tomar en ayunas compota de ciruelas, y repetir las compotas, de cualquier clase de fruta especial para el caso, como postre después de las comidas. Sus resultados son, generalmente, positivos.

Cdo. a "Ita Ibita", de Corrientes.

CONTRA LA TRANSPIRACION

Con la llegada de los grandes calores muchas son, en efecto, las personas que sufren la molestia de la transpiración, sobre todo en las axilas, lo que trae como consecuencia esas feas manchas en los vestidos claros.

Para combatirla no se requieren específicos costosos, sino que se puede preparar en casa la siguiente receta, por cierto eficaz:

Acido bórico	100 gramos
Talco	100 "
Alumbre	5 "

Todo esto, bien mezclado y pulverizado, puede perfumarse a gusto y aplicarse en las partes que sufren la transpiración.

Cdo. a "Joyita", de Goya.

✣ ✣ ✣

LA SUPURACION DE LOS OIDOS

Cuando los oídos expelen un flujo purulento, causado generalmente por la otitis, debe procederse a tratarlos con una solución saturada de ácido bórico. Si a pesar de las curaciones persiste la supuración, entonces no queda más recurso que acudir a un especialista en enfermedades de los oídos.

Cdo. a "Virginia E.", de Lanús.

EN LA HABITACION DE UN NIÑO SOLO DEBE HABER LUZ DE SOL Y AIRE EN ABUNDANCIA.

VENDAJES

He aquí cómo debe procederse en todos los casos:

1º Se dan dos o tres vueltas, al empezar a vendar, para que el cabo de la venda quede bien sujeto.

2º Si el miembro que se venda es de grosor desigual, se dan diversas vueltas a la venda, para que quede bien ajustada.

3º Cada vuelta de venda debe cubrir la mitad o cuando menos la tercera parte de la vuelta anterior.

4º Todo vendaje que produzca hinchazón o adormecimiento de la región inmediata a la vendada, así como el que cause dolor, debe deshacerse en seguida, para colocarlo de nuevo procurando evitar dichos accidentes.

5º Se ha de empezar a vendar los miembros por los extremos para que la venda no sea un obstáculo a la circulación de la sangre.

6º Cuídese de no apretar más unas vueltas que otras, para evitar inflamaciones que podrían ocasionar graves complicaciones. Un vendaje muy apretado interrumpe la circulación, al paso que un vendaje muy flojo no cumple su objeto.

✣ ✣ ✣

LAS COSQUILLAS

Es frecuente en muchas personas hacer cosquillas a los niños de corta edad por el placer de verlos reír. No debe usted permitirlo, ni hacerlo con el suyo, pues es perjudicial para el sistema nervioso del niño.

Cdo. a "Grenita", de Cañuelas.

Señora: en sus manos está la salud y la felicidad de sus hijos

EL RAYITO DE LUNA

(Continuación de la página 40)

yito de luna; sin miedo ni titubeos, iba recto de los rubios cabellos a la blanca frente, y de la blanca frente a los azules ojos. Los rojos labios, mientras tanto, sonreían, pero el *rayito de luna* los respetaba siempre.

Y así la princesa, huérfana de amor y de ilusiones, quedó enamorada, perdidamente enamorada del *rayo de luna*, que a su vez amaba a la princesa con verdadera locura.

Como ella no dormía por las noches y apenas si lo hacía durante el día, llegó a enfermar seriamente y puso a los palaciegos en verdadero cuidado. Sus mejillas, que fueron de rosa, se convirtieron en pálido lirio; la boca, fresca y graciosa dejó de sonreír, y el talle, erguido y arrogante, se inclinó con melancolía.

Poniendo en juego su ciencia, se reunieron los más sabios y afamados doctores, que, con la mejor voluntad del mundo, le mandaron las más diversas cosas: reposo absoluto, largos paseos y gimnasia, duchas frías, baños calientes... ¡Pobre princesa! Cuando su vida corrió un peligro verdaderamente serio fué después de la consulta.

¿Y qué sucedió? Pues lo lógico, lo que era natural que sucediera: que obró un milagro el amor. Porqué habéis de saber que el amor, si es verdadero, leal y profundo, acorta las distancias, endulza las amarguras, deshace los encantamientos y... hasta obra milagros, ya lo veis.

Una noche, la princesa, al sentirse acariciada, murmuró con dulzura:

—¡Cuánto te quiero, *rayito de luna!*...

Y en el mismo instante él rayo de luna quedó convertido en un hermoso doncel, vestido de plata, que, arrodillándose amoroso, contestó:

—Yo también te amo, gentil princesa, y te doy las gracias por haberme vuelto a mi primitiva forma. Estaba encantado desde hacía mucho tiempo, y únicamente un amor leal podía libertarme; un amor como el tuyo, que solamente al mío se puede comparar.

Y la princesa y el príncipe se casaron, y fueron tan felices, que aventajaron en felicidad a todos los príncipes de los cuentos.

LA TAPERA DE "MANDINGA"

(Continuación de la página 53)

goteaba por los flecos, dió algunos pasos por el rancho, mirando de soslayo a la muchacha, que en vano trataba de ocultar ese temblor de miedo que estremecía sus miembros.

En todo el pago lo conocían con el nombre del "Viejo Mandinga". Cuando pasaban frente a su tapera, los paisanos se persignaban en un temor casi instintivo. Hacía más de veinte años que sobre el "Viejo Mandinga" corría una leyenda de brujería y de muerte. La gente aseguraba que el viejo tenía tratos directos con el diablo y que cuando se acercaba al rancho de un cristiano era para dejarle "el mal" o anunciarle la muerte. Se decía que el hombre se alimentaba de alimañas y de yuyos venenosos, y que sólo salía de noche para conversar con las almas de los que él había "hecho finados". Sin embargo, los paisanos más antiguos del pago afirmaban que "Mandinga" habíase vuelto loco y endemoniado un invierno en que la única hija que tenía se había ahogado en un jagüel.

—¿Tiene miedo, niñita?

La voz ronca del viejo tuvo un eco lúgubre y prolongado. Leonor no contestó. Sus labios parecían paralizados. Temblando, continuaba mirando al hombre con el terror estereotipado en sus pupilas.

—¡Ah!... Yo sentí el galope'e la yegua, ¿sabe, niñita?, y pensé que alguien, con la lluvia, andaría buscando un aujero ande pasar la noche... Lo que son las cosas, ¿no, niña?... y entonces la vide a usé, tiradita allí entre el barro... Por eso la traje pa quí..., pa evitarle un daño. ¿Me compriende?

Sonrió el hombre con una mueca trágica. A la luz del fogón, los ojos le brillaron en una expresión siniestra. Con la garganta anudada por la angustia, Leonor, en un último esfuerzo de salvación, se levantó y rápidamente avanzó hasta la puerta. El la detuvo con un ademán, impidiéndole la salida.

—¿Ande va, niñita?... ¿No ve que hay lluvia pa rato?... ¿De qué tiene miedo? Si yo juera un gaucho malo, ya la hubiera matao..., o por lo menos...

— Y sonriendo con mala intención, cruzó por sus ojos un relámpago de odio. Con desgano se despojó del poncho y se plantó frente a la muchacha, que, recostada en la pared de adobe, temblaba sin animarse a despegar los labios.

—Si yo juera un gaucho hereje... ¡Hum! — silabeó como una amenaza, y con la mano callosa acarició violentamente la húmeda cabeza de la chiquilla, que lo miraba como petrificada en su espanto.

Luego caminó algunos pasos, arrastrando las botas, con la cabeza gacha, como si meditara. Se sentó al borde del catre, y con los ojos entreabiertos, fijos en las débiles llamas del fogón, dejó correr así una larga pausa.

La lluvia seguía su canto monótono sobre el techo del rancho. El hombre acarició la lona rotosa y deshilachada del catre, y sin levantar la vista, comenzó a hablar muy bajo, como para sí mismo:

— Usté, niñita..., debe ser leída y estruída, y no va a creer así nomá lo que dicen del "Viejo Mandinga", ¿no es cierto?... Es mala la gente, niñita... Por eso yo vivo solo aquí, sin ver a naides..., porque tengo asco'e los hombres...

Hizo una pausa, y luego prosiguió, siempre en voz baja:

—¿Ve este catrecito, niña?... Era de ella, aquí dormía ella, mi hijita... Era linda ella, má linda que usté..., ¿sabe? Era linda y güena como había sido la finada madre... Pero un día me ganó el rancho un hombre, un hombre de la ciudá... ¡Usté no sabe, niña!... El hombre vido a mi gauchita y la mareó con sus palabras, como las víboras con sus silbidos a los chingolos... Ella era inocente y güena, como una santa, ¡se lo juro!, y tanto el hombre hizo, que un día me la llevó por la loma... ¡Usté no sabe!... ¡Hum! Yo me quedé solo, porque m'hijita era lo único que yo tenía, porque ella era todo pa mí... Yo no quería enllenarme 'e sangre..., y un día juí a pedírsela, a decirle que me la devolviera... El tenía nombre, dinero, era un señor y le sobraban las mujeres... En cambio, yo..., yo no tenía otro tesoro que mi gauchita... Pero él, ¿sabe, niña?, él se me riyó en la cara y me hizo echar a rebencazos como a los perros linyeras... Dispués, me livantó la calunia, y pa que naides me criyera, anduvo diciendo que yo estaba imbrujado, que tenía el malo, que llevaba la peste ande me arrimaba... Entonces yo me vi solo, todos me juían y mi

(Continúa en la página 59).

SIMPLEZA de LINEAS y ALEGRES



1.—Vestidito de fiesta, en crêpe de China azul pálido. Falda a volados. Adornos de pliegues finos. Moño atrás.

2.—Modelo en crêpe georgette rosa. Como adorno unos botones en la pechera y sesgos en la orla de la pollera, las mangas y el cuello.

3.—Vestido de fiesta, en georgette limón, con plisados. Flor azul en el pecho.

4.—En taffetas rosa es este modelito. Finos pliegues simulan el cinturón. La pelerina y el bajo de la pollera están recortados en dientes.

5.—Modelo en crêpe de China blanco. Adornos compuestos por sesgos y motas azules.

6.—Muy elegante es este vestido en seda beige. Manguitas acampanadas. Como adornos, dientes y pliegues.

7.—Muy flou es este modelito en crêpe de China blanco, con motivos florales. Volados y pelerina terminados en tul.

8.—En taffetas azul es este vestido de fiesta. Está adornado de fruncidos, y sesgos, y lleva una rosa en el pecho.

COLORES para la elegancia INFANTIL



9.— También en crêpe de China azul es este otro vestidito. La pelerina y la parte baja de la falda son finamente plisadas y aplicadas a la parte dentada del modelo.

10.— Modelito sin mangas, en taffetas amarillo. Plisados. Moño en el cuello.

11.— También en seda amarilla es este vestido. Pollera formada por volados. Cinturón y gran moño azul.

12.— Trajecito de baile, en crêpe georgette blanco. Volados y cuello berta en encaje. Rosas como adorno. Y cinturón de cinta de este mismo color.

13.— Modelito de fiesta, en georgette blanco. Bordados. La pelerina y la falda recortadas en dientes.

14.— Lindo vestidito en crêpe de seda naranja. El canesú muy fruncido.

15.— En gasa rosa es este precioso vestido de fiesta. Plisados. Cinturón en cinta, de un tono algo más subido. El modelo puede hacerse también en organdina.

16.— Modelo chic, en crêpe de China florido. La pelerina y la pollera terminadas en dientes, ribeteados con plisaditos.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

DANIELA (Lanús Sud). — La sopa de espinacas no es un plato común, si a su esposo le gusta esa verdura y a la vez, en sopa, puede preparársela como sigue: Se cuecen en caldo durante veinte minutos una docena de espinacas bien limpias, acompañadas de un ramo de perejul. Se pasan después por un tamiz. Se añaden tres cucharadas de harina tostada en dos de manteca, sal, pimienta, una cucharada de azúcar y se cuecen más o menos cinco minutos. Se sirve con trozos de pan frito, después de habérsele añadido una yema de huevo batido.

●●

MARINO (Villa María). — Diríjase al jefe de estudios de la Escuela de Mecánicos de la Armada, calle Blandengues 4291.

●●

CELINA. — Si usted quiere dejar como nuevas esas muñecas de celuloide, deberá limpiarlas previamente con bastante jabón y agua, y pasarle luego un trapo empapado en alcohol alcanforado, con lo cual desaparecerán las manchas.

●●



UNO DEL BARRIO. — Está equivocado. El escudo nacional fué sancionado por la Asamblea Constituyente del año 1813.

●●

ALI BEY. — El calendario mahometano, es lunar. Su "curiosa" amiga tiene razón, y nos sorprende que usted lo ignore, a menos que su seudónimo no corresponda a la nacionalidad que quiere enunciar. El día para los mahometanos comienza, efectivamente, a la puesta del sol. El nombre de los meses es el siguiente, en el orden que se suceden: Moháram, Sáfar, Rebí 1º, Rebí 2º, Djumádá 1º, Djumádá 2º, Rádjab, Schaabán, Ramadán, Schaual, Dzul-quida y Dzul-hidj-dja. Este último dura veintinueve o treinta días.

●●

MARINA. — El autor de la historieta de Mocito y Palomina, que se publica en "El Mundo", es G. G. Drayton. Correspondería decir la autora, porque es mujer, como usted pregunta.

●●

Lector de "Mundo Argentino". Santa Fe. — El vasco y el catalán son idiomas.

Arnaldo Beltrame. — Lea la respuesta dedicada a "Marino. Villa María", en este mismo número.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

Lector de Conversando con los lectores. — Muchas gracias por sus consideraciones acerca de esta sección. Los geysers del parque de Yellowstone, en Norte América, son los más notables que se conocen en todo el mundo. Su número alcanza a 84, y el de las fuentes termales a 4.000 aproximadamente. He aquí lo que dice de los mismos, Frech, en su Geología: "Lo que más caracteriza a estos geysers de Yellowstone es su extraordinaria variedad. Existen todas las



gradaciones, todos los tamaños, desde gigantes como el "Giant", cuyas efusiones realizan en un plazo de muchos días y que proyecta inmensas cantidades de agua a 85 metros de altura, hasta geysers enanos que cada minuto emiten un chorro del grueso de un dedo. De todos, el más hermoso conocido es el "Old Feithful", el "Fiel Veterano", que emite sus columnas de agua cada sesenta y cinco minutos a una altura de cincuenta metros. Los mayores son el "Giant" (El gigante) y "La Giganta".

LINA S. de T. — En otra ocasión nos hemos referido ya a lo contraproducente que resulta castigar a las craturas "por cualquier pavada" usando un término exacto, para el caso. Ensaye otros métodos más adecuados al amor y a la comprensión maternal y obtendrá mejores frutos que los que le han inducido a escribirnos. Observe al niño, sin retarlo, hágale comprender las consecuencias que podrá tener su desobediencia, atráigalo por el cariño, sea indulgente y deje la excesiva severidad para los casos extremos. Claro está, que es éste un método que exige mucha paciencia. Tendrá usted que ceder muchas veces antes que su hijo ceda, pero al fin y al cabo, es natural que ocurra así, pues se trata nada menos que de enderezar un arbolito que ya está torcido...

●●

MUCHAS GRACIAS. — La preparación de huevos en salsa verde es la siguiente: Fríase en manteca un poco de cebolla picada, agreguésele una cucharada de harina y una copa de vino blanco, cuando la cebolla esté ya dorada, todo mezclado con agua, sal y una cucharada de perejil picado. Se deja hervir por diez minutos y se le echan seis huevos duros partidos en mitades.

●●

CARMENCITA. — La India Inglesa tiene 320 millones de habitantes, en cifras redondas, y una superficie de 4.677.079 kilómetros cuadrados. La rupia al cambio normal equivale a 0.33 centavos de nuestra moneda.

●●

ROSARINO. — La piedra fundamental del monumento a Bernardino Rivadavia, en Rosario, se encuentra en las calles Oroño y Córdoba.

EL ARTE DE CONTESTAR

Turista. — El verdadero nombre del museo de las Termas, de Roma, es "Museo Nazionale Romano delle Terme Diocleziane". Fué fundado en el año 188[illegible]

●●

"ASPIRANTE". — Parece ser que la fundación de un Colegio Nacional Militar, en el antiguo edificio del colegio nacional Carlos Pellegrini, de Pilar, no ha pasado, por el momento, de un proyecto. Tenemos, entendido que se trata de organizar, allí un establecimiento de enseñanza que participe de la organización de los nacionales y escuelas de artes y oficios. Diríjase, para más amplios informes, al Inspector de Enseñanza Secundaria y Especial, señor Manuel Alier, en la Inspección, que funciona en el antiguo cabildo, frente a la Plaza de Mayo.

●●

JUAN CARLOS G. — El conocido dibujante Oscar Soldati y el joven actor del mismo nombre son dos personas distintas.

●●



Recitadora. — El poeta Enrique Banchs ha publicado las siguientes obras: "Las Barcas", "El libro de los elogios", "El Cascabel del Halcón" y "La Urna". La hemos enunciado por su orden de aparición en el mundo de las letras.

●●

Juan Pérez. — Debe decirse "Se alquilan departamentos". De antiguo data la controversia al respecto, pero indudablemente, la frase: "Se alquila departamentos" es defectuosa, al menos desde el punto de vista puramente gramatical.

●●

ESMERALDA. — Esquel es un pueblo del territorio nacional del Chubut. Está enclavado en plena cordillera en Colonia 16 de Octubre. Es un punto muy pintoresco. De Trelew a Esquel no hay aún ferrocarril. La vía sólo llega hasta Las Plumas, población que está a cerca de trescientos kilómetros de la costa. De allí a Esquel, hay que hacer el camino en automóvil, por la huella que abren los carros, pues los caminos no existen.

●●

LERIDA. — Puede usted hacer un excelente vinagre casero echando en una damajuana los restos de vino, cerveza, y las cáscaras de frutas que se consuman en su casa. Deje la damajuana destapada y al sol. Bastan ocho días para que el vinagre sea excelente. Al servir, cuide de no sacudir la damajuana.

DOS HOMBRES...

(Continuación de la página 38)

La joven guardaba silencio. Sintió un alivio inefable, ya que estas últimas palabras le daban la seguridad de que no tenía que temer ninguna infamia de parte de él.

—Estoy muy satisfecho por haberme encontrado contigo. Ya sabía yo que no tardaría en amansarte, pues todo lo que llevo dicho es la encarnación de la verdad, y tú bien lo sabes.

—Para decir la verdad, no es menester decir ruindades — dijo quedamente la joven.

—Ni las he rozado; es tu mente que las refleja de esa manera, porque tú no eres capaz de ver las cosas con sencillez y en su aspecto real. Todo lo ves desde el ángulo de mira de tu virtud..., remojada. Tienes que dejar de lado tus nociones de "moral y amoral", "puro y animal", y pronto verás el sesgo que tomarán tus relaciones con los hombres y los beneficios que te rendirán... ¡Oh, ya estamos en los aledaños de Moscú!

El militar se levantó y salió al pasillo. La muchacha también se levantó de su sitio, empaquetó la almohada y la colcha, sacó la valija y luego se acercó a a ventana, contemplando las radiantes luces de las fábricas suburbanas. Instintivamente acercó la palma de su mano a las mejillas, como si quisiera cerciorarse del estado de su temperatura.

Abrióse la puerta y entró el militar. La joven se quedó en su sitio. Su compañero bajó el baúl. lo puso en el suelo. Sintió que, de súbito, dos robustas manos asieron su cabeza con fuerza y ternura, estampando en sus labios un sonoro e inesperado beso.

—Creo que mi dirección no la necesitas. ¡Adiós! — pronunció riendo el militar, y, sin darle tiempo de salir de su asombro e indignación para poder gritar o insultarle, saltó al andén y desapareció.

También ella se apeó, tomó un coche y se dirigió a la ciudad.

—¡Qué torpe he sido! Ni siquiera lo he insultado, como se lo merecía... Me quedé alelada, demostrando que no soy más que una criatura.

Pasó maquinalmente su mano por los labios, mirando inmóvil, con ojos ausentes, las casas, las esquinas y las rejas que desfilaban ante ella.

No podía, al parecer, explicarse lo sucedido. Un descarado. desconocido por más señas, le había infligido un grave ultraje, y ella no supo defender su dignidad.

Y no había nada qué hacer...

Pero, ¿acaso?... ¿Acaso nunca más lo encontraría?

Pálido y arrinconado quedó el recuerdo del gentil estudiante. La joven sacó automáticamente el papelito con la dirección del simpático muchacho y lo tiró en la nieve...

FIN

EL ARTE DE...

(Continuación de la página 20)

que la mano alegremente extendida a nuestra llegada como asimismo el prolongado mirar que acompaña las despedidas, no son más que los aspectos convencionales de una simpatía que agoniza. Es recién entonces cuando todo se avalúa, se escruta, se compara y se recuerda. Vemos que el rostro amado se desvía ligeramente cuando pretendemos besar sus labios y esos labios abandonan prestos los nuestros cada vez que esto es posible hacerlo sin ofensa. El menor gesto familiar incomoda, desarregla la ropa, altera la línea, mientras añoramos los días en que no había traje que no fuese jubilosamente arrugado en el olvido de un abrazo. A partir de ese momento, cada gesto de ternura, cada palabra, traiciona un exceso de amor, y porque se ha perdido terreno, cada día se pierde más.

¡Desdichado aquel que ha dejado escapar de sus manos, antes de tiempo, la hormiga alada! Se arrodillará en vano para buscar las huellas de sus menudas patas o correrá como un loco para perseguir en el aire al pequeño ser de caprichoso vuelo.

¡Desdichado aquel que atribuye a sus propias faltas la pérdida del amor! Recordará con amargura sus actitudes, sus palabras, repetirá mil veces las frases sugestivas que debió pronunciar y de cuyo valor seductivo se ha dado cuenta demasiado tarde.

Después quedará hipnotizado por una visión precisa y cruel. Los momentos más felices pasados con su novia revivirán en su espíritu con extraordinario vigor. Evocará los gestos de abandono, los transportes amorosos cuyo encanto no supo apreciar debidamente en el momento, así como el hombre que ha tenido un lujoso departamento sólo se da cuenta cuando lo ha perdido del lujo y la alegría que gozaba mientras lo habitaba. Tal o cual caricia que, cuando fué acordada, sólo era una simple moneda de la ternura en el recuerdo se transforma en maravillosa riqueza.

El más grande dolor del amor, nace con el sentimiento de la felicidad perdida.

FIN

Las Aventuras de CHOCHA







LA TAPERA DE...

(Continuación de la página 55)

rancho se me vino abajo... Dispués, ¡hum!..., dispués el hombre se cansó de ella, de la pobrecita, y la largó como se largan pal campo los mancarrones bichocos... Mi gauchita era güena, pero tuvo vergüenza 'e volver a este rancho, y una noche, ¿sabe?, una noche que llovía así como áhura..., vino y se tiró al jagüel...

La lluvia seguía tamborileando sobre el techo del rancho.

El hombre había hablado con voz ronca y pausada, sin levantar la cabeza del suelo. Al terminar, miró fijamente a Leonor.

— Aquel hombre, ¿sabe, niñita?, aquel hombre ¡era su padre!

La muchacha tuvo un estremecimiento de sorpresa. Pero es ese mismo instante oyóse fuera el chapotear en el fango de varias cabalgaduras.

—¡Papá!... ¡Papito! — gritó Leonor con todas sus fuerzas, presintiendo la salvación.

El "Viejo Mandinga" entreabrió la puerta y observó fuera. Luego se volvió a la muchacha:

—¡Vaya nomás! — le dijo. — El hombre viene a buscarla... Dígale a su tata que la pude haber matao pa cobrarme... Dígale que el "Viejo Mandinga" es má noble que él, ¡porque le ha perdonao la vida!...

FIN

"CARDENAL"

(Continuación de la página ?)

Ardrada y "Cardenal" percibieron a un tiempo el detalle y cruzaron, en silencio, una mirada de inteligencia. Escucharon también. Al medio minuto, el viejo observó en voz baja:

—Han de ser ocho u diez. Y cuasi todos con botas. Chapalean demá ene'lestero...

La extraordinaria sensibilidad del oído del viejo veterano del bosque y la soledad isleña, había advertido sin esfuerzo y a distancia quizá de muchos cientos de metros, la presencia de un grupo de hombres, que avanzaban orillando malezas, riachos y ciénagas.

—¿Qué opinás vos? — preguntó a continuación.

"Cardenal" asintió sin hablar y con el ceño fruncido. Ajustándose el cinturón de cuero crudo y hebilla de hierro, entró al rancho. Salió en seguida. Tenía el fusil en la izquierda y la cartuchera entre pecho y espalda. Con la derecha tironeó de ambos lados su gorra vasca colorada para asegurarla bien. Luego se aproximó al dueño del rancho y le tendió la mano.

—¡Adiós, viejo! Y... gracia por todo.

—Hasta la vista, m'hijo. ¡Y... que Dios le ayude!

Espantando los perros que quisieron seguirle, "Cardenal" caminó hacia el fondo del abra. Instantes después se perdía en la espesura.

Gumo Andrada quedó solo y también algo triste. Si la gente que venía era de la policía, él no tenía por qué inquietarse. Hacía treinta años que estaba en las islas. ¿Quién iba a recordarlo ahora y recordar su *hecho* de Goya, cuando le *pegó* catorce puñaladitas a un paisano por una trampa en el juego? Nadie, es claro.

Pronto el rancho estuvo invadido por una docena de hombres. Eran, en efecto, de una *partida* policial. Buscaban, *especialmente*, a Rosendo Gauna, alias "Cardenal". Los acompañaba un baqueano: el "Tuerto Macario". Y éste traía tres auxiliares: sus tres perros grandes y rastreadores como pocos. Uno de los de la *partida*, el jefe tal vez, indagó al viejo:

—¿Había aquí otro hombre?

—Sí, don; un lindo mozo — respondió el interpelado.

—¿Lindo, eh?... ¡Ladrón y asesino de mujeres!

—¿Vean, no? ¡Quién lu'iba a pensar!

—¿Pa dónde fué? — insistió el policía.

— Lu inoro, don... Quizá pa la confitería... ¡Era mui goloso el paisano!... — subrayó el viejo Ardrada, mirando de soslayo al "Tuerto Macario".

Uno de los perros de este último, que había andado olfateando dentro del rancho, salió de repente y enderezó corriendo y ladrando hacia el matorral. Había encontrado el rastro del prófugo. Sus dos compañeros lo siguieron. A su vez, el "Tuerto Macario" y los hombres de la partida hicieron lo mismo. ¡La caza del hombre, comenzaba una vez más en esas tierras sin Dios!...

A poco de iniciada la persecución, los representantes de la ley se dividieron en dos bandos, para hacer más eficaz la batida. El "Tuerto Macario" era de todos el que más se acercaba a los perros que corrían, saltando charcos y mogotes, en la delantera.

Hubo un momento en que el perseguido fué avistado, al cruzar un riacho. Una descarga simultánea de cinco winchesters, atronó el espacio y repercutió en la fronda. Las balas picaron y rebotaron en las aguas del riacho, a poca distancia de la cabeza de "Cardenal". Volvió a perderse éste. El rastro, sin embargo, no era borrado y los perros lo seguían con tenacidad. Iba en dirección al Sur. Malo para el prófugo. Por ese lado, al final, el enorme arabesco de bosque y agua de Curuzú-Chalí se cortaba en un islote plano, con una laguna en el centro y rodeado por el río ancho en su totalidad.

Cuando pasaba un estero, el grupo que encabezaba el "Tuerto Macario" quedó reducido a cuatro hombres. Desde un timbó corpulento, alumbró un fogonazo y detonó un fusil. Era el de "Cardenal" que intentaba contener el avance de sus perseguidores. Hizo blanco en el pecho de uno de ellos. Estos a un tiempo hicieron fuego. La espesura fué peinada varias veces por cuatro dientes raudos de plomo. Nada más, por el momento.

El rastro, según el movimiento de los perros, hacía ahora ziszás endemoniados. Los hombres de la *partida* resolvieron *abrirse y avanzar en guerrilla*, para abarcar mayor extensión del terreno que batían. La noche había transcurrido y después de ella la mañana.

Los invasores de Curuzú-Chalí no desmerecían en rudeza y aguante de los recios pobladores de las islas. La tenacidad rencorosa del "Tuerto Macario" los estimulaba a no desmayar. Nadie habló ni pensó en hacer alto. Nueve contra uno, seguían abriendo a manotones o a zarpazos, la maraña verde y diabólica. Llegó la noche siguiente. El aire se había enrarecido y parecía pesar más sobre los pulmones de los hom-

(Continúa en la página 61)

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR



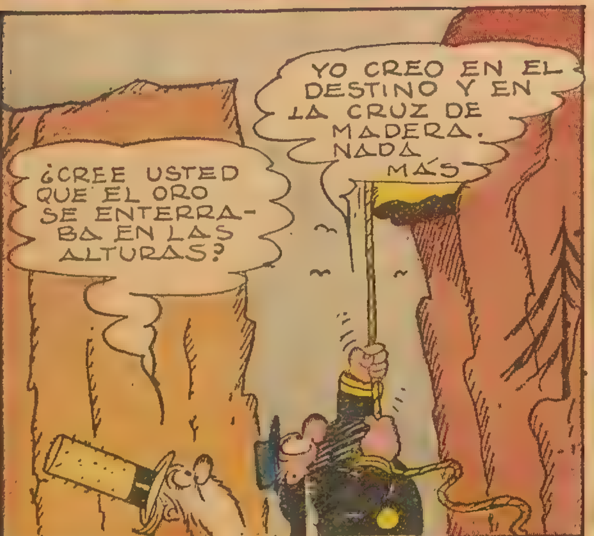






















UNA MUJER...

(Continuación de la página 49)

—Yo no le pido que me ame; lo único que le pido es que se case conmigo.

—¡No veo el porqué del casamiento sin amor!... — dijo ella riéndose.

—Cuando la mujer ama por primera vez, ama al hombre; después ella ama al amor. Quiero que usted encuentre el amor en mí...

La miró con pasión. Acercó su caballo al de ella y la tomó en sus brazos.

—Usted se casará conmigo, ¿verdad, Patricia?

—Sí... — dijo ella besándolo.

—Iremos a Francia en nuestra luna de miel. Pasaremos el invierno en la Riviera, veremos las puestas de sol en el Mediterráneo azul. Iremos a Niza, el país de los perfumes.

Leonardo llegó a Reno esa misma noche. Ella, después de haberse despedido de Horacio, encontró unas líneas sobre el toilette. Las leyó, y con la mayor indiferencia rompió la hoja de papel. Luego llamó al mucamo:

—No quiero ser molestada por nada ni por nadie.

Cuando a la mañana siguiente le permitió a Leonardo verla, no tenía más propósito que explicarle que había encontrado otro pretendiente, y para comunicarle que sus vidas en común habían terminado para siempre.

Pero cuando él entró, su corazón palpitó de una manera extraña: le pareció que no se habían separado jamás, y que todas las amarguras de sus rencillas eran un sueño...

Anhelante, tierno y ojeroso, Leonardo se acercó a ella y le tomó las manos:

—¡Patricia!... ¡Oh, mi buena Patricia!

—¡Leonardo!...

Y los dos se fundieron en un ardiente abrazo.

Pasó una hora antes de que Patricia recordara que Horacio Torres existía sobre la tierra.

FIN

"CARDENAL"

(Continuación de la página 59)

bres fatigados y hambrientos. Para mal de males, en la calma del viento, inundaba la selva una fabulosa nube de mosquitos gigantes. Cada hombre era un muñeco grotesco, manoteando a diestra y siniestra para espantar los *canilludos*. Empero, según los cálculos del "Tuerto Macario", el islote plano, con una laguna en el centro y casi rodeado por el río, se acercaba. "Cardenal" marchaba en derechura a él. No era baqueano el mozo. Había perdido el tiempo en otras cosas. En buscar pañuelos bordados y cueros ajenos. ¡Ya los pagaría! El presentimiento del viejo Andrada iba a cumplirse...

Los nueve perseguidores pudieron ponerse en contacto. En el lugar, el ancho de la isla se estrechaba mucho. Convinieron la batida final, avanzando en semicírculo. Los perros, ahora, no eran tan activos. Flaqueaban de debilidad y de fatiga. Hipaban, baboseando espeso.

Avanzó la noche nublada. Muchas horas después, la sonoridad de las aguas del río trajo, desde lejos, el canto de un gallo madrugador. Clareó el alba. En las barrancas pardas de la costa entrerriana, puso listones rojizos el asomo del sol. Después, la luz plena magnificó el verde variante de la selva que despertaba con saludos de gorjeos y trinos melodiosos.

El círculo de los perseguidores se había estrechado y cerrado sobre la laguna del islote. De "Cardenal" ni los rastros se encontraban ahora...

Sin embargo, el único ojo verde y duro del "Tuerto Macario" descubrió de pronto algo sobre el agua, entre la peluca lacia de *paja brava* que recubría la laguna. Algo que le hizo dar un salto de gato montés y preparar, gozoso, el fusil cargado con balines carpincheros. Era la gorra vasca colorada de "Cardenal". Flotaba sobre las linfas dormidas. Con precauciones, todos los hombres entraron a la aguada. Era playa. Los que avanzaron más, fueron los primeros en observar sobre la raigambre de unos camalotes, un cuerpo redondo, una bolsa obscura de más de medio metro de diámetro, recubierta en partes de pelos negros y con hendiduras y protuberancias deformes. Era una cabeza humana. ¡Era la cabeza de "Cardenal"! Horrible, espantosamente hinchada.

La experiencia isleña y montaraz del "Tuerto Macario", entre gestos de brutal alegría, develó sin esfuerzo el trágico misterio: *jugando su última carta* y para burlarse de todos haciéndoles perder el rastro, el prófugo había entrado al agua permaneciendo en ella, después de algunos rodeos, con sólo la cabeza afuera. Lo acosaron los mosquitos gigantes; *los canilludos*. "Cardenal" no podía manotear, ni moverse, sin descubrirse. Aguantó, estoico, las picaduras y la succión de diez, cien, mil y miles de trompas diminutas y mortificantes. Entretanto, su herida de la pierna, reabierta en la azarosa fuga, le dolía mucho. Debía estar infectada. ¡Puntadas abajo y pinchazos arriba! Los mosquitos formaban enjambre sobre su cráneo. Se sumergía de cuando en cuando para espantarlos. Luego de un segundo, tenía otra vez un denso embozo de insectos insaciables...

Ya no sentía las picaduras. Tampoco las puntadas agudas en la pierna. Se desvanecía de extenuación y de fiebre. Se hinchaba abajo y arriba. Sin que pudiera evitarlo, su boca quedó bajo el nivel de las aguas... Lo demás se explica solo.

Ante el hallazgo, los hombres de la *partida* no experimentaron ni frío ni calor. Habían venido a cazar un tigre, una fiera. Y eran fieras ellos también.

Tuvieron, sin embargo, un idea humorística: llevarle al viejo Andrada, como "presente", la cabeza deforme de su protegido. Así lo hicieron. Cuando el viejo isleño la miró, dijo con aire de melancólico profeta:

—*Sí, pué; ¡Ya sabía yo que, una ucasión, se l' iba hinchar el copete a este "Cardenal"!...*

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

PEQUEÑA

¿Qué te ocurre, pequeña, que desde hace largas horas buscas en la obscuridad el sueño?... Te empeñas en mantener los ojos cerrados, y por tus largas y negras pestañas se filtran, una a una, tus lágrimas. ¿Qué tienes?... Miedo tienes de confesar tu pena y la realidad de amor, verdad?

Hablaré yo, que conozco tanto el corazón de las mujeres; que he sufrido mucho; que he querido mucho también, y que sé que contra el amor nada se puede... Tu amor ha sido ciego durante un largo e interminable año; un año de ensueños, ilusiones y fantasías. Hoy, una pequeña futileza te ha hecho reaccionar, y has despertado para asustarte de tu propio corazón.

En amor siempre hay uno que quiere y otro que se deja querer, o, ¿por qué te adelantaste tú y fuiste quien primero quiso? Las mujeres no deberían sobre ese camino dar nunca el paso adelante... A fuerza de amar y de estar apasionada y ciega todo lo diste y todo lo allanaste; anulaste tu cerebro y tu voluntad; enajenaste tu corazón y tu libertad...; pedías, ¡pobrecilla!, poco en cambio de tanto; unas migajas de ternura, y algunas chispas de luz para tu espíritu... Te empeñaste en ser mejor, siempre mejor; por ello ejerciste y derrochaste dulzura y bondad...

Quisiste ser más bella y puliste tus manos y ornaste tu cuerpo... Para el amado fuiste comprensiva, tolerante y paciente... Generosa, para no acarrearle preocupaciones; te hiciste pequeña, siempre más pequeña, y cediste voluntaria a todas tus opciones, el primer puesto, el segundo, el tercero..., y hoy el cuarto..., y por eso lloras, por eso velas, por eso te angustias; porque ceder es abdicar... Tu amado es lo bastante egoísta para haber siempre adelantado el pie sobre el terreno que tú, humildemente, le dejabas libre... Créeme: las mujeres no deben hacer lo que tú: demoler montañas, vencer dificultades, arañarse el alma y la piel, porque, sin saberlo, le van quitando hombría al amado, derechos de sexo. Ya lo ves; él ni siquiera se cuidó de hacer llano el difícil camino material de tu existencia.

Pero gracias a tu ceguera, tú fuiste feliz. Le arrullabas como a un niño, y fuiste tú para el amor lo que él debió ser para ti: amparo y protección.

Reconoces ahora amargamente que el fruto que cosechas es el que tú, tan locamente, sembraste...

¡Reacciona, pequeña, cúrate! Mira que cuando el amor es dolor no vale la pena nutrirle; vale más darle muerte. Vuelve a la monotonía de tu vida, recupera tu orgullo, tu dignidad de mujer, tu valentía de heroína que debes emplear en otra tendencia; eres una heroína de paciencias mal gastadas y de beldades mal obsequiadas.

Recoge la inmensa belleza de tu alma y desparrama su semilla más bien bajo tus pies que bajo los pies de tu amado... Procura cerrar tu herida; saturarla de tus lágrimas, que no hay mejor cauterizante para las heridas del corazón que la sal de las lágrimas de las mujeres enamoradas... Y envíale desde lejos a tu dueño un beso largo y triste como tu calvario y que sepa a tus lágrimas acres y amargas; tal vez ese fuerte sabor mantenga mejor en él tu recuerdo, el que no lograste hasta hoy clavar a fuerza de tanta voluntad y dulzura...

CIEGO AMOR

Cuando las mujeres reconocen los defectos de un hombre, es porque ya no le aman; porque en amor y en pasión son ciegas y nunca ven al hombre tal cual es, sino como a otra persona, diferente completamente de la realidad. Su entusiasmo íntimo le da un sinfín de elementos con los cuales forma su ídolo, le adorna con todas las virtudes y méritos que su ilusión o su afán quisiera para él.

Por eso, cuando se desencantan, la culpa no es precisamente del hombre, sino de ellas mismas. El es irresponsable en absoluto de la falsa ilusión que se formó la mujer.

Los hombres, aunque estén muy enamorados, ven, por lo general, a la mujer tal cual es, sin adornarla de demasiadas cualidades imaginarias; de ahí que su desencanto sea más difícil.

La mujer que pone en el amor tanto afán de bondad y de perfección, deja que la pasión posea totalmente su corazón, el que se torna tan generoso y noble que se excede siempre al juzgar al hombre, al cual mira a través del velo sutil de su amor..., sutil el velo, un día la más pequeña cosa lo roza y lo rompe, y he aquí que el ídolo cae a sus pies en mil pedazos, destruyendo su ensueño y no pocas veces su vida.

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

The Universal Method, lecciones prácticas y modernas de inglés para todos, por R. G. Douglas Gordon. Br nos Aires, 1931. Este manual que ac ba de aparecer constituye un nuevo elemento de enseñanza del idioma inglés, tan difundido ya en nuestro país. Es indudable que en este libro el señor Douglas Gordon ha puesto su mayor interés en simplificar los estudios del alumno con lecciones prácticas de fácil retención y claros ejemplos de construcción de frases y párrafos. Es, pues, "The Universal Method" una obra de gran utilidad en los establecimientos de enseñanza, por ser tan completa y novísima.

El Arte Culinario, tratado de cocina universal, por Carlos Spriano. En este libro de casi 1.600 páginas, su autor, jefe cocinero-pastelero de gran renombre en el ambiente gastronómico, ha reunido 5.500 recetas de cocina, fiambrería, salchichería, repostería, confitería, pastelería, etc., además de interesantes artículos sobre la higiene, la mesa y la química culinaria, y todo cuanto se relaciona con el difícil arte de cocinar bien. Este tratado, además de ser un mentor de las dueñas de casa, a cuyo alcance pone las fórmulas de los variados e innumerables platos de la mayor parte de los países del mundo, puede utilizarse también para la enseñanza práctica en las academias de economía doméstica, donde las niñas de hoy pueden aprender a ser las excelentes amas de casa de mañana. En el pequeño prólogo con que se inicia este tratado, su autor trae a cuento, y con mucho acierto, la famosa frase de doña Manuela de Gorriti, que dice: "Esposas y madres, si queréis ser felices y que vuestros esposos e hijos no os abandonen, asidlos por la boca."

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA

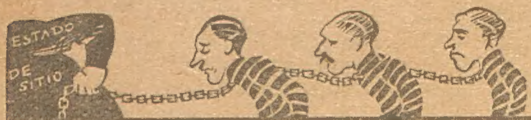
·LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO·



Apenas me siento en el sillón de mi experto fígaro, no puedo contener una exclamación:

—¡Ah!, tres días más y estaremos en plena normalidad constitucional.

—Hay que haberlos pasado para saber lo que son diez y seis meses de estado de sitio. Y eso que los hemos llevado livianitos..., porque, a la verdad, el que no se metía a vivo, lo pasaba bien. Pero, ¡quién resistía la tentación de "meterse a vivo"! Este es el país de las contradicciones; espíritu latino... Cuando tenemos las cosas no sabemos disfrutarlas, pero basta que nos las nieguen para que las extrañemos. Yo tenía unos clientes que nunca se habían metido en política; con decirle que no iban ni siquiera a votar... Bueno: se decretó



el estado de sitio y fué eso lo suficiente para que les diera por la política y el resultado fué que un día los sorprendieron en un escritorio de la Galería Güemes y fueron a parar al depósito de contraventores de Villa Devoto.

•••

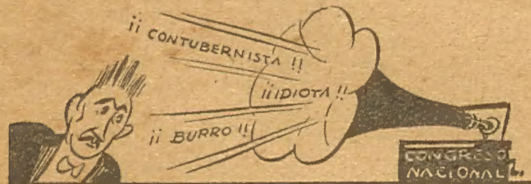
—¿Y qué piensa del nuevo gobierno, don Giácomo?

—Se dicen muchas cosas buenas, pero yo, don Mandinga, soy de los que tienen el cuero duro y para mí no hay mejor cosa que ver para creer.

—Sin embargo...

—Sí, ya sé; me va a decir que el nuevo gobierno va a tener dinero para hacer obras públicas, para mejorar la situación económica del pueblo, que escucharemos otra vez la voz de los representantes populares en el Congreso...

"¿Quiere que le diga una cosa, con toda franqueza?"



—Diga no más...

—Lo que menos he extrañado durante el estado de sitio ha sido eso: la voz del Congreso. Hasta casi le diría que me sentía cómodo no escuchando malas palabras y presenciando escenas de conventillo. Porque, ¡hay qué ver!, hemos tenido cada Congreso..., ¡y pensar que "eso" nos cuesta millones de pesos al año!

"En cambio, he estado extrañando, y mucho, la voz de los concejales; no negaré que también en el Concejo se desbocan los representantes del pueblo y suelen cometer actos censurables de incultura; pero allí se hace una política más práctica y un contralor administrativo más eficaz".

—¿Tenía algunos motivos especiales, don Giácomo, para extrañar a los concejales?

—No lo ocultaré que sí: la política de la Intendencia estaba necesitando realmente una buena frenada. Mientras el gobierno nacional hacía el "reajuste" y medía los gastos, la Intendencia se salía de los límites de la prudencia.

—¿Tiene concretos?

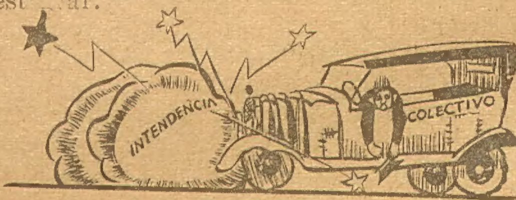
—Usted sabe, don Mandinga, que yo no soy como los políticos de la "misión histórica", que siempre hablaban "en el aire".

—Bueno, desembuche, entonces.

—Si yo fuera concejal, lo primero que le preguntaría al intendente, sería por qué se aumentó el personal superior y los sueldos del personal superior de la Comuna.

"Para mí hay casos clavados de favoritismo. No se concibe que en una época de crisis, en que todo disminuye, hasta el trabajo de las oficinas públicas, se aumenten empleados y sueldos. Además, si en alguna parte hacía falta personal, no era en las altas esferas, sino en las bajas. Ahí está, por ejemplo, el público penando en la Dirección de Tráfico, por falta de empleados que lo atiendan..."

—Adelante, don Giácomo: no nos detengamos en el tráfico, porque nos vamos a congestionar.



—Otra cosa que me tiene con la sangre en el ojo es la tirada a muerte que les han hecho a los "colectivos". En vez de dar una reglamentación para mejorar ese servicio, para estimularlo, en fin, para favorecer al público, se ha hecho algo que da la impresión de que se hubiera querido suprimir ese servicio.

"¿Por qué no se permite que los colectivos lleven más de seis pasajeros? ¿Por qué se ataca a los nuevos "colectivos" de ocho asientos, más cómodos, más higiénicos, más seguros que las antiguas "carridangas"? ¿Ha visto, don Mandinga? A nuestras autoridades suele faltarles la visión amplia y generosa del porvenir y se enredan en las cuartas de consideraciones pequeñas e intereses mezquinos. ¿Que los "colectivos" les "sacan" algunos pasajeros a las empresas "grandes" y que las empresas "grandes" contribuyen al presupuesto municipal con fuertes patentes?... ¡Y bueno!, entonces se busca una reglamentación que no lesione a las "grandes" empresas: se les rebaja la patente, por ejemplo; pero nunca se le quita al pueblo un servicio que éste aprecia y que va evolucionando hacia la formación de un nuevo y cómodo sistema de transporte público.

—¡Adelante!

—Y si yo fuera concejal, también tendría la curiosidad de preguntarle al señor intendente cómo es eso de las bonificaciones de pavimentación.

—¿A ver? Yo tampoco estoy enterado...

—Usted sabrá que durante la intendencia de "facto" se le ha dado una preferencia casi exclusiva al asfalto.

—Eso no es nada: será el sistema de afirmado que las autoridades comunales consideran más conveniente.

—Admitido, ya que, por desgracia, las autoridades municipales tenían libertad de pensar al respecto lo que quisieran, por falta de



control; pero eso no explica las bonificaciones.

—Explíquelo usted.

—La Municipalidad contrató la repavimentación de la avenida Alem, estableciéndose que las obras debían estar terminadas en un plazo de cien días; después, a las autoridades les pareció que era mucho tener interrumpido el tráfico de la avenida Alem durante cien días, y resolvió ofrecer bonificaciones a los contratistas para que se apuraran. Los contratistas se apuraron, naturalmente, y consiguieron ganar unos treinta días; pero se cobraron en bonificaciones alrededor de ¡trescientos mil pesos! Y yo digo: ¿valía la pena ese derroche? ¡Cuántas buenas cosas podía haber hecho la Municipalidad con trescientos mil pesos, en vez de dárselos a los contratistas! Sin ir más lejos, hace más de dos años que la Municipalidad, por imperio de una ordenanza, tiene la obligación de construir las veredas de los barrios municipales de Construcciones Modernas. Y ahí están los vecinos — más de 15.000 vecinos — esperando, pidiendo y hasta rogando que la Comuna cumpla la ordenanza.



•••

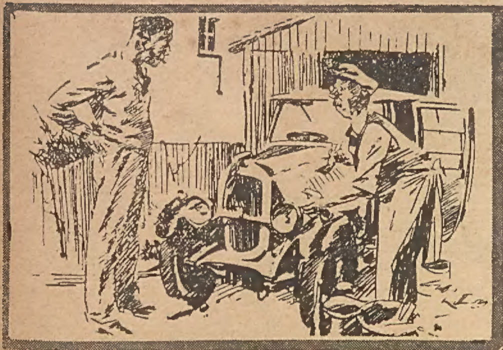
—¡Este don Giácomo!... ¿Y de dónde saca todas esas cosas?

—De los diarios, pues: yo no soy lector criollo, don Mandinga, que no leen más que la política, el "fútbol" y los burros..., lectura insustancial.

"Cuando este pueblo aprenda a ilustrarse y documentarse sobre problemas económicos, edilicios y administrativos, será otra cosa: entonces las autoridades, aunque no tengan el contralor de las instituciones, no se atreverán a manejar como quiera los intereses colectivos, porque tanto como a ese contralor que pueda faltarles, tendrán en cuenta otro contralor, que entonces será permanente, indestructible y eficaz: el de la opinión pública."

Por

El Viejo Mandinga



— Pero, ¿es que estás pintando otra vez el coche?
— Sí, porque mi mujer no hace más que echarme indirectas de que este color no va bien con su último vestido.
(De "The Passing Show", Londres)

USTED Y YO

Estamos separados por un abismo
como el día y la noche, de modo tal
que no puede haber nada más desigual
pues todo es en nosotros antagonismo.
Usted pasea en auto por snobismo
y se gasta en vestidos un dineral.
En cambio yo, que apenas si gano un real
ando a pie y uso un traje que es siempre el mismo.
Usted es pelirrubia; yo peliobscuro.
Usted es blanca-mate; yo negro-puro.
Usted tiene lacayos y yo tengo amos.
A usted todos la alaban y a mí me apocan.
Si en verdad los extremos siempre se tocan,
¿por qué también nosotros no nos tocamos?

TRILUSSA.

COPLAS

No quisiera más ventura
ni más gloria merecer,
que de tu boca a la mía
no cupiera un alfiler.

Tienes unos ojos negros
hechiceros y ladrones,
que salen a los caminos
a robar los corazones.

Lo que no hayas de darme
no me lo enseñes,
que amor es como un niño
que, en viendo, quiere.



Gastrónomo 1º — A ver si estamos de acuerdo. ¿Tú que prefieres de la cocina francesa?
El otro. — ¿Yo? La cocinera.
(De "Gutiérrez", Madrid)

Un señor entra en un café y pide al mozo un coñac. Al llegar el mozo con el pedido, el señor le dice:

—¿Puede cambiármelo por un anís?

—No hay inconveniente, señor.

Servido el anís, lo toma y sale sin pagar. El mozo, todo aterrado, le interroga:

— ¡Señor, no me ha pagado el anís!

—¿No se lo cambié por el coñac?

—Es que... usted tampoco me pagó el coñac.

—¿Y acaso me lo tomé.



— Permítame usted, caballero. Aquí le traigo esta pequeña viga, que a usted, sin duda, debió caérsele en un descuido.
(De "Judge", Nueva York)



El pescador miope (después de dos horas de espera, lleno de gozo). — ¡Por fin siento un tironcito! Sin duda están picando.
(De "Papitu", Barcelona)

SALPICON



— Hazte cargo, Julián. Yo no puedo ir a París con un solo traje.
— Tienes mucha razón. No iremos a París.
(De "Hammel", Hamburgo)

CUENTO JUDIO

Un mendigo encuentra en la calle un paquete. Lo abre y ve, estupefacto, que contiene una enorme cantidad de títulos. Ve que esos títulos pertenecen a Rothschild. Y se apresura a ir en busca del banquero para entregarle el paquete. Rothschild lo felicita por su honradez, y le dice:

— Vamos a ver, señor... ¿cómo?

— Levy.

— Vamos a ver, señor Levy: ¿qué podría darle yo como recompensa? ¿Qué haría usted si le diese diez mil francos?

— Diría, señor Rothschild: "Es exactamente la cantidad que hubiera dado yo si me hubiesen devuelto ese paquete de títulos".

Rothschild le entrega la cantidad y Levy se marcha completamente feliz.

Ahora bien: pocos días después se entera Levy, por los periódicos, que uno de los títulos le ha dado a Rothschild un beneficio de un millón. Corre en su busca.

— Me alegro mucho de verle, señor... ¿En qué puedo servirlo?

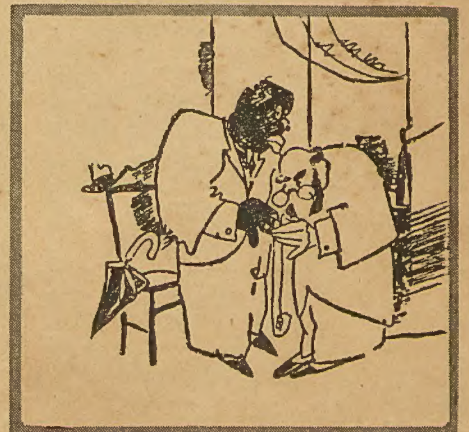
— Señor Rothschild: acabo de leer en un diario que uno de los títulos que le traje le ha producido un millón de francos. Y me he dicho que usted no podía dejar de hacerme partícipe de su suerte, y por eso he decidido venir a ver qué es lo que usted puede darme.

— Tiene usted razón, señor Levy: sin usted, no hubiera cobrado ese millón. ¿Qué diría usted de una rentita vitalicia de diez mil francos anuales?

— Voy a hablarle a usted francamente, señor Rothschild: prefiero que me dé usted veinte mil francos de una sola vez.

— ¡Hombre! ¿Por qué?

— Porque tiene usted demasiada suerte, señor Rothschild. Pierde usted los títulos y yo se los traigo; después, uno de los títulos le produce un millón. Estoy seguro de que si acepto su renta vitalicia, va usted a tener la suerte de enterrarme la semana que viene.



El doctor. — ¡Qué cosa más rara! Tiene usted un tumor blanco.
(De "Life", Nueva York)

HUMORISMO

¿Es capaz una suegra de decir: "yo soy suegra", sin ruborizarse?

* * *

La conversación es el único encanto de algunas mujeres y el único defecto de otras.

JOSÉ M. BRAÑA.



— No te desanimes, hija. Sigue y será tuyo el piso de arriba que necesitas para casarte.
(De "Le Petit Journal", París)

— ¿Se figura usted las molestias y los gastos que me ha ocasionado la chica? Pero ya le he dicho que esta será la última vez que hace su primera comunión.
(De "Fantasio", París)

EL REVOLVER DE WILDE

El doctor Eduardo Wilde, talentoso escritor y diplomático argentino, fué sometido en un puerto de Irlanda a la revisión de su equipaje.

En el fondo del baúl apareció un revólver, lo que motivó que el revisador aduanero tomara el arma y mirara a su propietario.

Wilde le dijo entonces, despreciativamente:

—No la necesito para nada..., soy médico...



EL ALMA DE LAS FLORES Y DE LAS PLANTAS, VIBRANTE DEL MISTERIO DE LA LUZ Y DE LA BRISA EN LA FLORESTA VIRGEN Y PULSANDO LOS SECRETOS FECUNDANTES DEL SOL EN CADA UNO DE SUS RAYOS, CONFIERE AL 8 HERMANOS LO MEJOR DE SU PROPIA ESTIRPE.

EL 8 hermanos

Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.